



*La respuesta*

# *Dirty Diana*

**SHANA FESTE  
JEN BESSER**

booket

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita**

**Primera parte. Dallas, Texas**

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

**Segunda parte. Los Ángeles, California**

11

12

13

14

**Tercera parte. Santa Catalina, California**

15

**Cuarta parte. En casa**

16

17

**Agradecimientos**

**Biografía**

**Créditos**

# DIRTY DIANA LA RESPUESTA

Jen Besser y Shana Feste

Traducción de María José Díez Pérez

*Para nuestros mejores amigos.  
Todos ellos*

La naturaleza se repite a sí misma, o casi lo logra: repetir, repetir, repetir; revisar, revisar, revisar.

ELIZABETH BISHOP, «North Haven»

Primera parte  
Dallas, Texas

Oliver y yo solíamos sentarnos lo más separados posible en el sofá de dos plazas de nuestra terapeuta. Poníamos mucho cuidado en no tocarnos nunca mientras hurgábamos en nuestro matrimonio. Semana tras semana íbamos a ver a Miriam, obedientemente, a veces pasivamente, nunca contentos del todo. Se me hace extraño estar aquí otra vez, sentada tan cerca de mi marido que noto su muslo contra el mío. Cuando uno de los dos se mueve, recibimos una descarga eléctrica. Somos como amantes que quieren estar solos, como si tal vez entonces nos arrancáramos la ropa e hiciésemos el amor allí mismo, bajo las estanterías con geodas de color púrpura y libros de autoayuda de Miriam, con el sonido tintineante de su fuente zen, que llega desde la sala de espera.

—¿Qué me decís de salir? —El lapicero de Miriam está suspendido sobre su libreta. La última vez que estuvimos aquí llevaba el pelo distinto. Ahora le llega por los hombros en capas onduladas, igual que su ropa: capas y más capas de lino intencionadamente arrugado. También luce joyas nuevas, un collar de cuentas rosas que no le había visto y otro montón de anillos de plata.

—¿Salir con otras personas? —Miro de reojo a Oliver con la esperanza de que responda él a esta pregunta, pero está mirando al techo y tiene la boca torcida, como si estuviese profundamente sumido en sus pensamientos—. Retomé el contacto con un viejo amigo, Jasper. —¿Viejo amigo?—. Y salimos. —No sé cómo describir a Jasper (o la relación que tenemos) en esta habitación. O puede

que en cualquier habitación. Y pronunciar su nombre en voz alta delante de Oliver me sigue pareciendo cruel, aunque él también haya estado viendo a alguien—. Y Oliver tuvo una relación con una mujer llamada Katherine. —Tras un instante que se prolonga demasiado me siento obligada a añadir—. Es muy maja. Una persona estupenda, de verdad.

—Pero esas relaciones han terminado. En ambos casos. —Oliver apoya una mano en la mía y un cálido cosquilleo me sube por el brazo. Miriam apunta algo en su libreta. ¿Debería aclarar que le di espacio más que de sobra a Oliver para que cortase con Katherine? ¿Y que cuando rompieron, Oliver y yo mantuvimos una relación perfectamente respetuosa durante semanas? Incluso en mi cabeza da demasiado la impresión de que estoy intentando impresionar a mi terapeuta, así que no le cuento que noviembre dio paso a las vacaciones, cargadas de expectativas y tradiciones familiares, un momento del año que parecía demasiado inestable para empezar algo nuevo y arriesgarnos a confundir a nuestra hija, Emmy. Y como no nos habíamos reconciliado, no había ningún motivo para hablarle a Oliver de Dirty Diana, aunque la web está creciendo y nuestra base de fans cada vez es mayor; a mi socia, Petra, no paran de ocurrírsele nuevas formas de expandirnos. Así que Oliver y yo dejamos las cosas como estaban desde hacía meses: viviendo separados, con Emmy yendo y viniendo entre su casa y la mía.

Solo últimamente nuestros abrazos se alargan demasiado. Y un beso destinado a mi mejilla me rozó los labios. El fin de semana pasado, cuando metimos a Emmy en la cama, mi mano encontró la de Oliver y, mientras nuestra hija se quedaba dormida, el corazón me martilleaba en el pecho con tanta fuerza que estuve segura de que él lo oía.

—Entiendo. —Miriam pasa hacia atrás una hoja de la libreta y vuelve donde estaba. Su expresión es increíble, frustrantemente neutra—. Pero me refería a salir vosotros dos.

Se nos escapa a ambos una carcajada nerviosa, sorprendida y extrañamente sincronizada.

—¿Oliver y yo?

—¿Salir? ¿Como si no nos conociésemos?

—Esa etapa la dejamos atrás hace mucho —afirmo entre risas.

—Hace un millón de años —añade Oliver—. Y hubo una boda. Y una niña.

—Que ya no es una niña.

—Sí. Exacto.

Mientras Oliver y yo enumeramos todos los motivos por los que no podemos salir, Miriam se retrepa en su silla, con las manos unidas en el regazo. Todo en su lenguaje corporal sugiere que se acaba de dar cuenta de que debe alejar mucho el *zoom* y explicarles las cosas más despacio a los memos que tiene delante en su sofá. Esto debería parecerme condescendiente, pero me resulta extrañamente reconfortante. Puede que sea su sonrisa fácil o el modo en que sus holgados pantalones de lino te hacen sentir como si ella estuviese esperando pacientemente una brisa de verano.

—¿Por qué no volvemos a ese día? ¿Qué pasó después de que Oliver fuese a tu casa y te dijera —mira de soslayo sus notas—: «Te quiero esposar al lavabo del cuarto de baño»?

Estábamos a principios de noviembre y hacía un calor que no era normal para esa época del año, ni siquiera en Texas, pero allí estaba Oliver, plantando cinias para mí en el jardín delantero.

—¿Diana? —inquire Miriam—. ¿Cómo reaccionaste? ¿Con Oliver?

El calor me sube por el cuello y me sonroja las mejillas, igual que aquel día. Y exactamente igual que entonces aquí estoy ahora,

buscando las palabras adecuadas sin saber qué decir.

—Me... sorprendió.

—Vale. ¿Qué más?

—Me gustó la idea. En teoría. —Me avergüenza esa respuesta tan mecánica—. El problema fue que me pareció que estaba muy lejos. Del momento en el que nos encontrábamos entonces. Como si la idea se nos pudiera ocurrir, pero no nos perteneciese. ¿Tiene sentido? —Desde luego que no. Es un montón de calcetines desaparejados que me salen por la boca.

—¿Aceptaste la invitación de Oliver?

—No.

—¿La rechazaste?

—Lo invité a entrar. Para tomar un té helado. —La cara me arde y se tiñe de un rosa subido—. Ese día hacía mucho calor.

—Y Oliver, ¿tú cómo te sentiste? ¿En aquel momento?

—Increíble. Decir en alto esas palabras. Había estado pensando en Diana y la echaba mucho de menos. —Su tono es desenfadado, pero cuidadoso. Los dos lo notamos: el mero hecho de que hablemos de nuestra vida sexual es como si una entidad nueva hubiese entrado en la habitación.

—También me gustó oír que Oliver quería que fuésemos tan atrevidos. Quería las esposas. —Me río de nuevo—. Perdón. Es solo que se me hace raro, fuera de contexto. —Nadie más sonrío. Me aclaro la garganta—. Pero también era muy consciente de lo que pasó la última vez.

—¿La última vez? —pregunta Miriam.

—Cuando nos acostamos justo después de que Oliver se fuera de casa. A mí también me apetecía, pero no estuvo bien. —Oliver se estremece al recordar lo que pasó en la fiesta de sus padres, cuando nos escabullimos arriba para echar un polvo y pensamos que estaría

bien, que incluso sería divertido. Fue horrible, a los dos nos estaba afectando mucho el dolor que nos producía la separación, la voz airada de Oliver en mi oído, dura y desconocida. En lugar de acercarnos, el sexo nos hizo sentir solos y distanciados.

—Lo siento. —Oliver me aprieta la mano.

—¿Qué fue, en tu opinión, lo que hizo que aquello no estuviera bien?

—No habíamos hecho los deberes —responde Oliver—. Era un parche temporal.

—Y ahora esperamos...

«Esperamos que nos digas que esto es buena idea.»

Como dos adolescentes ilusionados que acaban de aprobar por los pelos el examen de conducir, hemos venido a pedirte que nos dejes tu coche caro. ¿Nos puedes decir que volver a estar juntos es lo que tenemos que hacer? ¿Puedo dejar que mi marido me espese al lavabo, por favor? ¿Podemos dejar atrás toda la fealdad y avanzar? ¿Qué nos dices, Miriam?

—Esperamos volver a intentarlo —contesta Oliver.

—Es una decisión importante. Una decisión que veo que os ilusiona a los dos. —Oliver y yo nos hemos echado tan hacia delante que hemos adoptado la caricaturesca postura de asistentes del público en el borde del asiento—. La fantasía del matrimonio (vuestra reconciliación) siempre estará sobre la mesa, por así decirlo. No tengáis miedo de dejarla ahí. Mientras trabajamos aquí.

«¡Pero si ya lo hemos hecho! ¡La hemos dejado ahí durante meses! ¿No es hora de desempolvarla?»

Pero ¿y si no es así? ¿Y si este es solo un momento transitorio? ¿Un cariño que ha aumentado desde que estamos separados, que se verá asfixiado en cuanto volvamos a estar juntos? Asfixiado por

pequeñas pullas, mosqueos insignificantes, sentimientos reprimidos y deseos menguantes.

Como si me leyera el pensamiento, Miriam añade:

—Primero me gustaría que salierais juntos.

—¿Te refieres a que vayamos despacio? —A la cabeza me vienen todas nuestras largas miradas de últimamente, el abrazo que antes era relajado y ahora está cargado de deseo.

—Sí. Que os lo toméis con calma. Que salgáis.

—¿Sin sexo? —inquire Oliver.

Miriam nos sostiene la mirada.

—¿Dejaríais que alguien os esposara a un lavabo en la primera cita?

Sonrí. Por fin, alguien más que gasta una broma en esta habitación: es como si pudiera respirar de nuevo.

La risa de Oliver es menos relajada.

—No creo que lo preguntase.

—Vosotros dos estáis pasando página en vuestra relación. Y necesitáis crear una base firme. Quedar. Reconstruir esa confianza. Preliminares —asegura, y su mirada pasa de mí a Oliver y de nuevo a mí—. Preliminares emocionales.

—¿Durante cuánto más tiempo? —quiere saber Oliver—. Si puedes ser específica.

Miriam sonríe a su alumno aventajado.

—No hay un plazo fijo. Pero id despacio. Cuando llegue el momento, lo sabréis. Igual que los dos sabéis que ahora mismo no es el momento.

—Cierto —coincidimos, y al mismo tiempo rezamos en silencio por que tengamos la fuerza de voluntad necesaria para ser tan sabios como Miriam.

Oliver me acompaña hasta el coche, las manos enterradas en los bolsillos del pantalón vaquero. Es un día de finales de febrero gris y frío, cae una llovizna casi imperceptible. Me arrebujó en la fina chaqueta de algodón que llevo.

Hoy solo hay tres coches en el aparcamiento: el de Oliver, una *pick-up* Ford nueva, de color azul claro, en la que caben cómodamente dos personas, no tres; el mío, un monovolumen de color champán que él y yo compramos cuando Emmy era muy pequeña y cuando contemplábamos la posibilidad de tener otro hijo, algo de lo que nunca hemos hablado, pero que siempre está ahí, como un collar que uno se prueba con cada nuevo *outfit*, pero con el que nunca llega a salir de casa. Por eliminación, entonces, el práctico sedán gris es de Miriam. Durante nuestras sesiones de terapia del año pasado, intenté imaginar a menudo a Miriam fuera del trabajo. Me suponía un respiro de las acaloradas discusiones que manteníamos en esa habitación, con todas sus pausas llenas de bostezos, de resentimiento. Sobre todo, imaginar la vida de Miriam era un paño frío en mi febril frente. Pero a veces, cuando me permitía hundirme y caer en la desesperación, imaginar la vida personal de Miriam no me resultaba reconfortante, sino aterrador. ¿Y si era una persona de carne y hueso y no una superheroína que podía salvar nuestro matrimonio a la deriva?

Al final no lo salvó. Oliver se fue de casa y hemos pasado los últimos meses viviendo separados. Reunimos recomendaciones de abogados matrimonialistas como si fuesen de restaurantes nuevos a los que había que ir. Dejábamos a Emmy en la casa del otro sin hablar de trivialidades o establecer contacto visual, porque algunos días mirar a los ojos a Oliver me resultaba demasiado doloroso, como mirar directamente al sol.

Sin embargo, aquí estamos ahora, esperanzados y curiosos un lluvioso día de febrero. Miro de soslayo a Oliver y veo que esboza una sonrisa. Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, la sonrisa se ensancha. Choca suavemente el hombro contra el mío y una descarga eléctrica me recorre. El roce de su brazo contra el mío. La emoción de tenerlo cerca. No puedo evitar que también a mi cara asome una sonrisa.

Después de todo, puede que Miriam no fracasara. Puede que sea un genio entre las superheroínas. Puede que ese ni siquiera sea su sedán.

La lluvia cae a un ritmo más constante, en gotas más frías y gordas.

—Bueno. —Oliver espera mientras busco las llaves en lugar de refugiarse en su camioneta—. Miriam ha sido directa y muy clara. —Levanta la barbilla hacia el cielo plomizo—. A mí me parece que ha dado un sí rotundo a lo de volver a acostarnos.

—Ah, sin duda. Prácticamente se llevó una mano a la espalda y sacó las esposas.

Abro la puerta de mi coche justo cuando Oliver me toca el hombro.

—Diana, quiero hacer esto bien, de verdad. Aunque signifique ir despacio.

Entrelazo la mano con la suya. Ninguno de los dos se mueve un centímetro, a pesar de la lluvia.

—Yo también.

—Es mejor para todos. Sobre todo para Emmy.

—Ya.

Oliver se mece sobre los talones y sonríe.

—Diana, ¿te gustaría salir conmigo?

Le aparto un rizo mojado de la frente. Escudriño sus ojos, sus labios carnosos y rosados. Durante meses he imaginado cómo sería volver a besarlo, y ahora no puedo pensar en otra cosa.

—Me gustaría salir contigo, sí.

Oliver salva de prisa la distancia que nos separa.

—¿Diana? —Sus labios casi rozan los míos—. Estoy nervioso. Eres mi preciosa mujer.

Su confesión es desgarradora y estimulante a la vez. Le paso los dedos por el pelo mojado y lo pego más a mí. Beso sus suaves labios, saboreando la lluvia y la sal de su piel. Nuestro beso es lento y vacilante. Y después las compuertas se abren y nos besamos hasta que me da vértigo esta agradable, desconcertante sensación de besar a un hombre al que conozco mejor que a nadie, pero que en cierto modo me resulta completamente desconocido.

Oliver da un paso atrás y sonríe tímidamente. Estamos empapados por la lluvia, pero un escalofrío cálido recorre mi cuerpo.

—Tengo una hora antes de que venga el electricista. ¿Te puedo invitar a un café?

Nos sentamos a la barra de un *diner* cercano. Mi respiración es tranquila y Oliver ya no tiene las mejillas rojas. Pedimos sendos cafés y compartimos un donut de chocolate de hace un día mientras fuera la lluvia no afloja. Nuestra ropa mojada gotea en el piso de linóleo, y Oliver no para de intentar secar el agua con servilletas para que nadie se enfade, lo cual me hace reír, porque es un gesto tierno, adorable e inútil. Y porque reír es como abrir la válvula de la tensión que hay entre nosotros. Llego tarde al trabajo, pero no quiero estar en otra parte que no sea aquí.

Quienquiera que estuviese sentado a la barra antes que nosotros ha dejado su ejemplar del *New York Times*, y lo leemos juntos, abierto ante nosotros, siempre sincronizados y listos para pasar la página a la vez. Me recuerda a como éramos antes de que llegara Emmy, cuando pasábamos días enteros leyendo juntos durante horas.

Analizamos los titulares, nos detenemos un poco más en la sección dedicada al mercado inmobiliario, pasamos las páginas de deportes y leemos detenidamente un artículo sobre el misterio de un magnate de la tecnología que desapareció y al que aún no han encontrado. Vamos a la sección de arte y en la segunda página me quedo helada:

¿Quién es Dirty Diana?

El titular se lee debajo de uno de mis dibujos de la web. Es Andrea, que compartió su fantasía hace meses. Está sentada junto a la ventanilla de un tren, tras ella se distingue un paisaje borroso. Hay un párrafo corto con unos cientos de palabras que describen Dirty Diana como un espacio en internet de historias eróticas, a cuyo frente está una misteriosa artista que entrevista a las mujeres que comparten sus fantasías en la página.

Paso deprisa la hoja, el pánico que me invade casi es asfixiante.

Es imposible que se refiera a mí. ¿Cómo va a estar hablando de mí el *New York Times*? Me levanto de inmediato.

—Creo que debería irme.

Cuento con que Oliver me lance una mirada perpleja, pero tan solo mira de reojo una llamada perdida y exhala un suspiro.

—Sí, yo también.

—¿Te importa si me lo llevo? —le pregunto, y antes de que pueda contestar, doblo el periódico y me lo meto debajo del brazo.

A través del parabrisas veo cómo se aleja Oliver, que cada vez se vuelve más pequeño. Cuando desaparece por completo, abro el periódico.

¿Quién es Dirty Diana?

Dirty Diana, la artista responsable de una web erótica hecha para mujeres por mujeres, prefiere permanecer en el anonimato. Para ver a cualquiera de estas mujeres despampanantes dibujadas a mano y escuchar una historia picante y sin filtros no hay más que visitar la página.

Lanzo el periódico al asiento del acompañante. Me planteo llamar a L'Wren, mi única amiga de verdad en Rockgate, y contarle todo lo que ha pasado esta mañana para que nos podamos reír juntas hasta que empiece a parecer que todo esto le está sucediendo a otra persona. Le contaría cómo nos hemos besado Oliver y yo y cómo desearía que me hubiese besado así durante todo nuestro matrimonio. Y que minutos después el *New York Times* casi me ha descubierto. Que sigo siendo demasiado cobarde para hablarle a Oliver de la página, porque creo que haría que se alejara, justo cuando por fin todo parece ir bien. Siempre que me imagino contándoselo todo, mi cerebro vuelve a hace meses, a la noche en que le puse la cinta de una de las fantasías. Su mirada confusa. La pelea en la que nos enzarzamos. Entonces no le conté lo de la página. «¿Cómo iba a hacerlo? —me pregunto ahora—. Momentos después salió por la puerta.» Pero no es ese el motivo por el que sigo retrasando esto. Si comparto la página con él, y sigue sin

entenderlo, ninguno de los dos lo superará. Su decepción conmigo haría que lo odiase, creo, así que he preferido no decir nada.

Imagino la respuesta inmediata de L'Wren: «No me puedo creer que no se lo hayas contado aún. Esto no es algo que puedas disfrazar, como cuando justificas una rinoplastia con un tabique desviado». Después, cuando superase la conmoción del morreo que nos hemos dado, me diría: «¿En serio? Deberías escribir a todas las mujeres con las que Oliver ha salido mientras estabais separados. Envíales una tarjeta de agradecimiento por subirle la autoestima. Esto es Texas. Seguro que lo agradecen».

Pero ¿y si no bromea conmigo? No contarle a L'Wren lo de Dirty Diana es exactamente lo que hizo que se enfadara tanto conmigo. Provocó la peor discusión que hemos tenido. Estoy intentando darle espacio, pese a que también necesito que me perdone. La llamo, pero acto seguido, nerviosa de que me salte el buzón de voz, cuelgo. A continuación llamo al trabajo, a la empresa de gestión patrimonial, para decir que estoy enferma y voy directa a la oficina de Dirty Diana.

En nuestras oficinas siempre hay alguna reforma en marcha. A lo largo de los últimos meses, Petra ha creado un estudio insonorizado y despachos cerrados, mucho espacio para Liam, el hijastro de L'Wren, que me ha ayudado a crear la página web, y Kirby, la becaria a la que él contrató para que se ocupe del diseño de sonido. Mi buena amiga Alicia se teletransporta de vez en cuando desde Santa Fe para ayudar con la edición de las fantasías y yo voy las tardes y los fines de semana que Emmy está con Oliver. El ritmo al que vamos es bueno, el objetivo es subir tres entrevistas nuevas por semana, pero mis dibujos van mucho más lentos. Desde hace un par

de semanas ya no hace falta que busquemos a mujeres que quieran compartir sus historias, sino que son ellas las que acuden a nosotros. Ahora tenemos una lista de espera de cincuenta personas y a una encantadora encargada, Lou, antigua bibliotecaria, para revisar primero las fantasías. «Esta tanda ha sido muy fea», me dirá al tiempo que da golpecitos con su uña rosa vivo en un montón de papel. Y yo le recordaré con delicadeza que no hay fantasías feas. «Genial. Al menos deja que antes corrija la ortografía.»

Petra pasa una cuarta parte de su tiempo en Dallas y el resto entre París y otros sitios. Cuando está en la ciudad, se deja caer por aquí para ver cómo estamos y nos da útiles sugerencias. No presiona demasiado, salvo en lo relativo al marketing. «Es el motivo por el que estoy aquí», nos recuerda.

Cuando llego, Liam y Kirby están rondando el escritorio de Lou, leyendo el *New York Times* y esbozando sendas sonrisas.

—Puede que ellos no sepan quién es Dirty Diana, pero nosotros sí —asegura Liam.

—¿Sabíais esto? —pregunto.

—No creo que lo sepa ni siquiera Petra.

—Me encantaría apuntarme el tanto, pero no he sido yo —afirma Petra desde el final del pasillo.

Sigo el sonido de su voz hasta su despacho. Finge asustarse al verme tan desastrada en el umbral.

—¿De verdad está lloviendo tanto?

—Petra... —Me siento frente a ella—. ¿Tienes algo que contarme?

—*Pues claro* que he sido yo. Por favor. ¿No es genial? Formas parte oficialmente del espíritu del momento, Diana.

Miro la mesa que nos separa, que está llena de fotografías mías de la única sesión de fotos que he hecho en mi vida. Intento no sacarle defectos a mi sonrisa torcida o al hecho de que mi ojo

derecho parezca estar siempre a media asta. No me gustan las fotos porque son al mismo tiempo muy yo y no lo suficientemente yo. Y después me enfada que me importe tanto. Cojo una en la que sonrío a la cámara con demasiado entusiasmo y parezco un poco desquiciada y la pongo debajo del todo del montón.

—¿Y si enviamos esta al *Times* y resolvemos el misterio por ellos?

—Petra sostiene en alto una instantánea en la que estoy en la oficina, dibujando cerca de la ventana, y aunque fue espontánea, a mí me parece que me hago demasiado la interesante.

—No está mal, gracias. Pero ¿de verdad siente alguien curiosidad por saber quién soy?

—Ahora sí. Primero creamos el misterio... y después revelamos tu identidad. Será un bombazo.

—O... —Corro para ganar tiempo— ¿revelo yo misma mi identidad? ¿En el momento perfecto? ¿Y si prolongamos el enigma un poco más?

—No. Creo que eso debería hacerlo *Vogue*.

—Claro. —Me río—. *Vogue*, mejor todavía.

—Lo digo en serio. Quieren un retrato de tres cuartos. —Su mano se detiene sobre una fotografía en la que no estoy sonriendo, el pelo oscuro me cae por la cara—. Serán los primeros en utilizar tu imagen, irá junto a un divertido cuestionario para que la gente te conozca un poco. Ya han enviado las preguntas.

—¿La revista *Vogue*?

—Soy buena en mi trabajo, Diana. Por eso estoy aquí.

—¿Quieren contar conmigo?

—Bueno, puede que contar contigo no, más bien te quieren presentar. El artículo del *Times* fue un poco un favor y ahora en *Vogue* están superinteresados. Es perfecto. —Petra gira su pantalla para enseñarme un correo electrónico—. Ya casi no hacen

entrevistas en persona, y menos aún tienen a un periodista a mano en Rockgate, pero de todas formas es mejor hacer estas cosas por escrito. Así puedes pensar bien todas tus respuestas. —«Y que después las revise yo», sé que quiere añadir, pero no lo hace, aunque me encantaría que corrigiese mis respuestas. O que las escribiese, incluso.

Miro por encima el correo electrónico y leo en voz alta la primera pregunta.

—«¿En qué lugar prefieres despertarte?» —Después paso todas las demás, hasta llegar a la última—: «Dinos, ¿cuál es tu fantasía?».

—No te comas demasiado la cabeza con las preguntas en sí. El hecho mismo de que tu nombre se publique es un gran comienzo.

—Y ¿cuándo empieza de verdad todo esto? ¿Que la gente sepa que soy yo?

—Supongo que cuando vea la luz el artículo. Dentro de un par de meses... —Estudia mi expresión—. Diana, ya hemos hablado de esto. Estabas a favor de avanzar.

—Y lo estoy. Además de muy agradecida. Es solo que tengo la sensación de que todo va...

—¿Muy rápido? Pues no es así.

—Petra.

—Dime por qué crees que va muy rápido. Y decirme que estás asustada no vale.

—Porque todavía no se lo he contado a Oliver.

—Oh. —Una única sílaba, escueta, que rezuma decepción. Sin embargo, continúa amablemente, hace un gesto con la mano para restarle importancia—. El artículo no se publicará hasta dentro de unos meses. Pero, a ver, Diana, ¿por qué esperar?

A solas en mi despacho, veo un montón de fichas enviadas por fans de la página web, cada una de ellas con una «microfantasía» —

la idea más reciente de Petra— para compartir *online*. Leo la primera:

No sé quién es el hombre que me está dando el masaje. Es un completo desconocido en un spa desconocido, pero exclusivo. Debajo tengo una sábana muy suave y el calentador de la camilla está programado en el número cinco. Le he dado al masajista tres normas sencillas: 1) Nada de hablar. Me da lo mismo quién es o de dónde es. 2) No me puede follar. Me puede tocar donde quiera, pero **solo** para proporcionarme placer a mí, no a él. Y 3) El masaje ha de tener un final muy feliz. Para mí.

Sonrío y pego la ficha en la pared. Leo la siguiente y la siguiente. Las leo atentamente con una familiar sensación de gratitud, admirando el *collage* e intentando centrarme mientras oigo la voz de Petra en mi cabeza: «¿Por qué esperar?».

El domingo es mi cumpleaños, así que me hago a mí misma el regalo de dormir hasta tarde. Emmy y Oliver ya me han llamado por FaceTime a las seis de la mañana para cantarme el cumpleaños feliz, y mi cabeza cae en la almohada en cuanto colgamos. A las once por fin estoy vestida y salgo por la puerta.

Compro girasoles para dar un toque de color a la habitación de invitados para Alicia. En la licorería elijo una botella de vodka con una alegre etiqueta para las dos. No puedo quitarme de la cabeza la voz de Petra. Tiene razón. Debo contárselo a Oliver, no puedo seguir retrasándolo.

Cuando llego a casa, abro la puerta y entro en casa como aturdida, llevo todo este tiempo intentando decidir si existe una versión en la que a Oliver no le sienta mal que le haya ocultado esto.

—¡Sorpresa! —Alicia sale de detrás del sofá y el corazón se me sube a la garganta.

—Alicia. —En una décima de segundo paso de asustada a enfadada y encantada de verla en mi casa. Lleva un sombrero con forma de tarta de cumpleaños de un azul apagado con seis velas rojas fofas.

—¡Feliz cumpleaños! —Me abraza y me estrecha contra ella.

—Pensaba que iba a buscarte a la casa de tu padre.

—Salí temprano para darte una sorpresa.

Estudia un punto que se encuentra justo por encima de mi hombro derecho, como hace siempre que miente.

—¿Tan mala es su nueva novia?

—Es posible que sea la peor de todos los tiempos.

—¿Mayor o menor que tú? —La agarro de la mano y la llevo a la cocina.

Cojo dos vasos —altos de cristal, regalo de aniversario de la madre de Oliver— y les doy un agua para quitarles el polvo.

—Se llama Cherry, pero antes era Heather. Hay partes de ella que parecen mayores que yo, pero también hay muchas partes nuevas. Es un auténtico pastiche.

Le preparo una copa a Alicia mientras saca de la maleta un sombrero de fieltro de cumpleaños para mí. Después parte unas rodajas de limón.

—Pero ¿cómo has entrado?

Hace una mueca.

—Rompí el cristal de la ventana del cuarto de baño. Sin querer. Fui a sacudirla un poco, para ver si estaba abierta, y no creí que el cristal se fuera a romper, pero se hizo añicos.

—¿Añicos?

—Pero ¿adivina cuál es tu regalo de cumpleaños? ¡Un cristal nuevo! Y...

—A ver si lo adivino: ¿tú?

—¡Yo!

Brindamos y a continuación, como cada año, hacemos un repaso de los mejores cumpleaños que hemos pasado juntas, todos ellos en Santa Fe, cuando éramos jóvenes y estábamos sin blanca y servíamos el cáterin en extravagantes fiestas de otros.

Cuando casi se ha terminado el cóctel, dice:

—Siento mucho lo de la ventana, de verdad.

Me encojo de hombros para decirle que no se preocupe.

—Lo puede cambiar Oliver. Ahora está en plan *La casa de mis sueños*, no lo olvides.

El vodka hace que me sienta ligera y reconfortada. O puede que sea estar con Alicia.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Cuéntamelo todo. ¿Qué tal la terapia? Necesito saber, más o menos, desde que entraste en la consulta de Miriam. Le estaba diciendo a la señora que tenía sentada al lado en el avión (te encantaría, una enfermera jubilada de Savannah y superfán de Louise Penny, clavadita a la madre de Heidi Klum, o por lo menos como yo me imagino que es su madre), a lo que iba, que le conté que Oliver y tú le ibais a decir a vuestra terapeuta que por fin estabas lista para dejarte esposar al lavabo y se muere de ganas de saber lo que va a pasar ahora. Así que tengo que mandarle un mensaje luego. Pero primero, estoy muerta de hambre.

Para cenar encontramos un asador con serrín en el suelo y todo el refresco que uno quiera gratis.

—¿*Vogue*? ¡Es lo más! —Alicia sonrío mientras come una mazorca de maíz.

—Todo el mundo sabrá que soy Dirty Diana.

—¡Por fin! Yo estoy más que preparada.

—Me alegro de que lo estés.

—Diana, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que los detractores (la mayoría de forma anónima y por internet) te llamen puta? ¿Depravada? ¿Obsesa sexual? ¿Egoísta y antipática? Y ¿por qué? ¿Porque defiendes el placer?

—Es deprimente.

—Lo más deprimente es que parte del odio vendrá de otras mujeres, porque nos han enseñado que es de mala educación pedir lo que queremos. Nos han condicionado para que aceptemos menos dinero, asumamos menos poder... tengamos menos capacidad de decisión sobre nuestro cuerpo. Nos han dicho tantas veces que demos placer al hombre que se nos ha olvidado que nosotras también podemos sentir placer.

—Entonces ¿debería estar entusiasmada con lo del cuestionario de *Vogue*? —Sonrío.

—También deberían aclamarte, porque vas a dar pie a una conversación que muchas mujeres se mueren de ganas de tener.

Transcurrida menos de una hora con Alicia, el estrés de que se sepa quién soy va desapareciendo poco a poco a medida que nos ponemos al día. Después de cenar, ella llama a un camarero, que nos trae una tarta de arándanos tibia. Alicia sonrío, pero la sonrisa se desvanece deprisa: una expresión ausente y triste asoma a su cara. Entonces vuelve a sonreír, coge el bolso y saca una caja de velas con los colores del arcoíris. Coloca una en la tarta y la enciende.

—Pide un deseo.

Cierro los ojos e imagino un mundo en el que ya le he contado a Oliver lo de la web y nos sentimos igual de unidos que el día que

nació Emmy. Acto seguido, soplo para apagar la vela. Cuando abro los ojos otra vez, Alicia tiene los suyos anegados en lágrimas.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Sacude la cabeza—. Algo. No lo sé.

—¿Es Nico?

—Es solo que estoy cansada. Cansada de ejercer de madre. Probablemente tenga que ir al médico a que me miren las hormonas. Estoy segura de que un poco de testosterona me levantaría el ánimo.

—¿Qué pasa?

Coge un poco de tarta con el tenedor, suspira y aparta el plato.

—No lo sé. Ha sido divertido ver cómo volvías a dibujar y creabas la página. Estás haciendo cosas. Como siempre dijimos que haríamos. Yo lo único que hago últimamente es comida beige. Es literalmente lo único que come Elvis: patatas fritas y tortitas de plátano. Pero no es solo eso. Si me hubieras dicho cuando estudiábamos en la escuela de posgrado que estaría dando clases de cine en lugar de hacer mis propias películas, no te habría creído. Estaba tan segura de que haría cosas. No sé adónde se ha ido eso.

—No te has quedado de brazos cruzados. Mira cuánto me has ayudado este año. Y a tus alumnos. Te adoran.

—Bah. Afrontémoslo, en realidad no merecen mi sabiduría. —Sonríe, como intentando decirme que no me preocupe—. Y no consigo quitarme de la cabeza ese dicho, el que atormenta a todos los profesores: quien sabe, hace; quien no sabe, enseña.

—Venga ya.

—Lo sé. Pero es como si el tiempo fuese más deprisa. Pensaba que tenía todo el tiempo del mundo, y un día me desperté y era mayor. Y la gente que contrata a directores de cine no quiere a personas mayores.

—Pensabas que éramos mayores cuando teníamos veinte años, ¿te acuerdas?

—Pero ahora es posible que lo seamos de verdad. Mayores.

—Siempre hay sed de directoras creativas y brillantes con una visión personal.

Al otro lado del restaurante una mujer se ríe —una risa un poco rasposa y un poco estridente de más—, y el sonido resulta tan familiar que las dos volvemos la cabeza de súbito hacia ella, esperando ver a L'Wren. Pero ninguna de las dos conocemos de nada a la mujer que se ha reído.

—Me gustaría que estuviese con nosotras —dice Alicia.

—A mí también.

—¿Todavía no habéis hablado?

—Hemos hablado. Incluso nos hemos visto en el colegio. Pero es distinto.

—¿Qué crees que diría si estuviera aquí ahora?

—¿Qué te diría a ti?

Alicia asiente.

—Creo que diría...: «Escucha a tu corazón».

Alicia casi se atraganta con su refresco Dr Pepper.

—Eso seguro que no.

—Vale. Tienes razón. Diría: «Dirige una película de gatos y yo te firmo el cheque».

La expresión de Alicia se suaviza. Le cojo la mano por encima de la mesa.

—Elvis todavía es pequeño —digo—. Todavía no va al colegio la jornada completa. Y la mentira de que lo puedes hacer todo, todo a la vez... no solo no es verdad, sino que además es cruel. Hay toda una parte de tu cerebro que aún se está recuperando del revoltijo hormonal que supone tener un hijo.

—Lo sé. —El labio inferior le tiembla.

—Y estás a punto de averiguar qué es la siguiente cosa estupenda que te entusiasmará hacer. Y será increíble.

—Puf. Nico va a tener que darte las gracias. —Se seca las lágrimas con una toallita refrescante del asador—. Y mientras nosotras estamos llorando sobre la carne y esa pareja finge no estar poniendo la oreja —Alicia ladea la cabeza hacia la mesa de al lado, y ninguno de sus ocupantes se molesta en desviar la mirada—, déjame que te diga que estás haciendo lo correcto, Diana. Con Oliver. Me refiero a lo de salir con tu marido.

—Pero quiero echar un polvo con mi marido.

—Salir con tu marido para que al final te puedas follar a tu marido.

—Mmm. —Me termino el refresco—. A Miriam le encantarías.

—¿Sí? Por favor, no me puede gustar más lo de ganarme la aprobación de un terapeuta. Probablemente ese sea el motivo de que la terapia nunca me funcione. Estás haciendo lo correcto, en serio. Uy, eso me recuerda... —Le escribe un mensaje a su nueva amiga del avión y lo lee subiendo la voz lo suficiente para que lo pueda oír la mesa de al lado—. La terapeuta les ha dicho que salgan juntos. Nada de medias sin entrepierna. Por ahora. Seguiré informando. —Le da a enviar—. Creo que es algo sexy. Como un matrimonio tántrico o algo por el estilo. ¿Te imaginas lo que pasará cuando por fin haya sexo?

—¿Tántrico? ¿Crees que estaremos horas dándole?

Alicia suelta una carcajada.

—No. Dios, no. Oliver se correrá en menos dos segundos.

Esa noche duermo con la puerta de la habitación abierta para oír los suaves ronquidos de Alicia en la habitación de invitados. Me quedo en la cama despierta, agradeciendo el familiar y tranquilizador sonido en esta casa que, de lo contrario, está vacía. Intento desarrollar un plan para ayudar a Alicia, algo que la haga dar con la próxima cosa. Me digo a mí misma que debo quedarme dormida y quizá sueñe con la solución. Pero a las doce y media sigo completamente despierta y sin un plan. En la mesilla de noche, el teléfono me vibra.

Un mensaje de Oliver.

Te has perdido unos huevos Benedict malísimos  
en casa  
de mi madre. Y MUCHOS COMENTARIOS  
OFENSIVOS.

Río a la vacía habitación y escribo:

¿Te acuerdas de la vez que tu primo llevó a su  
novia vegetariana y tu padre mintió  
descaradamente y dijo que el jamón era vegano?

Fue un atrevimiento. Por parte  
de los dos.

Lo que sí que echo de menos  
es la tarta de merengue  
de tu madre...

¿La que fingió haber hecho ella?

???!!! Perdona... ¿qué?

Es de una pastelería  
de McKinney.

No me extraña que no me quisiera dar la  
receta.

Te he comprado una porción.  
Te la mando a casa mañana  
con Emmy.

Gracias.

Una pausa. Tres puntos que aparecen y desaparecen y al final  
añade:

Estoy planeando nuestra primera cita.

Qué emocionante.

Me está costando. ¿Pasa algo  
por admitirlo?

Claro que no.

He buscado en Google «dónde llevar a tu mujer  
que sigue siendo tu mujer pero con la que quizá  
te reconcilies dependiendo de cómo salga la  
cita».

¿Qué ha dicho Siri?

Chick-fil-A.

No está mal.

Me ha dado todas las ubicaciones en un radio de  
cincuenta kilómetros.

La verdad es que me encantan  
las patatas fritas estilo gofre  
de ese sitio.

No. No es nada sexy. Verás cómo se me ocurre algo genial.

No tiene por qué ser sexy.

Perfecto. Pues iremos a Chick-fil-A.

Me muero de ganas.

¿En serio?

En serio.

¿Sabes lo que de verdad es genial de salir con tu mujer? Que no tienes que hacerte el interesante y fingir que no estás nervioso.

No sé qué esperar. Una combinación de cena y... algo. Puede que cenar e ir al cine. ¿Un paseo y un café? Siempre que no sea una bolera o una pista de patinaje sobre hielo, me gustará. Hay algo en estar rodeados de otras parejas que salen por primera vez cuando nosotros estamos volviendo a empezar que hace que esté demasiado cohibida.

Empezamos la noche en Keller's Drive-In, un *diner* pasado de moda y uno de nuestros sitios preferidos cuando estábamos empezando. En su día me encantaba porque podía permitirme invitar a pesar de estar sin blanca. Está lloviendo otra vez, así que comemos en la *pick-up* de Oliver con las ventanillas subidas, y la conversación fluye. Le pregunto por el trabajo y me habla de la casa que acaba de reformar. Nos terminamos las hamburguesas y me sorprende no queriendo que esta cita termine, a pesar de que ahora llueve a cántaros. Resulta extraño estar sentada junto a Oliver y desear, esperar vehementemente, que haya más y más tiempo. Es como la sensación de estar por fin envuelta en el cálido fulgor de un flechazo secreto.

Después de cenar me sorprende y conducimos diez minutos más hasta un museo interactivo del que ha leído algo. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos juntos en un museo. Puede que cuando Emmy era un bebé. Cuando los fines de semana eran eternos y anhelábamos cualquier sitio con aire acondicionado por el que pudiéramos dar vueltas mientras la niña dormía en su cochecito.

Al museo se entra por un centro comercial enorme y resplandeciente. Hay motivos decorativos de Pascua por todas partes, con el Día de la Madre pisándole los talones.

Dentro, el museo es como un enorme decorado creado para que parezca el hogar de una familia, todo bajo un techo, tal y como yo imagino que sería un estudio de sonido del Hollywood de antes. Oliver va hacia lo que parece un recibidor real, pero es un espacio interactivo con correo para leer y teléfonos por los que ir desplazándose. Hay un montón de auriculares en la mesa del comedor, así que cogemos unos cada uno y le damos al *play*. Al principio solo se escucha música, una banda sonora inquietante, como de cuento de hadas. Luego una voz de mujer, suave y cadenciosa, nos cuenta que en el espacio en el que nos encontramos hay un misterio y nos anima a buscar pistas. Estamos rodeados de visitantes que dan la impresión de llevar horas peinando el lugar para dar con las pistas de lo que le pasó al precoz joven que desapareció después de descubrir a una criatura de otro mundo. Hay carteles de «Se busca» con su imagen en la mesita de centro y películas de vídeo caseras de la familia, incluso un teléfono con mensajes de texto que uno puede probar a analizar por turnos. Cuando pasamos a la tercera habitación, la cabeza me da vueltas en direcciones tan extrañas como el melifluido relato.

Mi atención se desvía del cometido que nos ocupa y empiezo a imaginar cómo sería un museo de mi propio matrimonio con Oliver. ¿Qué pasaría si dejásemos que cincuenta extraños deambulasen por nuestra casa para investigar cuándo y dónde nos equivocamos? ¿Qué, exactamente, se perdió y cuándo? ¿Y si escudriñasen nuestro correo o se desplazaran por años de mensajes de texto? Los comienzos:

No puedo dejar de pensar en ti.

La parte central:

No te olvides de comprar el pan que le gusta a Emmy para comer.

y

¿Sabes dónde está el mando a distancia? No está en el sofá.

Y, por último:

Llegaré tarde a casa.  
No me esperes despierto.

¿Serían esas las pistas relevantes? ¿O sería la falta de cuadros en las paredes porque no fuimos capaces de ponernos de acuerdo en qué debería ir dónde? ¿O los cojines del sofá en el salón, deformados de tanto dormir Oliver abajo? ¿La temperatura que nunca terminaba de ser la adecuada? Demasiado frío para mí, demasiado calor para Oliver. ¿O será menos una prueba física y más una sensación?

Sigo a Oliver por los estrechos pasillos del museo. Me asalta la necesidad imperiosa de encontrar a este chico.

Me quito los auriculares y Oliver hace lo mismo.

—¿Qué estamos pasando por alto?

—Parece complicado —me contesta—. Puede que sea más divertido observar y listo.

—Perdone. —Doy con una empleada que tiene un pelo azul precioso y los ojos castaños y lleva unas alas de hada y un sombrero de vaquero—. ¿Encuentra la mayoría de la gente al chico que ha desaparecido?

—Casi todo el mundo. Hay pistas por todas partes.

—Así que en eso consiste el juego, ¿no? Así es como se gana.

Parece desconcertarle mi pregunta, el tono competitivo de mi voz, pero entonces sonríe y contesta:

—Preste mucha atención a los aparatos electrónicos.

Encontramos el ordenador de la familia y vemos vídeos caseros en los que el chico que ha desaparecido habla de nuevos descubrimientos y de un monstruo que cree que vive en la casa. Como esto no nos ayuda, Oliver sugiere:

—Todavía no hemos leído las postales.

Nos relajamos en la acogedora habitación de invitados y nos sentamos en la cama. De momento allí solo estamos nosotros dos y la ventana falsa está abierta y hay un ventilador encendido para simular una brisa. Oliver huele bien, a limpio, y siento el repentino deseo de besarlo en la nuca. Me arrimo más a él, fingiendo que es para ver mejor las postales, pero en realidad solo quiero estar cerca de él. Nos imagino dándonos un beso largo y lento. Podríamos tumbarnos en esta cama y quedarnos aquí hasta que el museo cierre.

Oliver sonríe, me ha leído el pensamiento.

—¿Es que no quieres encontrar al chico?

Me fijo en todas las pistas que hay en esta habitación: todos los relojes se detuvieron a las 19.06, las sábanas arrugadas a propósito en el suelo, el grifo del cuarto de baño que gotea sin cesar. A nuestro alrededor, los visitantes del museo van y vienen, un enjambre de cazadores de tesoros y obsesos de Keith Morrison.

Oliver se mueve a mi lado en la cama. Su rodilla roza la mía y un escalofrío me recorre el cuerpo. No seremos capaces de resolver el misterio. Nuestro cerebro está demasiado confuso. Solo puede procesar los deseos vehementes de uno en uno, y mi deseo de estar

cerca de Oliver es lo único en lo que puedo concentrarme. Pego los labios a su oído y le susurro:

—Vámonos.

—¿Adónde?

—A donde sea. Solos tú y yo.

Cuando Oliver se pone de pie, veo el bulto de su erección, presionándole el pantalón vaquero. Hace que me sienta aturdida, ridícula y poderosa al mismo tiempo. Sonrío y lo sigo por el encantado jardín trasero como si avanzásemos por un sueño. Nuestro deseo mutuo nos lleva por este espacio oscuro como si estuviésemos flotando en una nube.

Entonces caigo, de repente. Bajo las falsas estrellas de este jardín trasero desconocido, como un bofetón, me doy cuenta exactamente de cómo sabrían los desconocidos que estábamos condenados.

Serían los calcetines sucios de Oliver en el cesto de la ropa.

En un momento dado, dejé de lavarlos. Quizá una protesta muda al pánico ineludible de saber que me había convertido en su madre. O que ya no veíamos el millón de pequeñas cosas que hacíamos por el otro. Estábamos llevando la cuenta y los dos, en silencio, nos negábamos a dar el brazo a torcer. Nuestras tareas domésticas seguían divididas entre ambos, y yo no dejé de hacer la colada entera, pero algo en mí se negaba a lavarle un solo par de calcetines más. Y él tampoco cedió. Este juego se le daba igual de bien, cargaba con el mismo resentimiento. Oliver empezó a ponerse mis calcetines, cosa que me horrorizaba. Después un par de calcetines navideños con muñecos de nieve desdibujados que le había regalado su madre, luego los calcetines antideslizantes del parque de camas elásticas del barrio. Yo dejé de lavarle los calcetines y él dejó de traerme agua fría para dejar en la mesilla por la noche. Primero

descuidamos las pequeñas cosas y después abandonamos por completo las otras.

Ser consciente de ello hace que sienta frío, después un ligero pánico, como si hubiésemos abusado de una hospitalidad que a decir verdad no se nos brindó nunca. Recorro de prisa el resto del lugar para ir a la salida. Que el chico siga desaparecido. En realidad no es asunto nuestro.

El museo nos expulsa al patio interior del centro comercial. Sigo la mirada de Oliver hasta la cadena de accesorios Claire's Accessories, que Emmy habría visto de inmediato para acto seguido suplicarnos que le dejásemos perforarse las orejas.

—¿Deberíamos haberla traído?

Miro a Oliver a los ojos verdes azulados, luminosos y serenos. Me coge la mano y siento el familiar consuelo que me produce su contacto. La sensación de pánico se desvanece y va seguida de una descarga eléctrica, una euforia, cuando salva el espacio que nos separa. Profiero un sonido, una risita ahogada que me trago de prisa.

—¿Qué pasa?

Aprieto los labios y cabeceo al pensar en esas dos almas lejanas y sus calcetines sucios. Que están lo bastante lejos como para que parezca una anécdota divertida. Detalles inoportunos de la vida de un desconocido. Una casa llena de ellos.

—Nada. Es solo que estoy contenta.

Oliver me levanta la barbilla. Le echo los brazos al cuello y lo acerco a mí. Nos besamos así durante mucho tiempo, bajo las vivas luces del centro comercial por la noche.

En nuestra segunda cita, Oliver y yo vamos a una sala de baile en Mesquite. Siempre me sorprende en la pista. Eso no debería dársele

tan bien. Jugaba al béisbol y estaba en el club de ajedrez. Llevaba pantalones con raya de color caqui cuando era adolescente y se metía los polos por dentro.

Pero la primera vez que me llevó a una pista de baile, se movió con mucha soltura. Nunca fardando mucho y nunca muy borracho, tan solo cómodo con su cuerpo, la pareja de baile con la que resultaba más sencillo pasar de una canción a la siguiente. Me gustaba que al parecer nadie se diera cuenta de ello como lo hacía yo, como si yo fuese la única que podía verlo de verdad y, por lo tanto, él fuese todo mío.

La sala de baile, cuyo techo es de paneles de estaño, está engalanada con hileras de luces blancas. El interior es cavernoso y tiene vigas de madera vistas y una barra cerca de la parte delantera en la que a nadie se le ocurriría pedir nada más sofisticado que un Jack Daniel's con cola. Es ruidoso y alegre y la gente ha venido aquí a bailar. Oliver me lleva a la pista, casi delante del escenario, y me coge la mano en la suya, caliente y fuerte.

Una vez le pregunté dónde había aprendido a bailar así de bien y se encogió de hombros. «En los cotillones. Donde aprenden todos los adolescentes texanos con las hormonas revolucionadas y las palmas de las manos sudorosas.»

Le vuelvo a preguntar esta noche y encoge otra vez los hombros de manera similar.

—En serio, ¿dónde aprendiste a bailar agarrado? Seguro que no fue en un cotillón.

—No. Fue con mi bisabuela Ruby. En su residencia de ancianos había baile el primer viernes de cada mes y yo era su pareja preferida. Estaba en el apogeo de mi difícil preadolescencia, cuando solo tu abuela se sentía orgullosa de ir cogida de tu brazo.

—Apuesto a que hacíais una pareja muy mona.

—Era divertida. Siempre estaba pensando en qué hacer a continuación. Y no tenía paciencia para la mayoría de la gente ni ningún interés en hablar del tiempo, sobre todo por teléfono. Si alguien llamaba (y ya podía ser la reina), decía: «Hola. Un placer hablar contigo y gracias por llamar», y colgaba. Y listo.

—Ahora sí que me cae bien. —¿Cómo es posible que hayamos estado tanto tiempo juntos y aun así tengamos anécdotas nuevas que compartir? Siento en el pecho el cálido florecer del optimismo.

—Tú también le habrías caído bien.

Oliver da pasos seguros hacia delante mientras yo los doy hacia atrás —rápido-rápido-lento—, después me estrecha contra él y me escudriña un segundo, como si decidiera de repente que soy un espacio seguro.

—El primer marido de Ruby, Earl, murió en una torre de perforación petrolífera y le dejó todo su dinero. Se casó con mi bisabuelo, pero creo que nunca llegó a superar la muerte de Earl.

Me arrollan sensaciones familiares de cuando empezábamos a salir. La sonrisa fácil de Oliver, sentir sus manos fuertes en mi espalda, la seguridad con la que me lleva por la pista de baile. Estoy cayendo en picado desde un acantilado y él está abajo para cogerme. Me hace girar alejándome de él y deshace el movimiento rápidamente, recogéndome y pegándome a él, tan cerca que casi nos besamos.

—Por Earl.

—Por Earl. —Oliver sonrío y yo esbozo una sonrisa radiante. Me encanta que todavía sea capaz de hacerlo feliz. Que sus ojos se iluminen cuando me mira. Tal vez esa haya sido la peor parte de nuestra ruptura: no haber podido mirarnos a los ojos durante meses.

Un hombre con un ajado sombrero vaquero Stetson se nos acerca, moviéndose despacio y deliberadamente. Sus ojos son de un azul

lechoso y sus Wranglers oscuros, planchados, le quedan grandes.

—¿Me permite? —interrumpe, de la comisura de la boca le cuelga un palillo reblandecido—. Aquí no suelen venir mujeres tan guapas. —Su voz es áspera y cálida.

Detrás de él una mujer con un vestido de color melocotón, que imagino que es su esposa, me sonríe, aliviada, lo intuyo, de poder saltarse esta canción.

—Claro.

Mientras bailamos, me doy cuenta de que Oliver nos mira, apoyado en la pared y bebiendo sorbos de su cerveza. Sus ojos no se apartan de mí. La sala de baile da vueltas cuando mi sorprendentemente ágil pareja de baile me hace girar. Oliver aparece en breves destellos ante mí, como pasar por delante de alguien subida a un tiiovivo. Con cada vuelta, lo deseo más.

Cuando la canción termina, Oliver se acerca y espera a que la música se ralentice.

—Creo que es posible que su mujer se esté poniendo celosa.

Mi pareja le da unas palmaditas a Oliver en la espalda.

—Le diría que se fuera al infierno, pero es hacia donde va yendo de todas formas. —Nos guiña un ojo y se dirige hacia ella contoneándose.

Mientras vemos cómo se aleja, Oliver pregunta:

—Yo no podría, ¿no?

—¿Qué? ¿Decir algo como eso y seguir siendo ligeramente encantador? —Me vuelvo para mirarlo—. No, nunca.

Oliver se ríe entre dientes, me abraza y me estrecha. Siento el calor que desprende su cuerpo. Mis pechos contra su pecho. Sus brazos son más fuertes ahora que no trabaja en una oficina. Sus ojos de color verde azulado brillan. Es mi marido, pero es diferente.

Por favor, que esto dure. Esta sensación. Seguimos bailando, los dos deseosos de disfrutar de este momento. Que otra versión de Willie Nelson nos reconforte mientras me dejo llevar por Oliver. Bailamos como si hubiésemos bailado juntos toda la vida y no hubiésemos parado nunca. *Blue eyes crying in the rain.*

En el camino de vuelta a casa, la ilusión es palpable. Me muevo en mi asiento, inquieta, quiero ser temeraria e incumplir todas las normas. Me planteo tocarle la rodilla, seguir subiendo por el muslo. Imagino su sorpresa. La brusca inhalación. El placer mientras para en el arcén y me subo encima de él.

«Id despacio. Salid.»

Entrelazo las manos y vuelvo la cabeza para contemplar por la ventanilla el familiar borrón de nuestro barrio.

Cuando llegamos a casa, Oliver aparca en el camino de acceso y me acompaña hasta la puerta. Nos quedamos parados demasiado tiempo.

—¿Quieres entrar?

—Creo que nunca he deseado algo tanto.

Sonrío mientras busco las llaves en el bolso.

—Pues entra. No tenemos por qué contárselo a Miriam.

Ahora estamos cerca, nuestro pecho casi se toca, y sé que el corazón le late a la misma velocidad que el mío. El deseo no despierta de manera civilizada en nuestro cuerpo, sino que ruge, exige atención. Me pongo de puntillas, mis labios rozan delicadamente los suyos.

—Ven —musito contra su boca.

Oliver se inclina hacia delante un segundo y exhala, su cuerpo se estremece contra el mío.

—Quiero entrar. Quiero que pasemos toda la noche juntos.

—Yo también.

—No podemos estropearlo, Diana. Ahora que te tengo otra vez, no quiero dar un solo paso en falso. —Se mece hacia atrás sobre los talones y ese pequeño espacio que crea entre nosotros es como un jarro de agua helada.

Mis sentidos se agudizan. Reparo en la luz amarilla que hay encima de Oliver, que crea de un modo irritante un halo angelical alrededor de su cabeza, y oigo el sonido de una polilla que revolotea alrededor de la bombilla. Profiero un suspiro.

—Yo tampoco.

Me quedo en el umbral y veo cómo se aleja. Mis lágrimas hacen que las luces traseras rojas se desdibujen hasta que dejo de ver el coche entero. Dentro la casa está en silencio. Lleno la bañera y pienso en lo desesperadamente que quería que se quedase. Sin embargo, es una sensación distinta de cuando quería que se quedase cuando se estaba yendo de casa. Tenía mucho miedo de cómo me sentiría sin él en esta casa: demasiado vacía, demasiado silenciosa, demasiado solitaria. La sensación sigue siendo la misma, incluso después de tantos meses. Pero esta noche, el deseo de que se quede es distinto. No es la seguridad que me proporciona lo que anhelo. Quiero que se quede con todo mi ser. Quiero sentir su piel desnuda contra la mía y despertarme para tener más de él por la mañana. Lo anhelo a él. Su cuerpo. Nuestro sexo.

En mi fantasía, estoy otra vez en la universidad, haciendo un examen final para el que he estado estudiando todo el mes. Estoy más que preparada. Bordo el examen. Respondo a todas las preguntas con seguridad y rapidez. Todavía tenemos veinte minutos, pero he revisado dos veces mis respuestas y sé que están todas bien. Cuando quedan cinco minutos, el profesor nos recuerda que hagamos también la parte de atrás del examen. Horrorizada, le doy la vuelta al papel y veo cincuenta complejos problemas matemáticos sin soluciones y el pánico es tal que tengo un intenso orgasmo. Hay algo en quedarme sin tiempo

que siempre tiene este efecto en mí. Cuando el tiempo se agota y me doy prisa para terminar, los orgasmos son rápidos y frenéticos.

Por primera vez en semanas, un frío día de abril, por fin deja de llover durante más de unas horas y L'Wren me invita a jugar al tenis. Nos hemos visto cuando vamos a llevar a nuestras hijas al colegio y cuando las niñas quedan para jugar, pero siempre me ha parecido todo forzado. Éramos como dos presentadoras del telediario estresadas mientras capean un problema técnico.

La noche de otoño del año pasado en la que le conté a L'Wren lo de Dirty Diana, le sentó mal, y con razón. Se lo había ocultado durante meses, temerosa de que se distanciase de mí cuando lo supiera. Sin embargo, al final se distanció porque *no* lo sabía. Porque no le di la oportunidad de estar a mi lado.

Soy la primera en llegar a las pistas y me quedo junto al coche, dando saltitos con un pie y con el otro para no quedarme helada hasta que aparezca L'Wren.

Aparca instantes después y abre el maletero, coge la raqueta y me da dos botes nuevos de pelotas.

—Quién me ha visto, yo en las pistas públicas. —Su sonrisa es ancha y radiante, pero en parte es teatro. Hay cierto vacilar en el rápido abrazo que me da.

Mientras echamos a andar hacia las pistas, L'Wren baja el mentón y susurra:

—Los de aquí son como buitres, Diana. Tuve que reservar esta hora hace semanas, y ahora mira, los veo volar en círculos.

Abrimos la puerta de la valla metálica y escudriño las pistas en busca de buitres, pero solo veo a una pareja de aspecto inocente, ambos delgados y mayores, que lanza pelotas con suavidad al otro lado de la red.

—Gracias por invitarme —digo. Entramos en la pista número 2 y dejamos las bolsas en el banco.

—Kevin se quedó con el carné de socio del club cuando nos divorciamos.

—¿No podéis ser socios los dos?

—Puf, ¿y coincidir con él y con sus ligues? —Acerca el talón al glúteo para estirar las largas y esbeltas piernas—. ¿Verlo en el bar, rodeado de admiradoras? Siempre has dado por sentado que tengo un ego más sano de lo que realmente es. —Todavía está morena del reciente viaje que hizo a las islas Turcas y Caicos. Si lo sé es porque me lo ha contado su hijastro, Liam—. Esta pista es muy buena, la verdad sea dicha. ¿Quién necesita el club?

Tras nosotras la puerta se abre chirriando y dos hombres entran en nuestra pista como si ni siquiera estuviésemos allí; uno es alto y tiene largas piernas peludas y un pantalón corto, y el otro lleva un cortavientos ajustado.

L'Wren lleva el brazo por delante del pecho, todavía está estirando.

—Esta pista está reservada.

—Pero no estáis jugando —aduce el alto.

El más bajo me señala con la raqueta.

—Y esa lleva zapatillas con la suela negra. Ni siquiera debería estar en la pista.

—Nos estamos preparando, gilís —espetea L'Wren. Y cuando se quedan helados, sorprendidos, añade—: Nadie echa a mi mejor amiga de una pista pública. ¡Fuera!

Se vuelve y me guiña el ojo. Acto seguido las dos estamos muertas de risa y parte de la tensión cede.

Me pone bien el cuello del polo.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

L'Wren sonríe y va trotando hacia la línea de fondo. Intercambiamos unos golpes para calentar, fáciles y al centro.

Devuelve mi primer servicio y dice:

—¿Crees que soy mojigata?

—No —grito desde el otro lado de la red.

—Puedo hablar de sexo.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué anduviste con tanto secreto?

—Creo... que tenía miedo de decepcionarte.

—¿Cómo?

—¡Que no quería decepcionarte! —chillo.

En lugar de darle con la raqueta, L'Wren coge la pelota con la mano.

—¿Por qué me iba a decepcionar algo así?

Me uno a ella en la red.

—Porque te sentirías obligada a protegerme. Y voy a necesitar tu protección otra vez.

—Siempre te protegeré. Somos amigas, Diana.

—Pero no quiero que tengas que hacerlo. Ese no debería ser tu trabajo. Quiero ser yo la que te proteja a veces.

—Lo harás. —Baja la red (con la mano) y la salva con sus largas piernas. Me da un abrazo.

—No lo haré —objeto—. Eres demasiado fuerte. —Huelo su perfume de jazmín y noto los familiares bordes de sus huesudos hombros.

—Ja. Soy un desastre —musita contra mi pelo.

—De eso nada.

Practicamos la volea durante la media hora siguiente, y me siento bien no pensar en nada más que en devolver sus golpes.

No hace mucho frío y la pista está en sombra, pero chorreamos de sudor cuando hacemos un descanso para beber agua. Todavía respirando pesadamente, L'Wren me confiesa:

—Me encantaba egoístamente que te fueras a divorciar para poder tener a alguien que fuese mi compañera de divorcio.

—¿Técnicamente no es Arthur tu compañero de divorcio?

Desde que se separó de Kevin, L'Wren está saliendo con la pareja perfecta: Arthur es un veterinario muy atractivo que comparte su amor por rescatar a toda clase de animales, cuanto más feos, más dignos de recibir su amor.

—Más bien ha sido una joya. En serio. Ha hecho que todo sea muy fácil.

—¿Lo ves? No me necesitas para eso.

—No, sigo queriendo que te divorcies, pero no pasa nada si no lo haces. ¿Lo vas a hacer?

—Estoy saliendo. —Antes de que se emocione demasiado, añado —: Con Oliver. Estamos saliendo.

L'Wren no dice nada. Resisto el deseo de ponerme a divagar y convencerla de por qué esto es bueno.

—Me alegro por ti, Diana. De verdad. Y quiero a Oliver.

—¿Pero?

—Bueno, tienes razón, contigo soy protectora. Sé lo que es estar casada con alguien e irse alejando de él. No sé cómo se vuelve de ahí. ¿Es posible? Me refiero a que sé que las parejas se reconcilian, pero siempre di por sentado que lo hacían por necesidad. Como si forzaran el matrimonio por los hijos o fuese una decisión económica

o sencillamente no estuvieran bien solos. Pero cuando Oliver y tú os separasteis y nosotras estuvimos en París, parecías *más feliz*. Tanto si estabas con Jasper como si no. ¿Sigues hablando con él? ¿Con Jasper?

—La verdad es que no. Me ha enviado unas fotos, desde dondequiera que esté viajando, pero los mensajes son muy correctos. Es algo triste. Como si nos estuviésemos dejando poco a poco, otra vez, a pesar de que nos saludemos. Y ahora que Oliver y yo estamos saliendo... es mejor no estar en contacto con Jasper.

—Entonces, ¿te ilusiona salir con tu marido?

Hago un gesto afirmativo.

—¿De veras?

—Sí. Y también me aterroriza, claro. ¿Y si volvemos y dentro de seis meses estamos en las mismas? ¿Y si empezamos a perder el interés por el otro otra vez? ¿Y si no soporto oír cómo mastica una manzana o me pongo de los nervios cuando me pida que le mande un mensaje al correo electrónico para recordarle algo en lugar de escribirlo él mismo? ¿O lo pillo mirándose obsesivamente las entradas en el espejo, pero fingiendo no hacerlo? Es como si algo tan nimio y ridículo me produjese rechazo y me hiciese sentir rara, y solo de pensarlo...

—Vale, vale. —L'Wren se ríe—. Mientras te sigas preocupando así por las dos, te dejaré en paz.

—Me preocupa todo, pero aun así estoy ilusionada.

—Bien. Solo necesito un poquitín de tiempo para darte alcance, es todo. Una parte de mí todavía no ha superado que Oliver se acostara con la Dama del Sombrero. —Hace un gesto con la mano para ahuyentar el sombrío pensamiento—. ¿Te puedes creer que Liam se vaya a casar? Es lo que me moría de ganas de comentar contigo.

—¿Perdona? —Seguro que he oído mal.

—¿No te lo ha dicho?

—¿Que se va a casar?

—¿Me lo ha contado a mí y no a ti? Vaya. Di por sentado que te lo diría a ti primero.

Yo también.

—¿Se ha comprometido? ¿Con Kirby?

—Sugiero que planifique esa boda antes de que la chica cambie de opinión. Es un partidazo.

—Liam también.

—Para según quién, sin duda.

—L'Wren.

—Está bien: es un partidazo. Todos somos partidazos. Incluso Oliver. —Esboza una sonrisa que se desvanece deprisa—. ¿Diana? ¿Lo sabe? ¿Lo de Dirty Diana?

—Llevo algún tiempo intentando decidir cómo contárselo.

—No se lo cuentes. O sea, sí, más adelante, pero no ahora. Deja que primero encarriléis lo vuestro. Contárselo solo hará que las cosas se compliquen.

—Pero quiero enamorarme de la versión de Oliver que me apoya en todo lo que hago. Es una parte importante de esto, ¿no? No puede estar sujeto a condiciones.

—Sí, desde luego. Pero sal unas cuantas veces con él para ver si sigue haciendo algo. Y entonces cuéntaselo.

—¿No crees que es deshonesto?

—Has estado mintiendo hasta ahora, así que ¿qué problema hay en que lo sigas haciendo durante unas cuantas citas más?

—Eso es muy triste.

Exhala un suspiro jocoso.

—Ahora somos tristes a veces. Es lo que hay.

Espero tener un sábado tranquilo en las oficinas de Dirty Diana, pero cuando entro el sitio está lleno y hay una mesa repleta de vibradores de todas las formas y colores. A lo largo del último mes, al llegar me he encontrado con toda clase de cosas, de látigos de piel a lencería de lujo, cada una de ellas una posible idea para llevar a cabo una colaboración.

Sin levantar la vista de los vibradores, Petra dice alegremente:

—Vibezz (con dos zetas) ha enviado esto. —Y añade—: Te cambio un vibrador por el cuestionario de *Vogue*.

Está flanqueada por dos mujeres que supongo que son nuevas empleadas. El espacio de oficina y el personal por lo visto aumentan a cada paso. Saludo y me uno a ellas, me inclino sobre los vibradores y los ordeno según los colores del arcoíris, como si estuviese pensando seriamente cuál elegir, todo para no tener que decirle que el cuestionario está sepultado en mi bandeja de entrada, sin abrir.

—Lynnie y Max están ayudando con las redes sociales. Más tarde te presentarán algunos *posts* para que des tu aprobación. Las microfantasías están recibiendo mucho amor. Lo siguiente podría ser una fantasía haiku, ¿qué te parece? El contenido breve está funcionando muy bien.

—¿Por qué no una palabra? —bromea Kirby, que se suma a nosotras en la mesa.

—¿Sexy? —Ahora ha llegado Liam, y el equipo al completo está reunido alrededor de una mesa de vibradores. Sé que no debería importarme, pero estar cerca de Liam me recuerda la punzada de dolor que me ha producido que no me haya contado que se casa. Me sorprende mirando de reojo el dedo anular de Kirby (cómo no, hay un anillo de compromiso) y me siento peor. ¿Cómo no me he

dado cuenta?—. Nosotros sentimos debilidad por el púrpura —afirma Liam—. Ha sido la bomba, ¿no, Kirby?

—¿En serio? —Lo digo con más sarcasmo del que pretendía—. ¿Estás contando esto a tus compañeras? —Durante un segundo veo en los ojos de Liam que le ha dolido. He conseguido ponerlo en ridículo delante de todo el mundo.

—Bueno, no es que aquí vendamos biblias precisamente, ¿no? —Hace un gesto que abarca la oficina—. Así que... ¿sí?

—A mí no me molesta —asegura Kirby, pero la vergüenza ha teñido sus mejillas de un rosa vivo—. ¿Por qué iba a molestarme?

Petra cambia de tema.

—Creo que la marca Dirty Diana debería apostar por un vibrador. Puedes escuchar nuestras fantasías y hacer lo que te dé la gana en la intimidad de tu dormitorio. No hace falta un compañero para escuchar.

—Me gusta la idea de un vibrador Dirty Diana para parejas —objeto—. Parejas nuevas o parejas que están reconectando...

Petra suelta una risita.

—Lo pillamos. Has vuelto con Oliver.

—No hemos vuelto. En realidad no. No es solo por Oliver. Es por nuestra historia. Una historia de amor al revés.

—¿Qué tiene eso que ver con Dirty Diana y los vibradores?

—Yo soy Diana. Eso tiene que ver. —Me pongo como un tomate.

A la hora de comer llamo a la puerta de Liam, que está abierta, pero como tiene los auriculares puestos no me oye. O al menos finge no hacerlo. Dentro la luz es tenue, pero todo está sorprendentemente ordenado. La única nota discordante es una bolsa rasgada de

Razzles con los caramelos desparramados por la mesa. Liam descarta los amarillos y se come el resto mientras teclea.

Llamo otra vez y ahora levanta la vista. Se quita los cascos, tiene los rizos disparados hacia todas partes. Lo tomo como una invitación a pasar.

—Tengo que irme pronto, así que esta es tu única oportunidad de llevarme a Panchos. Prometo no volver a hablar del pelo que encontramos en la salsa la última vez. Nos vamos dentro de diez segundos o no volvemos.

Liam esboza una sonrisa forzada, pero coge las llaves. Al menos por ahora acepta el burrito que le ofrezco como disculpa satisfactoria.

—Deja que te lo cuente de forma que lo entiendas. —Solo Liam es capaz de hacerse el macho condescendiente conmigo y cautivarme al mismo tiempo. Antes incluso de que nos hayan servido la comida, me está soltando otra vez el rollo de por qué deberíamos intentar grabar un vídeo de una fantasía de Dirty Diana—. Por ejemplo, digamos que Lululemon saca a la venta unos *leggings* especiales...

—¿Eso es lo que crees que soy? ¿Una madre Lululemon?

—Ahora mismo vas de Lululemon.

—Son de L'Wren. Me pongo lo que desecha.

—No te ofendas, D, pero reconócelo.

—Es verdad que duran siglos...

—Vale. Bien. Te pongo otro ejemplo: Tiny's Milk & Cookies. ¿A qué texano no le gusta esa pastelería? Pensarías que tienen un montón de galletas distintas, ¿no? Pues no. Se limitan a lo que conocen.

—A eso exactamente me refiero —afirmo.

—Espera un momento. Son famosos por las que tienen trocitos de chocolate, pero también tienen café. Y helado. Bollería. Pero son famosos por esa galleta.

—A eso me refiero, insisto. ¿Me estoy perdiendo algo?

—No pueden sobrevivir únicamente con las galletas con trocitos de chocolate —asevera Liam—, así que introdujeron las de jengibre después de años de desarrollo. Y se agotan desde hace meses. Yo ni siquiera las he podido probar.

—Yo tampoco.

—La galleta de jengibre es vídeo; el café son tus dibujos; el helado es la colaboración con el vibrador. Cuando los tiburones dejan de nadar, se mueren. Tenemos que seguir expandiéndonos.

—¿Los tiburones? ¿Es tu metáfora?

—Si quieres que sigamos creciendo...

—Estamos creciendo. A nuestros fans les encantan las fantasías.

—Y durante un tiempo la galleta con trocitos de chocolate fue suficiente para Tiny's.

—Lo pensaré.

—¿En serio?

—Te lo prometo.

Analiza mi expresión hasta que le satisface ver que estoy diciendo la verdad.

—Bien. Ahora suéltalo. —Bebe un sorbo de agua—. Sé que me he metido en un lío.

—¿Por qué no me lo has contado?

No finge no saber de qué estoy hablando. Él nunca me haría eso.

—Justo después de que le pidiera a Kirby que se casara conmigo (y después de que superara el *shock* de que dijese que sí), una parte de mí pensó que sería mejor para ti, y para L'Wren, que se lo dijese primero a ella. Vuestra amistad ha estado pisando un terreno

algo raro, inestable, y pensé que tal vez si esta vez fuese ella la que tenía un secreto, algo que tú no supieses, quizá se sintiera poderosa y, no sé, más dispuesta a perdonarte.

—Oh. —Nuestro camarero nos trae té helado y bebo un sorbo largo y frío—. Mierda. Es un buen motivo. Perspicaz. —Lo miro con los ojos entornados, intentando decidir si está siendo completamente sincero—. ¿Demasiado perspicaz?

Me sostiene la mirada y sonrío, su alegría es desbordante.

—Ha funcionado, ¿no? Volvéis a ser uña y carne.

—¿L'Wren ya te ha llamado?

—Me mandó un mensaje para darme las gracias. Puede que invitarte a jugar al tenis fuera idea mía.

—Ah. Bueno, pues gracias. Pero... —Aliso la servilleta que tengo en el regazo—. Me da la sensación de que no me lo querías contar.

Liam exhala, larga y lentamente, se sopla los perfectos rizos castaños de la frente.

—Supongo que esa es la otra parte. Contarle a L'Wren que me había prometido fue fácil. Sé que Kirby le cae muy bien. Es un gran partido, y L'Wren sería la primera que lo pensaría, pero tú...

—A mí también me cae bien Kirby.

—Lo sé.

—Me habría alegrado por ti. Me alegro por ti.

—Pero...

—Ni peros ni nada. Si me lo hubieses contado, mi reacción habría sido perfectamente normal.

—Ajá. —Asiente despacio, como para decirme «continúa», así que continúo.

—Una reacción perfectamente normal, lo cual probablemente para la gente normal incluyese cierto grado de preocupación.

—¿Lo ves? Eso es lo que intentaba evitar.

—Liam. Lleváis poco tiempo saliendo. Los dos sois muy jóvenes. Ni siquiera habéis vivido solos nunca. —Pega un respingo, como si lo hubiese pellizado—. A veces es difícil estar seguro cuando uno tiene todas esas cosas en contra.

Nuestra comida llega, y Liam se abalanza sobre su burrito. Traga un gran bocado antes de contestar:

—Estoy seguro. No se lo habría pedido si no estuviese seguro.

—Claro. Me refiero a que mira el castillo de naipes inestable que es mi relación con Oliver. Aunque creas que conoces a alguien, puede que no lo conozcas de verdad.

—Kirby y yo no tenemos secretos el uno con el otro.

Esta vez soy yo la que pega el respingo.

—Vale. Puede que no tengáis secretos, pero no sabes cómo reaccionará en situaciones importantes. El tiempo es el único que te lo podrá decir. Pasar tiempo juntos. En toda clase de situaciones. ¿Y si veis un accidente de coche y ella no quiere parar para ayudar porque llegáis tarde a algo o...?

—¿Debería haber esperado a que nos tropezáramos con un accidente de coche para pedirle que se casara conmigo?

Que Liam se ponga a la defensiva solo hace que yo me enroque más.

—No, Liam. Pero ni siquiera habéis vivido juntos aún.

—Estoy enamorado.

—Y eso no basta necesariamente.

—¿Desde cuándo eres tan poco romántica?

—No lo sé. —Pincho un poco de la aburrida y mustia ensalada que tengo en el plato—. ¿Pasa sin más?

—Me caes muy bien, Diana. Es evidente. Y no pretendo ser un capullo —aquí viene, y me lo merezco—, pero Kirby y yo no nos parecemos en nada a Oliver y a ti.

Aunque estaba preparada, el golpe me afecta.

—No he dicho que lo fuerais.

—Confiamos el uno en el otro. Hemos compartido traumas emocionales. Pero a lo bestia. Lo sabe todo de la relación de mierda que tengo con mi madre y yo lo sé todo de su ansiedad y de todo lo que la atemoriza, como los pomerania y el sonido de un lavavajillas por la noche en una casa vacía. —Ahora habla más deprisa, de manera enfática, sin coger aire—. Y, sinceramente, en el fondo, si me imagino pasando por delante de un accidente de coche con ella, me importa una mierda que se pare o no se pare para ayudar. O incluso que reduzca la velocidad o no. Porque lo cierto es que mientras llame al 911, creo que nos irá bien. —Pincha el burrito con un tenedor—. Y creo firmemente que llamaría al 911, ¿de acuerdo?

—¿Adónde te fuiste cuando desapareciste aquel fin de semana largo el año pasado?

Casi estamos en mayo y Oliver y yo nos deslizamos en una canoa por el centro de un lago de un azul cristalino.

—¿El Cuatro de Julio? Sabes de sobra dónde estaba.

Nos hemos alejado de la orilla y ahora estamos tumbados bocarriba, con la cabeza en extremos opuestos de la canoa. No es una embarcación grande, así que los pies nos llegan a la altura de la cadera del otro.

—No lo sé. De verdad que no.

—Estaba con alguien.

—¿Con Jasper?

No me ve asentir, pero ya sabe cuál es la respuesta.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Oliver.

—Perdona. Es un nombre estupendo. Si hubiéramos tenido un hijo, lo habría llamado Jasper sin dudarlo.

Le doy suavemente con el pie en la cadera.

—En serio, háblame de él.

—¿Por qué? —Me apoyo en los antebrazos para verle la expresión, que es dulce y genuina.

—Siento curiosidad. No sé nada de él.

—Era un viejo amigo. —Me tumbo de nuevo—. De Nuevo México.

—¿Salías con él entonces?

—Sí.

—¿Por qué lo dejasteis?

Dudo. ¿Cuánto quiere saber? Estaba enamorada de Jasper y cuando se fue de Santa Fe me partió el corazón.

—No estaba listo para comprometerse —contesto.

—Pero tú sí querías. Comprometerte.

—Eso pensaba. La verdad es que siempre me resultó fácil estar tan segura porque de algún modo siempre supe que él no estaba listo. Así que no tenía por qué preocuparme por el compromiso.

—Así que cortó contigo, ¿no?

Sobre nuestra cabeza el cielo está pasando del naranja a un gris púrpura, y me preocupa que oscurezca antes de lo que pensamos.

—Sí. Cortó conmigo. De una manera imprecisa, como solo Jasper es capaz de hacerlo.

—¿Te molestó?

—Me destrozó. Pero era joven y nunca había estado enamorada. Fue antes de conocerte.

—¿Pensaste alguna vez en él? ¿Después de que nos casáramos?

Todo el tiempo. Sobre todo durante los últimos años. A veces imaginaba que era Jasper con quien estaba haciendo el amor.

—¿Por qué me preguntas todas estas cosas?

—Quiero saber. Parece que fue una parte importante de tu vida y nunca me has hablado de él.

—¿Qué hay de las mujeres con las que tú saliste?

—¿Qué hay de ellas? Te contaré todo lo que quieras saber.

—¿Todavía piensas en alguna de ellas?

—No.

—¿Ni siquiera en Katherine?

—A veces. Pero no como tú crees.

—¿Por qué no?

—Pienso en otras cosas. Era buena. Y divertida. Y con ella las cosas eran fáciles.

—Las relaciones nuevas siempre son fáciles. —No lo puedo evitar —. Perdona, he sido yo la que ha preguntado. Continúa.

—Emmy y Taylor se llevaban bien, así que era fácil para todos estar juntos. Algunas de las mujeres con las que salí después de que tú y yo nos separáramos eran más jóvenes y no tenían hijos, así que les gustaba salir mucho. Con Katherine no tenía que estar toda la noche en danza. Podíamos hacer cosas como pedir pizza y llevarla al parque.

—Ya. —Intento buscar formas en las nubes para no tener que imaginar sus pícnicos en el parque.

—Y me gustaba su cuerpo.

—Oh. —Una sensación me asalta por sorpresa; puede que no sean celos, sino anhelo. Mi propio cuerpo cobra vida. Presta atención.

—¿Qué te gustaba de su cuerpo?

Oliver se incorpora y empieza a remar. Creo que está intentando cambiar de tema hasta que me doy cuenta de que se está dirigiendo hacia una parte más aislada del lago.

—¿Por qué no contestas?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Lo quiero saber, sí.

Cuando las palabras salen de mi boca, una temeraria descarga enérgica nos recorre a los dos. Ambos estamos firmes, frente a frente.

—Tenía un buen culo. Y cuando teníamos sexo, me rodeaba el cuerpo con las piernas. Me gustaba.

El pulso se me acelera.

—¿Qué más?

—Podía hacer que se corriera. Y cuando se corría era muy escandalosa. Le daba lo mismo. Incluso cuando decía guarradas. Era... inesperado. Y me di cuenta de lo mucho que me gustaba.

—¿Qué decía cuando decía guarradas?

—Venga, Diana. ¿Por qué estamos hablando de esto? —Su voz risueña me dice que lo está disfrutando tanto como yo.

—Solo quiero saber. Yo te he hablado de Jasper.

—Decía: «Ábreme las piernas». Me decía que me necesitaba dentro de ella.

Siento calor entre las piernas y mi respiración se vuelve entrecortada.

—¿Cómo hacías que se corriera?

Oliver levanta la cabeza hacia el cielo, como si intentase recordar las distintas formas.

—Es como que se derretía en mí. Y me dejaba probar cosas.

—¿Como cuáles?

—Posturas distintas. Le gustaba el sexo anal.

—¿En serio?

—A mí también me gustaba.

Me mira para ver cómo reacciono. Ahora nuestras rodillas se rozan y quiero tocarlo desesperadamente.

—Jasper sabía exactamente cómo provocarme un orgasmo.

Oliver traga saliva. Su naturalidad es forzada. No hace falta que mire para saber que se le está poniendo dura.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Cómo?

¿Le cuento todas las maneras? Sus dedos, su boca, sus palabras...

—Era una postura. Una postura en concreto.

—¿Cuál? —Oliver apoya los dedos en mi muslo, justo por debajo del drapeado de mi falda. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Cuando yo estaba encima. O de lado, mientras me tocaba.

—¿Dónde te tocaba?

Mantengo la mirada fija en la suya mientras me subo la falda por la pierna, más y más. Después abro las piernas, dejando que vea mi ropa interior de algodón blanca.

—Aquí. —Me toco por encima de la tela.

—¿Todavía piensas en él?

—No de un modo que deba preocuparte.

—¿Lo amabas? —No ha apartado los ojos de los míos.

—Sí. En distintos momentos de mi vida.

Oliver esboza una sonrisa cálida y juguetona. Esa sonrisa hace que nos precipitemos desde el acantilado. Se inclina sobre mí y coloca su mano sobre la mía, entre mis piernas.

El corazón me va a mil. Quiero que Oliver me siga tocando, que presione con más fuerza, que restriegue sus dedos contra mí.

—¿Todavía piensas en Katherine?

—A veces. Me deseaba desesperadamente. Era una buena sensación. Me hacía sentir bien.

Me gusta la idea de que otra mujer desee a mi marido. Como si fuese una celebridad, adorada en todo el mundo por las mujeres. Dejo que la fantasía me arrolle mientras miro hacia el cada vez más oscuro cielo, desde nuestro lugar en ninguna parte en el centro del lago. Con Oliver, dulce, atractivo y engañosamente fuerte. Parece una estrella de cine de los años cincuenta. Un novio despampanante, de verano, de Gidget, con vivos ojos verdes, labios rosados y una sonrisa perfecta. Echo la cabeza hacia atrás y me muerdo el labio con ganas de más: que me toque más, sentirlo dentro de mí. «¿Cuál es tu fantasía?» Cierro los ojos e imagino a

Oliver saliendo del mar con una tabla de surf bajo el brazo, metiendo a su alegre novia con bikini debajo de una toalla y follándola por detrás en la arena.

Retira la mano.

—No me cansaba.

Abro los ojos, pero él los rehúye.

—No te cansabas ¿de qué? —le pregunto.

—Ya sabes.

—Enséñamela.

—Diana. —Trata de advertirme, pero respira entrecortadamente.

—No tenemos que tocarnos... tú solo enséñamela.

Oliver se baja despacio la cremallera del pantalón. Tiene la polla tan dura que casi le atraviesa el bóxer.

—Diana... —Está abandonado al deseo, tiene las mejillas rojas debido a él. Veo la desesperación con la que quiere tocarme. La canoa se mece con suavidad, lamida por pequeñas olas.

—No pasa nada —susurro.

—¿Y si alguien nos ve?

Pero hemos ido demasiado lejos para que eso nos preocupe, los dos aturridos por el deseo.

—Aquí en medio no hay nadie —afirmo—. Solo estamos nosotros.

—¿Qué pensaría Miriam?

—Ahora mismo no quiero pensar en Miriam.

—Quiero volver a sentirte.

Me acerco más, hasta subirme en su regazo, a horcajadas sobre él. La canoa se balancea, y me quedo quieta un instante. Me agarro a los hombros de Oliver y él nos sujeta a ambos. Permanecemos inmóviles. Completamente quietos hasta que el agua se calma de nuevo. Levanto las caderas despacio y las bajo sobre él. Su erección me presiona. Oliver me pasa una mano por el pelo y acerca mi cara

a la suya. En cuanto su boca toca la mía, quiero devorarlo. Su sabor a limpio, sus labios carnosos, sus musculosos brazos.

—Te quiero, Diana —susurra—. Nunca he dejado de quererte. Ni siquiera cuando te dije que sí.

Le echo los brazos al cuello y me siento más recta para poder hundirme más en su regazo, noto que se le pone más dura contra la tela fina y húmeda de mis bragas. Lo deseo tanto que me las aparto para sentir su piel contra la mía. Pero la tentación será demasiado grande si nos quitamos la ropa.

Beso la base de su cuello, voy subiendo por la mandíbula. Tiro con suavidad del lóbulo de su oreja con mis dientes y le digo al oído:

—¿Te acuerdas del principio, antes de que nos acostáramos...? — Oliver sonrío y recuerda las veces que nos morreábamos durante horas en su habitación como dos adolescentes. Ahora nos restregamos contra el otro, más fuerte y más deprisa, sentimos el calor que desprende nuestro cuerpo y no queremos parar. La fricción aumenta (de nuestra ropa, de nuestra piel), hasta que ya nada importa. Ni que nos pillen ni que volquemos. Nada importa salvo el calor que hay entre ambos—. Oliver —gimo, y me besa con ganas, nuestra lengua describe círculos. Después me aparta, coge mi cara entre sus manos.

—Espera. No podemos. Nuestra primera vez no puede ser en una canoa.

—¿Nuestra primera vez? —Mi pregunta resuena en el lago y los dos nos reímos; dejamos de hacerlo rápidamente, cuando estamos a punto de volcar. Nos estabilizamos y nos miramos a los ojos (nosotros, una canoa, completamente vestidos y con miedo de que podamos volcar) y nos entra la risa de nuevo.

Estoy en la ópera de Sídney viendo *La traviata* junto a un atractivo desconocido. Tenemos nuestro propio balcón de Julieta. Estudié ópera en la universidad, por cierto. La sé apreciar. De verdad. Y digamos que el bel canto

me pone muy cachonda. Así que, durante un aria especialmente rápida, me muevo hacia el asiento del desconocido, me levanto el vestido negro de lentejuelas y me siento a horcajadas sobre él. Las voces me recorren el cuerpo mientras lo monto despacio y la coloratura acompasa nuestro clímax secreto como si la hubiesen compuesto para nosotros.

## 6

Después de recibir un mensaje urgente de la asociación de padres la noche anterior —y después de perder con Oliver tras echarlo a cara o cruz—, voy a buscar a L'Wren para asistir a una reunión en casa de Lorraine Duncan. Ignorar abiertamente una «reunión de emergencia» de la asociación de padres que se celebrará en la casa de la presidenta de la asociación es como enviar una circular a la ciudad entera diciendo que, después de todo, uno preferiría educar a su hijo en casa.

Llegamos a la mansión del barrio de Preston Hollow a las nueve en punto de la mañana, cada una de nosotras con una bandeja de fruta fresca troceada. En la puerta con forma de arco, el ama de llaves de Lorraine se hace cargo de nuestra ofrenda de melón y nos conduce a través de la grandiosa estancia al jardín trasero. El ondulado césped verde ya se está llenando de madres y de algunos padres. A nuestra derecha han dispuesto varias hileras de sillas plegables.

A mi lado, L'Wren escudriña el gentío, más numeroso de lo habitual en una reunión de la asociación de padres. Por lo general se siente cómoda entre estas personas, pero hoy es evidente que L'Wren está tensa.

—No lo entiendo. En el chat de WhatsApp no hay nada. No me gusta. Será mejor que no intenten colar algo en la agenda, como tratar de cargarse mi Feria de Adopción de Mascotas de Primavera. Tardé tres años en conseguir que la aprobasen.

—Seguro que te habrían llamado antes.

L'Wren frena en seco.

—Dama del Sombrero, a las tres en punto. —Sigo sus ojos hasta Raleigh, compañera de la asociación y la primera mujer con la que salió Oliver después de irse de casa.

—Tienes que dejar de llamarla así.

L'Wren se encoge de hombros.

—¿La saludamos?

La última vez que hablé con Raleigh discutimos en el aparcamiento del edificio en el que vive Oliver. Sabía lo de Dirty Diana y me advirtió —me amenazó— de lo que pasaría si Oliver se enteraba. La boca se me seca.

—Parece ocupada.

Y es así, está absorta en una conversación con un grupo de madres bien vestidas de alumnos de quinto de primaria.

—Desde luego ha conseguido que la vuelvan a aceptar —observa L'Wren—. ¿Crees que todavía me tiene miedo?

—Venga, relájate. Vamos a picar algo.

Después de unos cuantos saludos agradables, nos detenemos cerca del fastuoso despliegue de bollería y café. Nuestra fruta cortada no ha llegado al bufé de mantel blanco, y L'Wren vuelve a preocuparse por el verdadero motivo por el que estamos en este sitio.

—Si hay alguna sorpresa, espero que solo sea que alguien está muy enfermo. O que se está muriendo...

—¡L'Wren!

—¿Qué? —Se lleva una mano al corazón—. Me refiero a alguien muy mayor, como la señorita Sheila, la profesora de música. Ha tenido una vida maravillosa. Su marido falleció el año pasado. Me encantaría planificar una ceremonia de despedida en su honor.

Jenna, nuestra amiga mutua, viene hacia nosotras, los rizos dando saltos, entusiasmada con algún cotilleo que contar. Ha convertido en un trabajo a tiempo completo, no retribuido, enterarse de todo lo que pasa en el colegio.

—Sé por qué estamos aquí —revela.

Hace una pausa efectista hasta que L'Wren revuelve los ojos.

—¡Jenna!

—¿Os acordáis de Sarah Lamont? ¿La madre de Rex? Bueno, pues la hermana mayor de Rex, Harmony, va a quinto. ¿Sabéis quién es Harmony? ¿Una chica alta, mona, que juega al *lacrosse*? En cualquier caso, Sarah me contó que, por lo visto, una de las chicas de quinto —Jenna enmudece para articular con los labios «Aubrey»— estaba dando clases en el aparcabici el martes pasado. Sobre cómo hacer una mamada.

—¿¡Qué!? —exclama L'Wren entre risas.

—Exacto. A Lorraine casi le da algo cuando se enteró. Su hija, Savannah, se lo contó todo. Ya sabéis que Lorraine es la que intentó que volvieran a dar misa en la capilla cinco días a la semana. Es muy devota.

—A ver, esto es St. Mary's. Todo el mundo es devoto.

—Pero Lorraine lo es más. Le echa la culpa de todo a la clase de educación sexual que acababan de recibir los de quinto.

—Eso es ridículo —resoplo.

—¿Eh? —Los ojos de L'Wren recorren el gentío—. Entonces ¿no ha muerto nadie? ¿O no hay nadie muy enfermo?

—¿Qué? ¿Alguien muerto? —Jenna la mira con cara de perplejidad—. Puede que Lorraine muriese un poco aquel día. —Jenna se lleva una mano al corazón y finge desmayarse encima de mí. En ese momento oímos el tintineo de una cucharilla contra un vaso de té

helado y nos insta a ocupar nuestros asientos—. No la hagáis enfadar. ¿Os acordáis de lo que Lorraine le hizo a Adele?

—Por Dios —se lamenta L'Wren—. Fue espantoso.

—¿Quién es Adele? —pregunto.

—Eso es —responde Jenna de forma significativa. Los ojos se le agrandan tanto como los rizos.

—¡Para! —Me río y me siento en una silla plegable entre L'Wren y Jenna.

—Lo digo en serio. No os metáis con ella. Pase lo que pase hoy, yo tengo la firme intención de hacerme la escandalizada y seguir la corriente.

Miro a L'Wren en busca de apoyo, pero se limita a hacer como si se cerrase una cremallera imaginaria en los labios.

—¿En serio? ¿Tú también?

Se encoge de hombros y me dice al oído:

—No quiero ser gili, pero tú aquí no pisas terreno firme. De todas nosotras, tú especialmente tienes que estar calladita.

—¿Qué significa eso? —inquire Jenna, que siente curiosidad en el acto.

Cabeceo justo cuando Lorraine se sitúa delante de todos nosotros.

Lorraine mide más de un metro ochenta, su postura es perfecta y lleva el lápiz de labios en tono coral, a juego con las uñas coral.

—Gracias a todos por venir con tan poca antelación. —Cuando une las manos, sus anillos de diamantes lanzan destellos—. Sé que estamos todos muy ocupados y tenemos una agenda apretada y nuestros hijos nos traen de cabeza, pero como la mayoría de vosotros sabéis por el chat del grupo... —Se aclara la garganta como para decir: «¿Voy a poder con esto? Lo intentaré. Por todos vosotros»—. El martes un grupo de chicas de quinto estaba en el aparcabicis, hablando de sexo oral y la forma de realizarlo. Dando

instrucciones explícitas a oídos impresionables. Me horrorizó saber que mi propia hija había recibido parte de esta información. Gracias a Dios, mi Savannah y yo tenemos una relación lo bastante estrecha como para que sepa que a su mami se lo puede contar todo. —Un avión sobrevuela el jardín y durante un instante me distraigo, preguntándome cuánto dinero habrá gastado Lorraine en intentar que modifiquen la ruta del aeropuerto. Cuántas cartas habrá escrito, cuántas reuniones como esta habrá celebrado—. Como la mayoría de vosotros sabéis, me pronuncié con suma claridad en contra de la asignatura de educación sexual este año. Y ahora... —Nos dirige una mirada que dice: «En fin, un hecho consumado que vosotros, pobres idiotas, podríais haber evitado si me hubierais hecho caso»—. Ahora, padres, ya sabéis el motivo. Nuestros hijos merecen tener la oportunidad de ser niños. Este mundo quiere que crezcan deprisa. No podemos protegerlos de todo, pero el colegio al que los llevamos debería ser un espacio seguro. Un espacio en el que puedan ser niños.

Todo el mundo guarda silencio y está muy quieto.

—Hoy estoy aquí porque necesito que todos nosotros, los padres, nos solidaricemos y hagamos lo correcto para nuestros hijos: pidamos que retiren educación sexual del plan de estudios de quinto. Que levante la mano todo aquel que desee respaldarme cuando presente la debida solicitud formal a la administración. —Lorraine levanta torpemente un brazo.

Una por una las manos se van alzando, incluidas las de las dos personas que me flanquean.

—¡L'Wren!

—¿Qué? Le puedo enseñar a Halston todo que necesita saber. Le compraré un libro y lo dejaré abierto en la mesa de la cocina, como hizo mi madre.

—Esto es una solemne estupidez —musito—. La educación sexual es educativa. No tiene nada que ver con privar de su infancia a los niños.

Lorraine cuenta en silencio las manos que hay en el aire.

L'Wren susurra a su vez:

—Diana, hazme caso: si alguna vez fue buen momento para no ir a contracorriente es este. No vale la pena.

—¡Estupendo! —Lorraine sonríe y las manos vuelven a los regazos—. Sin embargo, veo que algunas manos no se han levantado.

—Ostras... —farfulla Jenna.

—Muy bien, lo entiendo... —Lorraine sonríe, pero como un cocodrilo de agua salada, toda dientes puntiagudos y lista para atacar—. Esto no es una dictadura, ¿no es cierto? Puedo ser justa. Todos aquellos que queréis que hablar de sexo forme parte del plan de estudios de quinto, ¿os importaría dar un paso al frente y ofrecer una explicación?

L'Wren me aprieta la rodilla.

—No des un paso al frente.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Me está mirando a mí.

—Desaparecer. Fingir que te llaman por teléfono. Desmayarte. No lo sé.

Levanto la mano.

Lorraine me señala.

—Sí... Eh, me recuerdas tu nombre, ¿por favor?

Me he presentado a ella cuando he hecho de voluntaria en por lo menos tres ferias distintas.

—Diana Wood. —Me pongo de pie y todas las cabezas giran hacia mí—. Mi hija, Emmy, va a segundo.

—Muy bien —dice despacio—. Así que tienes una hija pequeña y no estás preocupada.

—Pues claro que sí. Siempre estoy preocupada por Emmy. Si hay cualquier cosa de la crianza por la que preocuparse, créeme si te digo que me he pasado una noche en vela preocupándome por ella: el azúcar, el tiempo que pasa frente a la pantalla, que pueda coger la hepatitis en un bufé de ensaladas, la *E. coli* en un lago. —Me río, con cierto nerviosismo, y L'Wren me apoya con una risita educada—. Pero creo que la educación sexual es valiosa y necesaria en el plan de estudios y yo diría que el problema es otro.

—¿Cuál?

—Déjalo. —L'Wren tose.

—Creo que estamos hablando de eliminar lo que precisamente podría ayudar a nuestras hijas. Un espacio seguro en el que aprender lo necesario del sexo. Por ejemplo, esas niñas de quinto ya están interesadas en averiguar cómo satisfacer a los chicos. Creo que este enfoque es un problema.

—¿Perdona? —Lorraine hace un gran esfuerzo por parecer confusa.

El cuello se me pone rojo al ver esa falsa confusión.

—No enseñarlas y mantenerlas desinformadas no ayudará a nuestras hijas. A ver, probablemente todos los que estamos aquí oímos hablar de las bolas azules cuando estábamos en secundaria y pensamos que eran algo real. —Se oyen risitas—. Por puro desconocimiento. Yo diría que es importante que todo el mundo sepa cómo es su propio cuerpo antes de preocuparse tanto por adquirir experiencia. Y satisfacer a los chicos.

—Dios santo —masculla L'Wren.

—Estoy muy confundida. —Lorraine sacude su *bob* castaño—. ¿Vosotros estáis tan confundidos como yo? «Diana», ¿no?

—Sí.

—Diana, tu problema no es que estas niñas estuviesen hablando de un acto sexual que es imposible que entiendan, porque es evidente que son demasiado pequeñas, sino más bien que estuviesen hablando del acto sexual equivocado. ¿Lo he entendido bien?

—Por favor, siéntate. —L'Wren me tira de la falda cuando pasa otro ruidoso avión. Estoy segura de que L'Wren desea que aterrice encima de nosotros—. De esta no te podré salvar, Diana. Por favor...

—En definitiva... —Mi seguridad flaquea—. Voto no a quitar educación sexual del plan de estudios. Gracias por escucharme.

El resto de la reunión se desdibuja. Solo soy capaz de prestar atención al martilleo demasiado ruidoso de mi corazón en el pecho.

Más tarde, de camino al coche y cuando ya nadie nos puede oír, L'Wren empieza a echarme el sermón.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? Como si no fuera todo bastante duro ya. Como si no tuviésemos ya la sensación de que nada de lo que hacemos es suficiente y nada de lo que hagamos será suficiente nunca, y encima vas y te enemistas con Tracy Flick.

—Es ridículo. La reunión entera ha sido un despropósito.

—Diana, ya llevas bastante tiempo en este colegio, no te hagas la sorprendida. —A salvo en mi coche, con las puertas cerradas, continúa—: El año pasado la asociación de padres intentó prohibir a Judy Blume en la biblioteca del colegio. Y eso que ni siquiera escribe nada subido de tono. *Superfudge*. Perdieron esa batalla, ¿te acuerdas? Y también acabarán perdiendo esta. Pero no busques pelea en público con esa abusona. Prométemelo. No con lo que... te traes entre manos.

—No estás de acuerdo con lo que estoy haciendo, ¿no?

—¡Ni siquiera sé lo que es! Con el secretismo que te traes, ¿recuerdas? Casi no me has contado nada.

En el semáforo en rojo, cuando debería girar a la derecha para ir a casa de L'Wren, le digo:

—Ven a las oficinas de Dirty Diana.

—¿Por qué?

—Tú ven conmigo. De visita.

—¿Y si no quiero?

—¿Quieres?

—Un poco sí.

Cuando entramos en las oficinas, L'Wren se tapa los ojos y pregunta:

—¿Está todo el mundo vestido?

Pero delante solo está Lou, que levanta la vista desde el mostrador de recepción con una expresión perpleja.

—Viene conmigo —me disculpo. Cojo de la mano a L'Wren y casi nos chocamos con Petra, que se marcha.

—Vaya, el momento oportuno —afirmo. Mientras las presento, ellas se estudian y se aceptan inmediatamente.

—Me encanta tu Birkin —alaba Petra.

—Y a mí el tuyo. No sabía que lo tenían en un azul tan bonito.

—No lo tienen.

No estoy acostumbrada a ver a L'Wren superada en ese ámbito, cosa que al parecer le resulta estimulante.

—No necesitas uno, cariño. Eres perfecta —le dice Petra. Acto seguido aprieta ligeramente el hombro a L'Wren y se va, dejando a L'Wren inquieta.

—¿Estaba flirteando conmigo?

—Un pelín. Pero también habla así. ¿Quieres ver el despacho de Liam?

—¿Tiene un despacho?

El espacio de Liam está ordenado, como de costumbre; hoy el único desbarajuste está sujeto a su tablero de corcho: un despliegue de heridas de silicona que hace él, además de un dedo cortado.

Levanta la vista al vernos en la puerta y sonrío.

—Lo tengo, sí.

—Qué ordenadito.

Liam me mira.

—Es una palabra en clave que significa «pequeño».

—No. Ordenado es ordenado. Me gusta.

—Gracias.

—Pero tú necesitas urgentemente cortarte el pelo.

—Ya estamos.

—Si te levantas antes de mediodía, te puedo coger cita con Stephan este sábado.

La mandíbula de Liam se tensa, y me cojo del brazo de L'Wren.

—Deja que te enseñe el resto del sitio... —La llevo a ver la habitación insonorizada en la que grabo las entrevistas; la sala común, donde me gusta dibujar cerca de las grandes ventanas. Le presento a Linnie y Max y después Lou le pregunta si le apetece un café—. ¿Te enseño mi parte preferida? —Voy con ella a mi despacho, un lugar pequeño y soleado cerca de la parte de atrás.

—¿Qué es esto? —L'Wren se detiene delante de las numerosas fichas que tengo pegadas con celo a la pared.

—Fantasías cortas. Fans de la página web han estado enviando fantasías y subimos clips de ellas a nuestras redes sociales.

—¿Todas son de mujeres distintas?

—Hace unos meses solo había un puñado...

Escudriña la pared y lee cada una de ellas, de vez en cuando sus ojos se abren como platos, pero siempre sin dejar de sonreír.

—Uy, a esta mujer le gustan las plumas... ¿y el hilo? Ajá. Esta chica fantasea con el novio de su hija. No terminará bien. Por Dios, Diana, pero si hay cientos. Y todas son tan francas. Es increíble la fe que depositan en ti para mandarte todo esto.

L'Wren ve todo el material de marketing diseminado y las fotografías que me sacaron para *Vogue*. Después de dar una vuelta despacio, se sienta en una butaca junto a la ventana abierta con su *latte* descafeinado.

—No me esperaba que esto fuese tan... ¿acogedor? ¿O quizá luminoso? Y las mujeres de la oficina son tan estilosas. Estoy impresionada. De no ser por el desastre de pelo de Liam, pensaría que esta es una oficina normal... —Prueba de nuevo—: Ya sabes lo que quiero decir. Es real. Un negocio en toda regla. Sinceramente, desde que te conozco tienes un trabajo aburrido, que nunca me ha parecido que tuviese mucho sentido para ti. Y las pocas veces que mencionabas que antes pintabas, la cara se te iluminaba. Y después cambiabas de tema. Así que lo entiendo. —Me mira como si me pidiese disculpas antes de que sus ojos descansan en las fotografías que me sacaron—. Pero supongo que me pregunto: ¿tienes que ser tú la cara?

—Yo hago las entrevistas y los dibujos. Es mi voz. ¿No crees que sería raro no estar ahí?

—Quizá aumentase el misterio. Como con Dear Abby. No creo que ninguno de nosotros crea que esa pequeña imagen que aparece en el periódico de verdad sea ella. Probablemente haya cien personas distintas dándonos consejos en esas columnas. —L'Wren se mira el regazo y después me mira—. Diana, piensa en todas las madres de nuestro colegio que leen *Vogue*. Y en realidad solo hace falta una

para que todo el mundo empiece a chismorrear. Solo quiero que lo pienses.

—Lo estoy pensando. Lo pensaré. Te lo prometo.

—Vale. Y he cambiado de opinión. Sobre lo de contárselo a Oliver. No por el tema del cotilleo, sino porque, mira esto. Forma parte de tu vida. Es necesario que lo sepa.

—Gracias.

Bebe el último sorbo de café.

—¿Nos podemos ir ya?

—¿Sigues estando incómoda?

—En tu mesa hay vibradores de siete colores distintos.

Sigo su mirada hasta los prototipos, perfectamente alineados junto a mi ordenador portátil.

—¿Te gustaría probar uno?

—No, gracias. —Por primera vez hoy, sus mejillas se tiñen de rosa.

—¿L'Wren?

—¿Mmm?

—Has usado un vibrador alguna vez, ¿no?

Arruga la nariz.

—Siempre me aterrorizó que alguien lo encontrara. Como en las películas.

—Lo podrías guardar en un lugar seguro.

—Esas tiendas me intimidan.

—Cómpralo en internet.

—¿Con nombres raros que aparecen en los extractos de las tarjetas de crédito?

—¿Como «Amazon»?

—Vale, pero ¿qué me dices de mi algoritmo? —Profiere un suspiro —. Creo que eso no es para mí.

—Pero te has provocado un orgasmo, ¿no?

—¡Diana! Que te hayas convertido en una gurú del sexo no significa que se tenga que hablar de todo. Crecí en una casa en la que tratar estas cosas se consideraba impropio de una señorita.

—Pero tú siempre me has hablado de Kevin y de ti.

—Eso no era nada. Todos los detalles eran lo que sabemos todos: sexo programado.

—¿Hacía que te corrieras?

No contesta, se limita a fruncir los labios.

—Llévate el azul, por favor. Prométeme que lo probarás.

—No pienso llevarme un vibrador.

—Como favor personal. Considéralo una valiosa labor de investigación de un producto nuevo.

—Nunca, ¿vale? —Después, en un aparte teatral y con la vista clavada en la puerta, añade—: Nunca he tenido un orgasmo. No creo que sea capaz de tenerlo. No es lo mío. No forma parte de mi naturaleza.

—L'Wren...

—No. Lo sé, también crecí leyendo *Cosmopolitan*. Puede que solo necesite probar esto, puede que tu pareja no sepa cómo bla, bla, bla.

—¿Y con Arthur?

—Finjo. Para quitarle hierro al asunto.

Kirby llama a la puerta de mi despacho para preguntarme algo y L'Wren vuelve a relajarse en su asiento. Le pido que me disculpe un momento y prometo llevarla a casa dentro de cinco minutos. Cuando vuelvo a buscarla, cogemos nuestros respectivos bolsos y nos dirigimos hacia la puerta. Vuelvo la cabeza y veo encantada que el vibrador azul ya no está en mi mesa.

Quiero que el sexo vuelva a ser divertido. Quiero estar subida a una montaña rusa que está a punto de caer en picado a toda velocidad y tener a mi novio dentro de mí. Quiero estar bailando toda la noche y desplomarme en la cama

con la energía justa para follar. Quiero que mi novio me lleve aparte en una fiesta para echar un polvo rápido en la habitación del anfitrión. Solo quiero que el sexo vuelva a ser divertido.

Para sorpresa de los dos, Oliver me convence de que me suba a la noria en la Feria de Primavera de Denton. Cada vez salimos más a menudo. Oliver ha confesado a sus padres que estamos «pasando tiempo juntos otra vez» y a Emmy le entusiasma que sus abuelos la mimen los sábados por la noche.

Un adolescente con gafas de culo de vaso nos rasga las entradas y nos indica que pasemos. Oliver sonrío y me coge de la mano para ir a una góndola vacía. Noto el metal frío del asiento a través del pantalón vaquero.

—¿Tienes frío? —me pregunta Oliver.

—Solo estoy nerviosa. No es así como vamos nosotros, ¿no? ¿Dando vueltas en una noria oxidada en Denton?

Oliver me dirige una mirada escrutadora.

—Si acaso, será subidos al remolino loco. —La noria se pone en marcha con una brusca sacudida. Pronto estamos lo bastante alto como para verlo todo desde el puesto de *funnel cakes* y las tazas que giran y más allá, hasta el mar de coches del aparcamiento—. ¿Te acuerdas de cuando nos morreábamos en la azotea del edificio de apartamentos en el que vivías? —me pregunta Oliver—. Ahí estábamos mucho más altos.

—Porque intentaba impresionarte.

A centímetros de la parte más alta, nos detenemos tan repentinamente que los dos salimos despedidos contra la barra de seguridad.

—Debe de estar subiendo alguien —musita Oliver.

Se asoma por encima de la barra y la góndola se balancea. Lo agarro por el brazo justo cuando la noria se empieza a mover y tartamudea de nuevo. Abajo alguien grita:

—¡Rex! ¿Dónde está el botón?

Me arrimo a Oliver y este me pasa un brazo por los hombros.

—¿Cómo puedo hacer que no pienses en esto? —me pregunta.

—¿Llamamos a los bomberos?

—Seguro que Rex lo tiene controlado. Te lo prometo.

Respiro hondo. El aire nocturno huele a *funnel cake* y a gasolina, pero refresca y resulta reconfortante.

—Cuéntame un secreto. Algo que no me hayas dicho nunca.

La noria renquea, pero solo se mueve unos centímetros. Alguien insulta a voz en grito al chaval de las gafas, que al parecer se ha dado por vencido.

—¡Eh, capullo! ¡Bájanos de aquí!

Luego otra persona increpa a la primera que gritó.

—A ver esa puta lengua. Que aquí hay niños.

Oliver se ríe.

—¡No te rías! —exclamo—. ¡Se mueve demasiado!

Oliver me coge la mano y me besa los dedos con delicadeza. Sonrío y me obligo a relajarme. Puede que sea cosa del destino que estemos en este sitio. Ahora mismo.

—Vale —contesta—. Las esposas no son la única fantasía que tengo.

—¿No?

—Puede que te mintiera cuando te dije que no me sentía atraído por Jackie Gersh.

—¿Quién?

—Nuestra vecina de Duvall Street. Cuando nos casamos, fantaseaba mucho con la idea de acostarme contigo y con otras personas.

—¿En serio?

Asiente.

—Alguien que nos observase. Alguien que te cayese bien. Alguien que me cayera bien.

—¿Otra pareja?

—No... tal vez. Quizá que te daba placer otra persona. No estoy muy seguro de hasta dónde lo maduré, pero los sueños me ponían.

—Pero ¿ya no piensas en eso?

—Bueno —responde risueño—. No he olvidado la idea del todo, pero últimamente solo he estado soñando contigo. Pensando en ti. Pensando en las cosas que te quiero hacer y que quiero hacer contigo.

Su pierna roza la mía. En ese momento lo deseo desesperadamente. Pienso en sus manos en mi cuerpo, su aliento en mi cuello. Estoy enganchada a pensar en estas cosas, y me cuesta recordar haberme sentido así de lela alguna vez con Oliver. Es todo un subidón.

Le sonrío. Puede que esta sea mi fantasía. Estar en una noria averiada manteniendo una conversación inesperada con la persona a la que en su día estaba tan segura de conocer perfectamente, pero que ahora parece otra.

—Te besaría ahora mismo, pero creo que nos balancearíamos. — Así que apoyo la mejilla en su hombro.

Al principio de estar casados, si hubiese sabido que Oliver fantaseaba con tener sexo conmigo y con otras personas, ¿lo habría ayudado a hacer realidad esa fantasía? ¿O me habría asustado? ¿Me habría hecho sentir vergüenza? ¿Celos? Puede que Oliver no fuese el

único que mantuvo una parte de sí oculta en nuestro matrimonio. Durante mucho tiempo he tenido miedo de los secretos que hemos guardado, pero ahora me pregunto si esos secretos no serán los que nos mantengan unidos. Puede que sea todo sobre lo que he estado trabajando en Dirty Diana. Tal vez esta sinceridad recién descubierta entre nosotros cree una base más sólida. Ni la primera casa ni la niña, ni tan siquiera el primer beso. Ahora es cuando estamos empezando a construir algo lo bastante fuerte para que soporte el peso de nuestro matrimonio.

—¿Diana?

—¿Sí?

—Dime algo real.

Una invitación. Este es el momento para hablarle de Dirty Diana. Pero cuando levanto la cabeza y me vuelvo hacia él, la noria chirría y cobra vida con una rápida y terrorífica sacudida. Oímos metal contra metal y un breve silencio seguido de gritos de alegría.

Oliver y yo exhalamos; el suelo firme está cerca. Pero esta inminente sensación de seguridad no es rival para mi cobardía. Aprieto un poco más la mano de Oliver y le cuento una verdad, pero no un secreto:

—Me alegro mucho de estar saliendo otra vez con mi marido.

Quedo con Petra para comer en el Arts District. La veo desde el otro lado de la calle, sentada junto a la ventana del restaurante. Cuando me uno a su mesa, me mira como si la hubiese pillado haciendo algo. Se sienta bien recta y esboza una sonrisa forzada.

—¿Va todo bien?

—Claro. Tómame algo —me dice.

—Uy. ¿Es una celebración o una derrota?

—Puedes estar segura.

Me río.

—Vale. Bien.

—Puede que no te hayas percatado, pero la mesa está puesta para tres.

—¿Liam?

—¿En serio? Liam odiaría este sitio.

Hombres trajeados, manteles blancos y demasiados cubiertos.

—Es verdad. ¿Alguien con quien estás saliendo? —Enarco las cejas y, tan rápido que casi no llego a verla, su sonrisa se desvanece y vuelve.

Se echa a reír.

—No estoy lista para salir con alguien. Solo para follar. —Un camarero nos trae sendos *bloody marys*—. ¿Cómo va el cuestionario de *Vogue*?

—Ya casi lo he terminado —miento.

—Genial. Bueno... —Se inclina y me acaricia la mano—. Como sabes, cada vez nos llueven más llamadas y solicitudes para compartir en la web. Y una de esas llamadas... —Se detiene en mitad de la frase y dedica una sonrisa radiante a algo o alguien que hay detrás de mí. En un abrir y cerrar de ojos, todos los demás comensales del restaurante miran hacia el mismo sitio—. Ya está aquí. En el momento perfecto.

Me vuelvo y la reconozco en el acto.

—¿Natalie Hutton? ¿Hemos quedado a comer con ella?

Petra no me oye. Ya se está levantando para saludar a la gacela que viene hacia nuestra mesa.

Natalie Hutton forma parte de la realeza de Hollywood. Adorada por hombres y mujeres, ha ganado dos Óscar y por lo visto es capaz de hacer cualquier cosa, de dramas a musicales. Ahora dirige su propia productora, famosa por hacerse con los derechos de cualquier buen libro nuevo para llevarlo al cine.

Hace años, Oliver y yo acudimos a nuestra primera fiesta en casa de L'Wren y, durante la cena, una mujer muy escandalosa llamada Maisie nos preguntó a todos, con la intensidad de una alumna de segundo de secundaria encantada de haberse conocido: «¿Con quién aceptaríais que vuestra pareja se enrollara? Iremos dando la vuelta a la mesa». A nuestro alrededor a todo el mundo le brillaron los ojos, mientras que Oliver se hundió en su silla y me preguntó al oído: «¿A quién digo?».

Busqué una respuesta obvia y aceptable: «¿Natalie Hutton?».

—Tú debes de ser Diana... —Natalie me pone las manos en los hombros y me los aprieta—. Eres un bellezón.

—Oh. Gracias. —Es más guapa incluso en persona que en la pantalla. Tiene la piel luminosa y los ojos le brillan. Su cabeza parece un pelín demasiado grande para su delicado cuerpo, pero ello solo hace que resulte más hipnótica—. Tú eres impresionante —balbuceo.

Petra sonríe.

—Sí, sí, las tres somos muy atractivas. De verdad. Siéntate, siéntate.

Natalie se acomoda y nos confía algo:

—Estaba tan nerviosa en el coche mientras venía hacia aquí. Y yo nunca me pongo nerviosa. Jamás.

—¿Por qué? —le pregunta Petra.

—Por conoceros, claro.

—¿A nosotras? —inquiero—. No me lo creo.

—¿Me estás llamando mentirosa? —La sonrisa se borra por completo de su cara.

—¡No!

—Es broma.

Petra se ríe y yo trato de hacerlo.

—Petra me ha hablado mucho de ti. De tu historia. Y estoy supermotivada.

—Es que Diana motiva mucho.

—¿Puedo confesar algo? —Natalie se inclina tanto que nuestra frente prácticamente se toca—. ¿Quién fue? Puede que mi peluquera, Trish. Se entera de todo antes que los demás. Me puso una de tus entrevistas mientras estaba en su sillón. Y había algo en ella... No sé. En esta industria todo es tan artificial. Todos nos esforzamos tanto en ser auténticos y genuinos y la verdad es que no lo conseguimos. Me impresionó mucho.

—Gracias. Me alegra oírlo.

—Me encanta que no todas las fantasías sean excesivamente sexuales. Al menos para los hombres. Le puse una a Ryan durante el rodaje y me miró como diciendo: «¿Qué?». Y le dije: «No es para *ti*, es para *mí*».

»Se supone que hemos de ser muchas cosas en todo momento. Y sobre todo en la cama: recatadas, virginales, leonas. Se supone que nos tiene que gustar el sexo, pero no hablar de sexo. Estoy en la ciudad rodando una peli romántica. Las están volviendo a hacer, por cierto. Y el director, no es coña, baja la cámara en cuanto el protagonista y yo nos empezamos a besar. Como si el sexo fuese intrascendente, como si no formase parte del argumento. Pero ya se trate de un matrimonio, una cita o un follamigo, el sexo es una parte crucial y emocional del argumento. Dice mucho acerca de quiénes somos. De cuál es nuestro nivel de confianza. De en qué punto estamos en la relación. Y él lo trata únicamente por encima. En serio. O sea, ¿bajar la cámara? También podría poner vaselina en el objetivo. Perdonad, estoy hablando demasiado. Me pasa cuando estoy nerviosa. A mi agente le tienen que estar pitando los oídos en alguna parte. Siempre se está comiendo las uñas al fondo.

—Aquí nos encanta hablar demasiado. —Petra sonrío.

—Quiero que me entrevistes —me dice Natalie.

—¿Para la web?

—Sí. Quiero compartir una fantasía. Creo que es muy importante que se hable de esto desde la positividad sexual. ¿Es este el motivo por el que empezaste Dirty Diana?

—Desde luego me sentía desconectada con mi propia vida —le cuento.

—¿Fue cuando vivías en la granja? Solo estoy intentando asomarme a tu cabeza. Me dedico a eso.

—¿En la granja?

Petra me aprieta la rodilla por debajo de la mesa.

—Ya sabes, cuando trabajabas en la granja de tus padres. Enfrente de la iglesia baptista de tu padre.

—¿La iglesia?

Petra se levanta.

—Tengo que ir al servicio. ¿Vienes?

Prácticamente tira de mí y me saca de la silla para que la siga. En el aseo, mientras se retoca los labios, la miro boquiabierta, sin saber si reírme o entrar en pánico.

—¿La granja?

—No me puedo creer que haya sacado el tema. Le dije que no te gusta hablar de esa etapa de tu vida.

—¿Qué etapa? ¿La baptista?

—Tenía que venderte. Todos los agentes se toman algunas libertades, ya sabes. Estamos vendiendo un mundo. Tu historia. —Petra hace gala de su habitual e imperturbable mirada mientras se pinta los labios en el espejo—. Es más guapa incluso en persona, ¿no?

—¿Qué le has contado exactamente?

—No fue a ella. Hablé por teléfono con sus agentes y creo que es posible que ellos también lo hayan adornado todo un poco.

—¿Qué parte?

—¿Que quizá estuvieses un poco más reprimida al vivir en una ciudad pequeña y un entorno religioso? Ya sabes, ir a misa, crecer teniendo a las vacas por amigos, esa clase de cosas.

—Petra, crecí en Los Ángeles, en el Valle de San Fernando.

—El Valle. —Petra hace como si se estremeciera—. Eso no está tan lejos, ¿no?

—Desde luego Loretta Lynn no soy.

—¡Una mina de carbón! Mierda, eso habría funcionado. —Se retira el exceso de carmín con una toallita de papel y se vuelve hacia mí—. Es broma, Diana. No pongas esa cara tan seria. ¿Acaso no es teatro todo lo que hacemos en la vida? Es la lección que estoy aprendiendo a medida que me hago mayor. —Se gira de nuevo hacia el espejo, hace una mueca, se tira de la piel hacia las orejas frente al espejo del cuarto de baño—. Hasta lo «auténtico». En realidad todo es teatro. Lo que importa es el meollo de tu historia: que después de tantos años volviste a empezar a pintar, a hacer arte, a conectar con otras mujeres. ¿A quién le importa dónde empezó todo? A Hollywood le gusta lo que le gusta. Sobre todo el corazón roto de una texana a la que vale la pena apoyar. —Incluso comiendo con una actriz profesional, Petra es la sensación.

Se vuelve y me arregla el pelo, me alisa las capas que enmarcan mi cara.

—Tú disfruta de la comida. Estas cosas rara vez van más allá, y menos aún acaban siendo una película. ¿No te gustaría tener toda la atención de una celebridad durante una hora? —Veo un destello en los ojos de Petra—. Oooh, puede que *esa* sea tu fantasía.

La verdad es que me divierto. De vuelta en la mesa, pasamos la siguiente hora riendo y contando anécdotas, y tres *bloody marys* después Natalie no deja de mirarme a los ojos. Se inclina mientras le cuento cómo empezó Dirty Diana y mis primeros intentos de entrevistar a mujeres. Y entonces el *flash* de una cámara nos asusta. Al otro lado de la ventana, un hombre grande, con barba y un gorro de lana fotografía como un loco a Natalie.

—¿En serio? —Pone los ojos en blanco—. Mierda. Lo siento.

En los pocos segundos que tardo en darme cuenta de lo que está pasando, ella se disculpa otra vez.

—No pensé que los *paparazzi* me fueran a seguir desde el set. —A continuación, una mujer bien vestida, que debe de haber estado todo este tiempo junto al lugar destinado al jefe de sala, se materializa y coge por el codo a Natalie. Mientras se dirige hacia la salida, esta me dice—: Me entrevistas, entonces, ¿de acuerdo? Buscamos un hueco esta semana. Estoy obsesionada, de verdad.

Y, dicho eso, desaparece. De pronto la mesa parece vacía. El vodka, su marcha precipitada, algo me hace sentir incómoda.

Petra pide la cuenta. Me aprieta la mano, entusiasmada.

—Con un poco de suerte, esas fotos estarán en todas partes. Todo el mundo se preguntará quién eres.

Por supuesto, eso me hace sentir incómoda.

—No te alteres. Por favor, no te alteres.

—L'Wren. —En mi coche, me pego el teléfono a la oreja—. No puedes decir eso y esperar que una no se altere. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Todo el mundo está bien. Pero, vale, te puedes alterar. No es para menos.

—¿Qué ha pasado?

—Lorraine sabe lo de Dirty Diana.

Por la mañana aparco al lado de L'Wren y llevamos juntas a las niñas al colegio. Cuando Emmy y Halston se adelantan, L'Wren abre el enlace de la solicitud en su móvil. Por el momento hay cuatro firmas: la de Lorraine, cómo no; la de Raleigh y la de la madre de Tristan,

que era de esperar. Es a Lorraine lo que Renfield es a Drácula. Sin embargo, Hilary Ballard es la mayor sorpresa.

—Siempre te ha tenido envidia —asegura L'Wren—. ¿Recuerdas cuando te dejaste flequillo abierto y a los tres días ella se presentó para compartir coche con el mismo corte de pelo, pero horrorosa? Está obsesionada contigo.

—Pero ¿cómo se ha enterado Lorraine de lo de Dirty Diana?

—Ay, Dios, ahí está. —Las dos miramos de reojo hacia la entrada, donde está Lorraine, con un vestido de verano amarillo vivo y una americana de un blanco nuclear, protegiendo la entrada principal como una gárgola. Raleigh la abraza deprisa antes de desaparecer dentro—. Bueno... —L'Wren lanza un suspiro—. Ahí tienes la prueba. La Dama del Sombrero debe de haber utilizado lo que sabía de Dirty Diana para ganar puntos con Lorraine. Este colegio es peor que la corte de Ana Bolena.

¿Tanto rencor me guardaba Raleigh? ¿De dónde saca el tiempo la gente?

—Bueno —la voz me tiembla—, no pienso tener miedo de dejarme ver en el colegio.

Le digo adiós a Emmy con la mano y me vuelvo hacia Lorraine.

—Buenos días.

—Diana, ¿podemos hablar un momento?

L'Wren me mira como para preguntar: «¿Voy contigo?».

—Te llamo luego —le prometo.

Cuando Lorraine me lleva hacia el aparcabicis, no puedo evitar sonreír. Pero si ata cabos y cae en la cuenta de que estamos en la escena del primer crimen, no dice nada.

—Diana, cari. No soy de las que evitan el enfrentamiento. Digo lo que pienso y siempre soy sincera. Y a mis hijos les digo que hagan

lo mismo. —Tiene los brazos cruzados delante del pecho, como si yo supusiera una amenaza física.

—¿Gracias?

—Así que quiero que sepas que he presentado una solicitud para que expulsen a tu hija de St. Mary's. Pero de verdad que no es personal.

—Entonces, ¿por qué figura mi nombre en la solicitud?

—A lo que me refiero es a que esto no tiene nada que ver contigo *per se*. Contra ti no tengo nada. Casi no te conozco. Presentaría una solicitud contra cualquier padre que creara contenido pornográfico.

—Detrás de Lorraine, a un grupo de padres se le da fatal fingir que no está mirando—. Somos una comunidad muy unida, Diana, ¿no? ¿No es eso lo que siempre te ha gustado de St. Mary's? —Continúa deprisa, sin darme tiempo a que responda—. Y los actos de un padre provocan una reacción en cadena, ¿lo entiendes? He visitado la página, Diana. Sé lo que es. Los niños de St. Mary's ven en nosotros un modelo al que imitar. ¿Qué le parece a Emmy lo que haces?

Hasta ahora, sorprendentemente, he mantenido la calma, pero cuando menciona a Emmy es como si sacara un cuchillo. La ira me sube por el cuello.

—No se lo he contado a Emmy. No creo que sea lo bastante mayor.

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo. ¡Hurra! —Sonríe y deja a la vista unos dientes blancos y brillantes demasiado perfectos.

—Cuando sea lo bastante mayor para entenderlo, creo que me apoyará.

—Diana, *por favor*. No seas ingenua. Se sentirá humillada.

Me clavo las uñas en la palma de las manos. No recuerdo a nadie que me desagradara tanto.

—Podrías haber hecho esto de otra manera, Lorraine. Podríamos haberlo hablado.

—¿Como hablamos en la reunión? ¿Cuando pronunciaste tu monólogo de la vagina? Por favor.

Cada vez que dice «por favor» me irrita más. Continúa:

—Vemos la vida de manera muy distinta.

—Desde luego.

—No creo que nunca podamos tener algo en común, ¿no te parece? Y, sinceramente, creo que la mayoría de los padres se pondrá de mi parte.

Vuelvo a mi coche caminando deprisa, con la cabeza gacha por si me echo a llorar. Cierro de un portazo y arranco. El pánico me asalta rápidamente.

Al principio solo es una sensación de ligereza. Como si pudiera alejarme flotando si no llevara puesto el cinturón de seguridad. En sí misma no es una sensación espantosa, pero cuando agarro con fuerza el volante para intentar tranquilizarme, la sensación se intensifica. «Presta atención, estás conduciendo. Vuelve.» Pero no soy capaz de volver a mí. Si no soy capaz de controlar mi cuerpo, ¿cómo voy a controlar el coche? Me entra el pánico. La palma de las manos me suda. Pienso en tragar saliva hasta que lo único en lo que puedo pensar es en tragar saliva. ¿Estoy tragando la suficiente? «Siente los pies en los zapatos, siente el pellizco del pantalón en la cintura.» Las lágrimas hacen que me escuezan los ojos. Me detengo en el arcén para poder cerrarlos. «Vuelve.» Trago saliva e intento recuperar el aliento, sin conseguirlo.

Miriam lleva puesto un pantalón vaquero, hecho este que me desubica. Estoy sentada en su sofá sola, sin Oliver.

—Gracias por verme tan de improviso —digo con tranquilidad.

Al parecer Miriam me lo notó en la voz nada más cogerme el teléfono. Cuando iba de camino a su consulta, no paré de darle vueltas y más vueltas. ¿Y si Oliver hubiese llevado a Emmy al colegio hoy? ¿Lo habría abordado Lorraine para pedirle su firma? ¿Cómo pude pensar que Dirty Diana seguiría siendo un secreto hasta que de repente me apeteciera contárselo? Qué ingenua he sido, como una niña jugando al escondite detrás de una escoba. ¡Nunca descubrirán que soy yo!

—Diana, no suelo ver a nadie individualmente cuando trabajo con la pareja. Si necesitas que te recomiende a alguien...

—Solo será esta vez. Necesitaba hablar con alguien que nos conoce a los dos.

—No puedo ocultarle esto a Oliver.

—Lo sé. Y no quiero que lo hagas.

Le cuento todo a Miriam. Desde los comienzos de Dirty Diana en Santa Fe hasta las entrevistas a mujeres en mi despacho después del trabajo y hasta ahora, con el dinero de Petra y nuestras propias oficinas. Me deja hablar, no toma ni una sola nota ni me interrumpe con una pregunta. Cuando por fin guardo silencio, se yergue en su silla, cruza y vuelve a cruzar las piernas, sin decir nada durante lo que me parece mucho tiempo. Cuando habla, es más una exhalación.

—Vaya.

—Estoy lista para contárselo. Se lo quiero contar. Estamos en un buen momento.

—Has estado esperando para contárselo hasta ¿cuándo? ¿Cuando tuvieses la sensación de que podrías predecir cómo reaccionaría?

—¿Más o menos?

—Y ¿tenías la sensación de que sería una reacción que te acercaría más a él en lugar de alejarte?

—Hemos cambiado y nos hemos estado moviendo en las direcciones adecuadas, hacia la intimidad, pero existe una pequeña parte de mí... —estoy mintiendo; es una gran parte de mí— que tiene miedo de que esto se lo cargue todo.

—¿Por qué?

—Porque Oliver tendrá la sensación de que no se puede fiar de mí. Como si le hubiese ocultado algo durante mucho tiempo.

—¿Es que él no te ha ocultado cosas?

—Sí, pero eso lo hemos superado. El póquer nunca fue póquer. Parece que de eso hace ya siglos.

—Pero ¿crees que esta mentira es algo que no podréis superar?

—Esta mentira va unida a quién soy. A una parte de mí.

—Diana, tú no eres sucia.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Y el hecho de que preocupen las mentiras, y a cuáles podréis sobrevivir... ¿No es esta versión de una relación que estás protegiendo con Oliver la mayor mentira de todas?

El sábado por la noche me cambio de ropa tres veces antes de que Oliver pase a recogerme, como si elegir el modelo adecuado pudiera hacer que esta noche sea más fácil.

A los diez minutos de empezar nuestro viaje a Memphis para ver a un grupo de música que a Oliver le encanta, pero al que nunca ha visto en directo, lo llaman para informarle de que ha reventado una tubería en la casa que está reformando. El contratista de la obra intenta tranquilizarlo diciendo que se ha ocupado del problema antes de irse y que lo verá en la casa el lunes.

—¿Te importa? Está de camino.

Al principio solo veo árboles: imponentes y aletargados abedules negros que festonean el acceso. Nos vamos acercando y la escondida casa de estilo *mid-century* aparece ante nosotros. Para cuando hemos aparcado en el garaje abierto ya estoy enamorada. Incluso con sus magulladuras y un deterioro que salta a la vista, resulta tan majestuosa en medio del bosquecillo.

—Oliver, es preciosa.

Me coge de la mano y me lleva por un puentecillo de madera, desigual y al que le faltan algunas tablas, pero lo bastante robusto para permitirnos cruzar un arroyo de aguas rápidas.

Cuando saca las llaves, pienso en nuestra casa. A la que nos mudamos justo antes de que naciera Emmy. Esa casa sabía exactamente quiénes quería que fuésemos: recién casados con una cocina abierta y una habitación de invitados para la suegra. Lo

mismo que quería la casa de al lado. Y la de al lado de esa. Y la de la acera de enfrente. La semana que nos instalamos me sorprendí entrando dos veces por el camino de acceso equivocado.

«Te acostumbrarás —me aseguró mi amable vecina—. ¿Y si pintas el buzón? ¿Te ayudaría?»

Seguí su consejo y lo pinté de púrpura oscuro, un color que seguro que nadie más escogería. Me alegraba la vista cada vez que entraba con el coche. Sin embargo, la asociación de vecinos no opinaba lo mismo. Había una lista de colores aprobados para el buzón, y el púrpura no era uno de ellos. Así que lo volví a pintar del color que estaba, gris, y dejé un único punto púrpura en la parte de arriba. Un pequeño acto de rebeldía.

En el interior de la propiedad de Oliver, pasamos de habitación en habitación, pero la sensación es más de ir flotando: el espacio es luminoso y amplio, con vigas de cedro y claraboyas. Se encuentra en obras, y los cables expuestos y el pladur sin terminar no hacen sino añadir encanto al lugar: se ve el trabajo y el mimo que se está poniendo en todo.

Cuando llegamos al comedor, exclamo entusiasmada:

—Pintaría en esta habitación todas las tardes.

—Ven aquí. Te quiero enseñar mi parte favorita. —Oliver me lleva hasta un porche con mosquiteras al que se sale por la cocina. En el medio crece un árbol que ha atravesado el suelo de madera—. Estamos haciendo todo lo posible para salvarlo.

—Tenéis que salvarlo. —Paso una mano por el tronco.

—Quiero respetarlo todo, ¿sabes? El diseño original. No voy a cambiar nada, tan solo lo devolveré a la vida. Puede que acabe conmigo, pero creo que valdrá la pena.

Permanecemos en silencio admirando la habitación. Después me vuelve a coger de la mano y me lleva al dormitorio principal. Me

describe detalladamente lo que quiere hacer, pero cuanto más se le ilumina la cara, más pánico empiezo a sentir yo. Quiero disfrutarlo, pero no soy capaz. La mano me suda en la suya.

—Tengo que contarte una cosa.

—Vale. —De pronto parece tan nervioso como me siento yo.

—Es importante. Algo que te he estado ocultando.

Me suelto de su mano y me siento en el suelo en medio de la habitación vacía. Pego las rodillas al pecho.

Oliver se sienta a mi lado.

—Puedo escuchar lo que sea. Soy yo.

—He estado pintando. Más que nunca. Dibujando, pintando, al carboncillo y al óleo, todo.

—Es genial, Diana. —Entorna los ojos—. ¿Pensabas que me molestaría?

—Pinto a mujeres a las que entrevisto. Para que me cuenten sus fantasías eróticas. —Le hablo a Oliver de la página web, sin dejar de mirarlo en ningún momento. Su expresión es neutra, salvo por la arruga que se le forma en el entrecejo: es una expresión familiar, la que tiene siempre que escucha con atención—. En realidad ahora es un negocio. Que está empezando a dar dinero.

—Oh. —Se echa hacia atrás y se apoya en las manos mientras me escudriña—. Una vez me pusiste una de esas entrevistas...

—Sí.

—Y mi reacción... —Los dos estamos recordando la misma noche, cuando le puse un fragmento de una grabación. La misma noche que me dijo que se estaba desenamorando de mí—. ¿Por eso te ponía nerviosa contármelo ahora? ¿Por lo que pasó aquella noche?

—Todo fue tan delicado entre nosotros durante tanto tiempo, y ahora sigue siendo delicado, pero de un modo prometedor. No quiero que volvamos a meter la pata por mi culpa.

—¿Quién más lo sabe?

—Lo sabrá un montón de gente. Muy pronto. Y sabrán que la página es mía.

—Ya, pero ¿cuáles de las personas que forman parte de tu vida lo saben ya?

—L'Wren, Liam, Petra. —A la cabeza me vienen Lorraine y su solicitud. Raleigh—. Algunas madres del colegio se han enterado.

—¿La puedo ver?

—Claro. —Como no aparta los ojos de mí, añado—: ¿Ahora?

Asiente y abro la página en el móvil. Oliver mira todos los retratos, las docenas de nombres de mujeres.

—¿Todos estos dibujos son tuyos? ¿Cuándo has grabado todas las entrevistas?

—Algunas las grabé antes de que nos separásemos. Otras son más recientes.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué no me lo contaste?

—Quiero ser sincera, pero también me da miedo romper la magia que hay entre nosotros.

—¿Me das un minuto?

Su voz es inexpresiva, no me da ninguna pista. Cuanto más neutra es su expresión, más noto como palidezco.

—Claro.

Oliver me coge el teléfono y se encierra en el cuarto de baño. Oigo que se apoya en la puerta cerrada y lo imagino deslizándose hasta el suelo. Hago lo mismo en el otro lado, de manera que estamos sentados espalda contra espalda. Le da al *play*. Escuchamos la primera entrevista juntos. Durante los primeros minutos oigo que cambia el peso del cuerpo contra la puerta. Luego se acomoda y el único sonido es la voz de Natalie, que fantasea con

volver a ver a alguien a quien conoció cuando era joven y estaba sin blanca.

*... trabajaba en el aeropuerto. Tenía diecinueve años y me levantaba todos los días a las cuatro de la mañana y cogía dos autobuses para llegar a tiempo de abrir el café. Los pasajeros amargados que se disponen a ocupar los estrechos asientos de su avión después de haber sorteado las serpenteantes colas de facturación están como locos por tomarse el primer café del día, aunque sea uno de filtro aguado como el que yo servía. Me calentaba los congelados dedos con el asa y les alegraba el día. Con el café. Y con mi presencia. Se han levantado muy temprano y no se esperan ver a una chica tan guapa como lo era yo entonces, alguien cuyas formas no podía ocultar la mierda de uniforme que llevaba, alguien que acaba de salir de la ducha con unos rizos espectaculares que no se conseguirían ni pagando al más caro de los peluqueros. Y con esa sensación de modorra que se tiene como cuando uno ha bebido de más y tiene falta de sueño, los pasajeros me miraban con cara de asombro. Padres con sus hijos chillones. Recién casados en luna de miel, una mujer apartando a su marido de mí con desprecio. Adolescentes con sus madres. Equipos de fútbol enteros. Todos ellos balbucían y clavaban la vista en mí. Tenía que pedirles que hablaran más alto cuando me decían qué querían. ¿A quién demonios le intimida una adolescente que trabaja en el aeropuerto por un sueldo inferior al salario mínimo? En fin, eso es lo que consigue la belleza. Lo veo ahora que soy mayor. La belleza cambia cosas. A mí también me pasó.*

*Un día había un cocinero nuevo ocupándose de la plancha y estaba más bueno que el pan. Nada más verlo me sentí cómo debían de sentirse los padres cuando llegaban y me veían sirviéndoles el café. Se llamaba Will, tenía veintitrés años e iba de*

trabajo en trabajo. Tenía el pelo negro, los pómulos altos, una nariz larga y huesuda y unos ojos verdes con las pestañas negras. Sus fibrosos brazos estaban llenos de tatuajes caseros. Decía que era cheroqui, pero no sé yo: es lo que dice mucha de la escoria blanca de donde soy cuando se quiere dar importancia, cuando quiere dotar de belleza a la pobreza en la que está atrapada. Will era callado, pero me tocaba las caderas, como sin querer, como si yo fuese un mueble, cuando se movía por la minúscula cocina. La primera vez que lo hizo, juro por Dios que sentí que me iba a correr. Si uno de los padres que iba a por su café hubiera intentado follarme en el servicio, probablemente lo hubiese hecho, así de arrollador era el calor que sentía entre las piernas cuando terminaba mi turno. Al día siguiente me esforcé más que nunca por entablar conversación con Will, pero me rechazó educadamente, casi ni me miraba, de manera que cuando nuestras miradas coincidían de vez en cuando —repentina, fijamente—, yo intentaba no proferir un grito ahogado. Me planteé pedirle que me hiciera uno de sus espantosos tatuajes solo para que me tocara. La primera vez que habló conmigo, se había formado una cola y un capullo rico se la saltó y se puso el primero. «Tengo prisa», le soltó a una madre que estaba sola con un niño pequeño que daba berridos. Entonces me vio y ya no tenía tanta prisa. Entonces tenía tiempo para charlar y estaba retrasando la cola. «Hazme un latte, mueve esas tetas.» Will oyó lo que dijo el tipo, salió de la cocina y preguntó: «¿Hay algún problema?». Tenía una voz grave, de la que apenas me había dado cuenta, dado que hablaba tan poco. El capullo y él se enzarzaron en un rifirrafe, daba la impresión de que se estaban preparando para pelearse. Entonces efectuaron la última llamada del vuelo del capullo y se fue, tras haber cumplido con su propósito: hacer que Will hablase conmigo. Hacer que Will, esperaba yo, por fin se fijara en mis tetas. Me puso

*una mano en el hombro y me preguntó: «¿Estás bien?». Dije que sí, que eso me pasaba un montón, estaba acostumbrada, confiando en que se diera por enterado y viniese detrás de mí. Pero se limitó a encogerse de hombros y volvió a la cocina.*

*Desde entonces he estado con muchos hombres, pero con Will no estuve nunca. Solo tengo el recuerdo de sus manos en mis caderas al pasar por detrás de mí en la cocina. De que aquella vez me preguntara: «¿Estás bien?». Así que mi fantasía es esta: el chico que forma parte del punto más bajo en mi vida está en lo más alto del cielo conmigo en mi avión privado. Mejor aún, es un avión que el estudio ha puesto a mi disposición para mi uso personal con el objeto de intentar hacer que firme un proyecto estúpido. Aunque estoy en un cómodo asiento de piel, vuelvo a llevar el uniforme del café. No sé por qué está Will en el avión conmigo. No es porque lo impresionara. No: Will es el comandante, el que pilota el avión. «¡Lo conseguiste, Will!», exclamo cuando lo veo en la cabina. «Sí.» «Y ¿esto es lo que siempre has querido? No lo sabía. Era difícil saber lo que tenías en la cabeza.» Él se vuelve, deja el control del aparato en manos de su copiloto, el cual, por lo visto, es un gran piloto, aunque es el propietario del café.*

*Will cierra la puerta de la cabina y viene hacia mí. Pasmada, me acomodo en mi asiento, o me tumbo en él, ya que alguien lo ha convertido en una cama de matrimonio.*

*—Lo que siempre he querido —contesta— eres tú.*

*—Podrías haberme tenido cuando hubieses querido.*

*—Pero no habría podido retenerte. Sabía que llegarías lejos. Sabía que eras una cuenta que no podía permitirme pagar.*

*Will me sube la falda por los muslos y poco después sus gruesos dedos tatuados están dentro de mí. Los padres del café nos miran, los adolescentes nos miran. Después Will se desabrocha el cinturón*

*barato y deja que le vea la polla por primera vez, tan voluptuosa como cuando estábamos sin blanca. Las recién casadas en luna de miel del aeropuerto se la están chupando a sus maridos mientras nos miran. Will pone mis largas piernas alrededor de sus morenos hombros al tiempo que me penetra por primera vez después de décadas de espera. «¿Estás bien?», me pregunta mientras me embiste. Nunca tuvo cuerpazo, pero resulta que todo el peso con el que carga está en su polla. Y después de que me haya hecho explotar y de que aterricemos en Londres para acudir a mi estreno, llevo esa sensación conmigo todo el día, mientras atiendo a la prensa y a continuación, en la alfombra roja. Lo bien que me hizo sentir, entonces y ahora, esa sensación de que fue el único chico que no se desplomó necesitado delante de mí, esa sensación de volar muy muy lejos.*

Oliver pone otra: *Estoy en un tren. Anochece, y a través de la ventanilla veo...*

Y después otra.

Oigo mi propia voz, una y otra vez, formulando preguntas.

Y cuando esa fantasía termina, pone otra.

*... y cuando el concierto termina, su guardaespaldas me encuentra en el aparcamiento y me lleva al autobús de su gira. Quiere que pase la noche con él.*

Luego se hace el silencio. Pasan minutos antes de que oiga que Oliver se levanta. Yo hago lo mismo.

La puerta por fin se abre. No quiero ser la primera en hablar.

—Diana...

No rehúyo su mirada. Rodea mis muñecas con los dedos.

—Eres tú. ¿Cómo no me va a gustar cualquier cosa que sea tuya?

—Se inclina y me besa. Es un beso tierno, que rebosa el alivio que

sentimos ambos, los dos sabemos que no queríamos estar en ningún otro sitio que no sea este.

Y entonces no nos podemos contener. Nos quitamos la ropa deprisa, como si estuviesen a segundos de prenderse fuego. El cuerpo de Oliver ha cambiado. Ahora es más fuerte, sus hombros son más anchos. Me tapo los pechos con las manos, de pronto me siento tímida.

Pero acto seguido nuestras manos están en el cuerpo del otro, explorando los lugares que hemos ansiado y echado de menos a lo largo del último año.

Con sus manos en mis riñones, Oliver me baja al suelo, coge su sudadera y me la coloca debajo de la cabeza.

—¿Así estás bien?

Lo único que consigo hacer es asentir, la voz se me queda en la garganta.

Ahora Oliver está encima de mí. Y noto que mi cuerpo se prepara para el sexo que conocemos. Pero en lugar de penetrarme inmediatamente, me provoca despacio con la punta de su miembro. Gimo de placer, haciéndole saber que me encanta cada segundo.

—Fóllame —le pido—. Por favor.

Sus ojos brillantes no dejan de mirarme en ningún momento cuando por fin me penetra, entra lentamente más dentro de mí. Levanto la cabeza para poder ver cómo se unen nuestros cuerpos, fundidos el uno en el otro.

Nuestro sexo siempre era muy vacilante. Debajo de la sábana o de lado, los dos como para cubrir el expediente. Sin embargo, ahora tenso los músculos alrededor de su miembro. ¿Son estos los mismos cuerpos? ¿Fundándose en nuevos niveles de éxtasis?

Mi orgasmo llega como de la nada. Rápidos e intensos espasmos de placer, cada uno de ellos tan breve como el encendido de una

cerilla.

—Me corro —gimo, y Oliver va detrás. Y todo termina. Quiero aplaudir. Felicítarnos de alguna manera.

—Lo siento —se disculpa, sonriendo y viendo cómo sonrío yo—. Suelo durar más.

—No pasa nada. —Me río—. Yo también.

Nos tumbamos en la noble madera del suelo, bajo el techo de tablas machihembradas, con el corazón desbocado. Me pregunto si mis orgasmos siempre serán tan fáciles. Tan imposibles de detener como un tren descontrolado.

—Y ahora ¿qué?

—Pues... —Gira la cabeza y me sonrío—. Mentimos a Miriam, claro.

—Lo digo en serio. ¿Qué pasa ahora, con nosotros?

—Lo hacemos otra vez. —Se apoya en un codo y me mira a los ojos—. Y otra. Y otra. Hasta que ninguno de los dos pueda andar. —Me besa con ternura. Los dos estamos pegajosos del sudor y el sexo, pero me da lo mismo. Lo estrecho contra mí. Me siento bien entre sus brazos—. Creo que lo que estás haciendo es genial —afirma.

—¿Genial? —Los dos sonreímos.

—Estupendo. Valiente. Sorprendente.

Al otro lado de las enormes ventanas la última luz del día se desvanece. Vemos cómo se mecen los robles de Virginia más altos. Si viviésemos aquí, esto sería lo que veríamos desde la cama.

—¿Te puedo enseñar una cosa?

Me besa en el cuello.

—Enséñamelo todo.

Bajo un montón de nuestra arrugada ropa encuentro mi teléfono y le enseño a Oliver todo lo que pensamos hacer para la página. El

material de prensa, el cuestionario de *Vogue*.

—Todavía no lo has rellenado.

—Creo que no podía hacerlo hasta que tú lo supieras todo. No quería que tuvieras que leerlo en *Vogue*.

—No leo *Vogue*.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Vamos a rellenarlo. Será divertido.

—¿Juntos?

—*Vogue* quiere saber lo que piensas, y yo también. Vamos. — Parece entusiasmado de verdad.

—Y cuando se publique el artículo estará ahí fuera. En el mundo. Tus padres podrán buscarlo en Google. Tus amigos lo podrán buscar.

—Lo miro atentamente.

—Lo sé.

—¿Y? —Apoyo la cabeza en su desnudo pecho. El corazón le late fuerte y rápido.

—No lo sé. Llevamos mucho tiempo escondiéndonos, no quiero hacerlo más. Casi es como si tú lo supieras. Como si supieras que teníamos que dinamitar la vida que llevábamos. Y puede que esto sea lo que nos una. —Se aclara la garganta y empieza a leer—. «¿En qué lugar prefieres despertarte?»

—¿Podría ser aquí?

—«En una escala del uno al diez, ¿cómo estás de ilusionada con tu vida ahora mismo?»

—Diez.

—«Si pudieses hacer una escena de amor con quien quisieras, ¿con quién la harías?»

—Contigo.

—No tienes por qué decir esto.

—Es la verdad.

—Esta no es una pregunta de *Vogue*, pero ¿era Natalie Hutton a quien escuché?

—La conocí hace unos días.

—¿Le contaste que me diste permiso para enrollarme con ella?

—No salió el tema.

Me abraza más, me besa en la mejilla. No recuerdo haberme sentido nunca tan conectada con él, tan abierta y tan relajada. Miro a mi alrededor la casa que está construyendo: el hombre que trabajaba tan a regañadientes para su padre parece estar muy lejos.

Oliver vuelve a las preguntas.

—«¿Cuál sería una cosa que la gente no sabe de ti?» Vale, creo que sabemos cuál es la respuesta a esta pregunta.

—Pero la gente lo sabe.

—¿Qué te parece que estuvimos a punto de divorciarnos?

—Eso también lo sabrá.

—¿Cómo?

—Forma parte de la historia. De nuestra historia. ¿Te parece bien?

—¿Sabrán que... dejamos de acostarnos y todo lo demás?

—Sí.

—Vale.

—¿Te preocupa?

—Le preocuparía a mi padre.

—¿Y a ti?

Oliver exhala larga y lentamente.

—Es tan aburrido tener miedo de no ser follable... Así que no. Voy a decir que no. Te toca: «¿Cuál es tu ritual para levantarte?».

—¿Un despertador y un profundo suspiro existencial?

—«¿Cuál es tu ritual para irte a la cama?»

—Poner el despertador lanzando un profundo suspiro existencial.

—«¿Cuál es tu hora preferida del día?»

—El atardecer. Menos cuando Emmy era una recién nacida y cuando el sol se ponía me agobiaba muchísimo pasar otra noche en vela.

—Lo recuerdo.

—Lo sé.

Estoy absorta en el recuerdo de esos días con Emmy recién nacida y nosotros de padres primerizos cuando me interrumpe.

—«¿Zapatos de tacón o planos?»

—Mmm. Esta es difícil. Planos.

—«¿Cuál esperas que sea tu epitafio?»

—¿Qué? Este cuestionario me deja loca.

—Tienes que contestar.

—¿Quién lo dice?

—No cambies de tema.

—Vale, vale. —Contemplo la noche, que ahora es completamente negra. Noto que Oliver me observa, intenta averiguar lo que voy a contestar. Me vuelvo hacia él y digo—: «Abracemos el cambio».

Se para a pensar.

—¿No sería más bien: «Aquí descansa Diana, que abrazó el cambio»?

Pongo los ojos en blanco.

—De todas formas, prefiero la cremación. Siguiendo pregunta.

—«¿Icono del estilo?»

—Por desgracia, mi madre. Tiene mucho estilo.

—Me gustaría volver a ver a Ava. Darle a Emmy la oportunidad de conocerla.

—Tal vez. —Mi madre conoció a Emmy cuando tenía un mes. Después de esa primera visita, la invitamos a pasar las primeras Navidades de la niña, pero no pudo asistir, adujo algo de una

audición a la que no podía faltar. «Sí, durante las vacaciones», insistió cuando la presioné.

La invitamos al primer cumpleaños de Emmy, y al segundo. Al principio nuestras invitaciones iban seguidas de excusas, pero después dejó de contestar y nosotros dejamos de invitarla. Sus llamadas no eran para felicitar cumpleaños o festividades y no estaban salpicadas de «Te echo de menos», sino que decía: «Me acordé de ti por algo, solo llamaba para saludar». A veces me despertaba en plena noche, preocupada por no saber nada de ella y convencida de que había pasado algo espantoso. Seguro que estaba tirada en su apartamento, enferma; había sufrido un accidente de coche, algo terrible. Por la mañana, cuando la llamaba, lo cogía y respondía con voz adormilada: «Hey». Como si no hubieran pasado meses. Como si habláramos todos los días.

Cualquier sensación de alivio que me pudiera invadir se veía sustituida deprisa por una ira sorda.

—¿Estás bien? —le preguntaba.

—Qué va, no.

Durante un instante el corazón se me aceleraba, me preparaba para escuchar algo estremecedor. Entonces ella exhalaba un suspiro. Largo. Y se lanzaba a enumerar toda una serie de injusticias que el mundo había cometido con ella: una rueda pinchada, un director de *casting* mezquino que por algún motivo la tenía tomada con ella, una cita pésima que le había endosado la cuenta. Mi madre hablaba y el calor se extendía por mi cuerpo. No soportaba tener que escuchar todas las maneras en que el mundo la había tratado mal. Y, aun así, ninguna de esas cosas parecía lo bastante grave como para que no pudiera sacar tiempo también para su nieta. Cuando colgábamos, las manos me temblaban de ira. Me lo creía. La creía a ella. Otra vez.

—Forma parte de ti —dice en voz baja Oliver.

—Pero no la parte que me gusta.

—A mí me gustan todas las partes de ti. —Me besa un hombro y lee—: «¿Cuál es el ingrediente que le pones a todo?».

—La sal de ajo.

—¿En serio?

—Sí. Continúa.

—«¿A qué tres personas vivas o muertas te gustaría invitar a cenar?»

—A tu bisabuela. A Joan Mitchell, la pintora. Y... pregúntame más tarde, seguro que se me ocurre la tercera.

—«¿Cuál es tu mayor miedo en la vida?»

—Retroceder.

—«¿Ventanilla o pasillo?»

—Pasillo.

—«¿Cuál es tu talento oculto?» —Antes de que pueda responder, Oliver sugiere—: ¿El arte erótico?

—La pintura.

—«¿Qué es lo más arriesgado que has hecho en tu vida?»

—El arte erótico —respondemos a la vez.

—«¿Delfines o koalas?»

—Esa no es la pregunta, ¿no?

—Lo juro.

—Pandas rojos.

—«¿Secarte el pelo al aire libre o con secador?»

—Alguien empezaba a cansarse de escribir estas...

—Casi hemos terminado. «¿Lo mejor que te ha pasado hoy?»

—Tener sexo en esta maravilla de casa.

—«¿Lo peor que te ha pasado hoy?»

—Dejar esta maravilla de casa.

—«¿El mejor cumplido que te han hecho?»

—«Te quiero. Nunca he dejado de quererte. Ni siquiera cuando te dije que sí.»

—Oye, que eso lo he dicho yo. Vale, la última: «¿Cuál es tu fantasía?».

—¿Podemos dejarla para más tarde?

—Esta la escribieron específicamente para ti. El broche de oro.

—Sin presiones.

—Has entrevistado a muchas mujeres. ¿Nunca has compartido la tuya?

—¿Echar un polvo en la casa estilo *mid-century* que mi marido está reformando?

Oliver sacude la cabeza fingiendo consternación.

—Lo dices por cumplir. —Deja el cuestionario a un lado y se sube encima de mí, me inmoviliza los brazos por encima de la cabeza—. Para aplacarme. —Me besa el cuello y va bajando hasta mis pechos. Un escalofrío me recorre el cuerpo—. La aceptaré. —Noto su erección, dura y urgente, presionándome el muslo—. Por ahora. —Me aparta el pelo del cuello y me besa la desnuda piel—. Pero después me cuentas la verdadera fantasía.

Oliver me besa hasta llegar al vientre, me abre las piernas y me besa la cara interior de los muslos. Reprimo el instinto de cerrarlos. Hay muchas ventanas. Ningún lugar donde esconderse.

—Quiero saber lo que te gusta —dice.

—Ya sabes lo que me gusta —bromeo.

—En realidad no.

Intento estar en el presente. No quiero acordarme de que nunca nos lo hemos preguntado. Que hemos andado de puntillas en lo que respecta al sexo, como si fuese un tema poco apropiado. Cuando teníamos problemas, era como si fuesen deberes, pero ahora, en el

suelo de esta casa, con su pecho encima de mí, es como una aventura en la que nos estamos embarcando juntos.

—Dame tus dedos —musito—. Dos.

Se coloca entre mis piernas y le guío la mano hasta la entrada de mi vagina, que ya está mojada, anticipando lo que va a pasar.

—Despacio —indico.

Se mueve exactamente como le digo, me mete los dedos lentamente. Mi cuerpo los envuelve, abultándose a medida que él me saca y me mete los dedos.

—Diana —dice, como si dejar que haga esto fuese el mayor regalo que pudiera hacerle. Su erección me presiona, pero Oliver solo está centrado en mí. Introduce los dedos y los saca, deslizándolos por la sensible piel; cada vez que dejan mi cuerpo, mis caderas se adelantan para que me vuelva a tocar—. Estás tan mojada —comenta mientras admira cada pliegue, cada suave recoveco de mí.

—Ahora acaríciame el clítoris —le pido, y los ojos se le iluminan.

—¿Quieres que te acaricie el clítoris? —me pregunta, demostrándome que él también es capaz de decirlo. Que la gente puede cambiar. Que aún te puede sorprender y encantar.

—Sí.

Utiliza el pulgar para presionarlo. Ahora soy un charco. Oliver observa cada uno de mis movimientos.

—Sigue tocándome —lo insto. Cada palabra que digo en voz alta me provoca una descarga eléctrica inesperada—. Ahora méteme tres dedos.

Está más dentro de mí.

—¿Aquí?

—Más abajo.

—Aquí —afirma. Mis caderas se elevan—. ¿Te gusta cuando te hago esto? —Sabe cuál es la respuesta, solo quiere que yo la diga

en voz alta.

—Sí.

Ahora se está acariciando.

—¿Me quieres dentro de ti? —Nos acaricia a ambos.

—Sí.

Me pone bocabajo, con los pechos contra el suelo. Mi cuerpo está abierto, preparado para recibirlo.

—Dime que necesitas que te meta la polla —respira contra mi oído mientras entra y sale de mí. Esas palabras pronunciadas por Oliver me hacen enloquecer. Me levanto para ponerme a cuatro patas y Oliver se arrodilla detrás de mí.

—Tírame del pelo —le digo.

Me coge un poco con una mano y tira lo suficientemente fuerte para que eche la cabeza hacia atrás. Gemimos juntos, el placer nos recorre. Mis pechos, sudorosos, suben y bajan cuando me penetra, y todavía necesito más. Quiero más presión, más tensión, más de este Oliver.

—Me encanta tu polla —le digo. Siento que Oliver se ruboriza, su cuerpo irradia calor—. No me puede gustar más —aseguro.

Y entonces estalla dentro de mí.

—Sigue —le pido, y se mueve contra mí, embistiéndome hasta que lanzo un grito.

El lunes por la mañana Oliver y yo estamos sentados en la cabina de su camioneta, en el aparcamiento de la consulta de Miriam, ensayando lo que le vamos a contar.

—Nos lo pasamos genial en el concierto y nos fuimos a casa. Yo no dije «me encanta tu polla». Ni una sola vez —le indico. Me divierte hacer que se ruborice, cosa que hace.

—Ese ha sido mi mantra durante toda la mañana. No he parado de repetirlo mentalmente.

—Es verdad —afirmo con una sonrisa radiante. Resulta imposible no ver que nos hemos acostado. Somos como dos niños que niegan haber puesto un cojín de pedorretas en la silla del profesor.

Tras compartir la misma observación, Oliver plantea:

—Quizá debiéramos mencionar una canción en concreto, ¿no?

—Pero ¿y si no la tocaron?

—¿Crees que comprobará el repertorio?

Hablamos medio en broma medio en serio, y no queremos decepcionar a Miriam.

—Esto es de locos —opino—. Deberíamos sentarnos y preguntarle sin más: «Miriam, ¿cuándo podemos echar un polvo?».

—No. Sabrá que la hemos pifiado. Tenemos que entrar ahí y mentir como bellacos.

—Nos dirá que no estamos preparados.

—Pero lo estamos. Lo estuvimos. Lo hicimos. Tenemos que contárselo.

—Tú y yo sabemos que estamos preparados, pero ella quería que saliéramos mucho más tiempo.

—La pifiamos. Puede que debamos admitir que la pifiamos.

Oliver tira de mí y me besa tiernamente.

—A mí el sábado no me pareció una pifia. De hecho, he estado pensando en ello toda la mañana.

—Llegamos tres minutos tarde a terapia.

—¿Y si le decimos que tenemos pensado acostarnos el viernes, si todo va bien? Así en la próxima sesión no tendremos que mentir.

—Vale. Buen plan.

Salimos del coche y cruzamos el aparcamiento, poniendo buen cuidado en no caminar demasiado juntos o dejar que alguna parte

de nuestro cuerpo se toque. Cuando los dos pulsamos el botón del ascensor al mismo tiempo, Oliver retira la mano deprisa, como si quemara.

—Perdona —farfallo.

Sonreímos amable, correctamente, cuando Miriam nos invita a acomodarnos en el sofá.

Nos sentamos a la vez.

Y cuando nos pregunta cómo nos va, respondemos a la vez:

—Nos hemos acostado.

Un lunes por la mañana de junio, entro en el aparcamiento del trabajo, el mismo trabajo que he desempeñado en la empresa de mi suegro —McKinnon, Wood and Bloom— durante más de quince años. Reconozco cada coche y cada grieta del asfalto. Las cuento cuando me dirijo al vestíbulo y después recorro el espacio climatizado hasta llegar a mi mesa. Me desplazo por mi bandeja de entrada, decido qué es más urgente y pego un respingo cuando oigo una voz en el umbral. Allen.

—Diana. Me alegro de pillarte. ¿Me acompañas a mi despacho?

Una pregunta que no es una pregunta.

Me sitúo frente a su escritorio de caoba. El mismo ciervo cuyo contacto visual he evitado durante quince años me mira fijamente desde la pared detrás de la cabeza de Allen, que se acomoda en su asiento.

—No sé si estás al tanto de las últimas noticias, pero fotografiaron a John Markham saliendo de un club de estriptis el viernes. Y también el sábado.

—No lo sabía. —Sí que vi el titular, pero ni me molesté en hacer clic. El senador Markham era uno de los clientes de Allen que mejor me caían, siempre hacía un esfuerzo por preguntarme cómo me iba y nunca me pedía que le llevara un café. Un listón bajo, pero significativo.

—Como es natural, no podemos permitir que se asocie a nuestra empresa con esa clase de comportamiento.

—¿Ir a un club de estriptis? —Tres de las cinco últimas fiestas que celebramos en Navidad terminaron en otra fiesta en un club de estriptis.

—Todo ha salido a la luz. Con el reciente divorcio de John de Melissa. Las acusaciones de infidelidad. No saldrá reelegido, está perdiendo a sus votantes.

—Y su dinero.

—El dinero siempre fue de ella, Diana. Y uno ha de tomar partido, aunque sea doloroso. Creo que es el momento adecuado para desvincularnos de John y apoyar a Melissa. No te importa comunicárselo, ¿no? Vosotros dos os lleváis bien.

—¿Quieres que me deshaga de él como cliente?

—Y que lleves a comer a Melissa.

Me da lo mismo que Allen tome partido. O que vaya detrás del dinero. O la grandísima hipocresía de dejar a un cliente por razones morales. En el fondo todo ello me entretiene. Del mismo modo que los mejores días ir a la oficina me entretiene. Llegamos y cumplimos con nuestra obligación eficazmente: seguimos el guion en lo que respecta a lo que debería importarnos y lo que no. Y a quién está al mando y a quién se invita a asistir a una reunión. A quién cede el paso y quién habla primero y quién toma notas.

Algunos días lo imagino como si fuésemos actores en una cena con espectáculo en una ciudad pequeña necesitada de entretenimiento. Representamos la misma obra una y otra vez y fingimos que no hay público. Y algunos días presentarme en la oficina y saber que no tenía que aprenderme un texto nuevo me proporcionaba una sensación de paz y calma. Podría hacer esta función dormida. Hasta no hace mucho. Mientras Allen habla, las candilejas se encienden y el público está ahí. Lo veo desde el

escenario, abalanzándose sobre el entrecot del bufé, mirándome con expresión expectante.

—Creo que no voy a poder.

—¿Llevarla a comer? ¿Tienes algún compromiso?

—No. —Me siento frente a él para no amilanarme y salir por patas —. Lo cierto es que quería verte hoy. Oliver ha estado ganando bastante dinero reformando casas...

—¿Bastante?

—Se le da muy bien.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Que dejo el trabajo, Allen.

Los veinte minutos siguientes me parecen etéreos y ligeros. Vuelvo a mi mesa flotando y redacto una carta de renuncia oficial. Después cojo mis fotografías, meto en una caja la planta del dinero que tengo en la repisa de la ventana y decido salir a comer temprano. Durante la comida elaboraré un listado de todo lo que necesito cerrar y delegar para no dejarle nada pendiente a Allen.

Serpenteo por el laberinto de cubículos y pienso en los días que pasé aquí con Oliver: el flechazo instantáneo que sentí al verlo, nuestro primer beso en la escalera. Pienso en la vuelta al trabajo después de que naciera Emmy; la cerradura estropeada de la puerta de mi despacho y tener que colocar una silla delante para poder utilizar el sacaleches para Emmy sin que entrara alguien. Pienso en las noches del año pasado en las que entrevistaba a mujeres en mi despacho al término de la jornada, rezando para que nadie se enterase.

Al pensar en Dirty Diana, mis recuerdos dan paso a la preocupación: ¿y si el negocio no basta para mantenernos? ¿Y si la

próxima casa de Oliver no se vende? ¿Y si nos quedamos los dos sin trabajo? Cuando llego al coche, tengo la sensación de que la caja de cartón que contiene mis cosas del despacho podría aplastarme. Pongo el aire acondicionado y recobro el aliento.

A continuación marco el número de Natalie Hutton. Lo coge una asistente y, para mi sorpresa, me pasa con ella.

—Se me ha ocurrido una cosa.

Natalie escucha mientras le intento vender la idea de una exposición en una galería, con la que llevo meses soñando, solo que ahora la modifico para que Natalie y su retrato sean el centro de todo ello. Cuando paro de hablar, se hace una pausa larga y durante un momento me preocupa que se haya quedado frita.

—Me encanta. ¿Estás en Los Ángeles?

—No, pero puedo ir. —Acabo de dejar el trabajo.

—Deja que haga unas llamadas y te llamo, ¿vale?

Paso parte de la tarde cruzando correos electrónicos con Alicia, creando entre las dos una presentación para una velada en una galería dedicada a Dirty Diana con Natalie como principal atracción.

Oliver viene para dejar a Emmy y lo invito a quedarse a cenar. Antes de que tenga ocasión de contarle que he dejado el trabajo, sonrío y me hace saber que su madre ya lo ha llamado. Abre una botella de champán y sirve dos copas.

Mientras estoy cocinando, miro de reojo el móvil y veo que tengo varios mensajes de Petra:

Lláname.

En serio. Lláname.

Diana, lláname.

Lo coge inmediatamente.

—No te lo vas a creer.

—¿Va todo bien?

—Me he pasado toda la tarde al teléfono con la agente de Natalie y luego con su manager, con un equipo de ejecutivos de la industria cinematográfica, incluida su socia, Allison Kidd, que quiere que vayas a Los Ángeles y te reúnas con ella.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque quieren producir Dirty Diana. Comprar los derechos y hacer una película sobre tu trayectoria vital.

—Eso no es lo que le vendí.

—¿Cómo que no es lo que le vendiste?

—Llamé a Natalie y le vendí la idea de la galería. Una idea muy distinta.

—¡Por fin! Gracias a Dios. No sabes cuánto llevo esperando este momento.

—¿Qué momento?

—¡El de verte mover el culo!

—Petra. —No puedo evitar reírme—. ¿Mi vida (incluso con la versión de mi infancia a lo *Footloose*) es lo bastante interesante para llevarla al cine?

—Como amiga tuya, yo diría que ¿«quizá»? Pero como tu agente, diría que eres vendible. Tú ve a esa reunión.

En el jardín trasero Oliver mira a Emmy, que practica la voltereta lateral. Cuando le cuento la extraña conversación que acabo de mantener, él parece tan confundido como me siento yo.

—¿Una película?

—Dicen que al final rara vez se hace la película. Solo les gusta acaparar para después no hacer nada con el material.

—Pero ¿es sobre tu vida? ¿Aparecería yo?

—Puede que un personaje basado en ti. ¿Qué opinas?

—Creo que es emocionante. —Mira a Emmy, que sale corriendo para buscar su caja de tizas—. ¿Y Jasper?

Noto que las orejas se me ponen rojas.

—No lo sé. No sé qué parte sería realidad o ficción ni tan siquiera qué les parecería interesante. Es demasiado pronto para pensar en eso. Nadie ha ofrecido nada aún.

Durante un buen rato nos quedamos mirando a Emmy mientras dibuja un conejito sonriente con tiza rosa. Y luego algo con colmillos que persigue al conejito. Oliver y yo intercambiamos una mirada familiar que dice: «Es un amor y rara y mejor que cualquiera de nosotros dos y ¿lo hemos hecho bien, hemos hecho lo suficiente hasta ahora?».

—No quiero que todo este drama del colegio afecte a Emmy —comento en voz baja.

—¿La mafia de padres? No le afectará. —Oliver me pasa un brazo por el hombro y me estrecha contra él. Desprende calor, su cuerpo es firme y reconfortante—. Todo se habrá olvidado antes de que termine el verano, y Lorraine emprenderá otra cruzada. Para cuando llegue el otoño ya habrá despedido a un profesor y a tres conserjes y estará completamente satisfecha.

Oliver recoge la cocina mientras baño a Emmy, intentando mantener la tranquilizadora voz de Oliver en mi cabeza. Cuando Emmy se duerme, abro el calendario del teléfono y le pregunto:

—Las clases terminan la semana que viene, ¿por qué no aprovechamos justo después y nos vamos a California? Yo podría asistir a la reunión y de paso tomarnos unas vacaciones.

—¿Los tres?

—Podría ser divertido. A menos que no te puedas coger unos días. Oliver echa un vistazo al calendario por detrás de mí.

—La verdad es que es perfecto. El permiso para la piscina se retrasará por lo menos un mes, así que por ahora todo está parado en la casa. ¿Qué hay del campamento de Emmy?

—Tendría la playa a cambio. ¿Disneyland? ¿Nada de humedad ni mosquitos? Y no olvides que tus padres estarán en Santa Bárbara la mayor parte de julio. Podrían incluso quedarse unos días con Emmy mientras nosotros tomamos el sol en alguna playa.

Olive me sube a su regazo.

—Sí. —Está pensando lo mismo que yo: eso significa que volveríamos a vivir juntos. No despedirnos después de una cita. Pasar juntos todo el día y toda la noche—. Necesitamos un reseteo. ¿Qué mejor sitio que Hollywood?

He vivido una vida plena. Eso es lo que se dice, ¿no? Pero es verdad. Una vida estupenda que siguió su debido orden. Cuando mi marido me pidió que me casara con él, estábamos deseando que llegara la boda. Después nuestra primera casa. Luego el primer hijo, claro. Una hija preciosa, con una sonrisa mellada. Tuvimos más hijos de los que pensábamos solo para tener esa sensación de que algo grande interrumpía nuestra vida. Y ahora todos los hijos están casados y desperdigados por todo el país. Hacemos viajes, desde luego. Visitamos a los hijos. Ellos nos regalan cruceros porque creen que es lo que queremos. Pero seguimos esperando el siguiente algo grande. En mi fantasía, empezamos a darnos al sexo en lugares públicos. En el parque. En un banco en el museo. En el cine. ¿Por qué no? Incluso hacemos un pacto: no moriremos hasta que nos lo hayamos montado en el solarío de un crucero.

Segunda parte  
Los Ángeles, California

Cuando el avión inicia el descenso, me inclino por delante de Emmy, que va sentada junto a la ventana, para ver cómo viene a nuestro encuentro el suelo de Los Ángeles. Todo me resulta familiar: la interminable sucesión de edificios, las hileras de casas de líneas limpias y colores vivos, las piscinas con agua azul zafiro. Es media tarde y el esmog se aferra a las colinas.

Todo en nuestro viaje a Los Ángeles ha sido fluido. Hace tres noches, Petra y Oliver se conocieron cuando quedamos para tomar algo. Petra nos llevó a un antro en Garland en el que ya habían estado ambos, y su amor al fútbol universitario se encargó de que no tardaran en hacer buenas migas. Luego, como si yo no estuviera con ellos, decidieron que se me da bien guardar secretos, pero fatal mentir.

—Pero fatal. —Sonrieron a la vez.

—Ja, ja —fue lo único que tenía que añadir, y entonces a los dos les preocupó que se hubieran pasado y hubiesen herido mis sentimientos. Les aseguré que de ninguna manera.

Oliver entornó los ojos.

—Bueno, supongo que si estuviera mintiendo lo sabríamos.

Nos reímos los tres, y Petra me apretó la rodilla. Podría haber estado horas disfrutando de la calidez de esa velada.

—Perdona, es solo que me resulta de lo más emocionante conocer a Oliver —aseguró. Y a continuación, como la experta agente que es, nos ganó con un plan nuevo para nuestra estancia en Los

Ángeles. Cuando cayó en la cuenta de que estaríamos en la ciudad el Cuatro de Julio, Petra decidió que sería el momento perfecto para unirse a nosotros y dar una fiesta dedicada a Dirty Diana—. Una celebración. Llevaremos a L'Wren, Alicia, a todo el personal. Invitaré a Vibezz.

Me volví hacia Oliver.

—Con dos zetas. —Y a Petra le dije—: ¿Por qué se te iluminan así los ojos?

—Es perfecto. El fundador de Vibezz quiere colaborar con el vibrador Dirty Diana, pero ¿por qué no hacemos que suban a bordo como inversores? Mi dinero no es nada en comparación con lo que podría hacer por ti una inversión de verdad.

—¿Están interesados?

—Desde luego interés tienen, pero te quieren conocer.

Pasó los veinte minutos siguientes convenciéndonos a los dos de que una fiesta sería el sitio perfecto para seducirlos. La ambición y el dinero de Petra nos habían hecho despegar, pero si queríamos que Dirty Diana fuese un éxito, necesitábamos ayuda. Cuando empiezo a ser plenamente consciente de que he dejado mi empleo, también lo soy de la presión que implica hacer que Dirty Diana funcione, pero también es todo de lo más emocionante.

De camino a casa desde el bar llamamos a los padres de Oliver y les dijimos que habíamos decidido ir a Los Ángeles de vacaciones. Allen solo hizo una gracia —«¿A California? Pensé que una pareja de jubilados como vosotros iría a Florida»— antes de insistir en que Emmy pasara el fin de semana del Cuatro de Julio con ellos en Montecito, a tan solo una hora. Incluso se ofrecieron a volver con ella a Dallas para que Oliver y yo pudiéramos pasar unos días más solos.

Ahora, mientras el avión da vueltas alrededor del aeropuerto de Los Ángeles, toda esta fluidez parece *demasiado* fácil. Siento que aún podría torcerse algo. «No. Es emocionante. Todo es emocionante. Conoces este sitio. Las vistas desde la ventanilla te resultan familiares.»

Pero también lo es el miedo. Me sube por la garganta. Los recuerdos de haber crecido aquí, de vivir en la cima de algo que era deseable, como insistía en asegurar todo el mundo a mi alrededor. Pero para mí Los Ángeles era feo de un modo confuso. Centros comerciales y cosas caras que se podían mirar, pero no tocar.

Estábamos las dos solas, mi madre, Ava, y yo, y por muchas veces que cambiásemos de apartamento, siempre vivíamos al margen de las cosas bonitas: en la falda más fea de famosas colinas tachonadas de casas preciosas; vistiendo la ropa que otros donaban, aún impregnada de su perfume de rosas. Fingía ansiar las mismas cosas bonitas que mi madre más quería: dinero, papeles en películas, alguien que la amara. Pero yo tenía mi propia lista secreta: alguien que me cuidase y me fuera a buscar a su hora al colegio. Alguien que me arropara en la cama y siguiera allí por la mañana. Alguien que me preguntase «¿en qué demonios estabas pensando?» cuando la cagaba. Quería contar con la seguridad de un progenitor que esperara cosas grandes de mí. Miro de reojo el cuerpecillo de Emmy junto al mío. Sus grandes ojos que miran por la ventanilla. Después de todo, puede que el férreo control de la crianza que ejerce Lorraine Duncan no sea tan malo. Puede que signifique que alguien te prepara el desayuno y te lleva al colegio y te ayuda a disipar la sensación de que nunca serás lo bastante especial para sobrevivir.

A menos que, según mi madre, seas famoso por algo, da igual el motivo.

Como si me leyera el pensamiento, Emmy pregunta:

—¿Vamos a ver a la abuela?

—La abuela está muy ocupada últimamente.

—¿Haciendo qué?

«Haciendo lo que le da la gana.»

El avión se inclina, describe un círculo alrededor del aeropuerto.

—No te lo iba a decir, pero las personas con las que me voy a reunir aquí nos han regalado tres entradas para Disneyland. ¿Quieres que vayamos?

—¿A Disneyland? —Los ojos de Emmy son tan grandes como su sonrisa—. ¡Sí!

—¿Ya estás utilizando Disney? —musita Oliver—. ¿No nos hará falta más adelante, como una especie de soborno?

—No tenía pensado utilizarlo tan pronto.

—A mí también me gustaría verla. A tu madre.

—Mmm. ¿Oliver? ¿Sabías que vamos a ir a Disneyland?

—Conmigo no te servirá, lo siento. —Me coge la mano y me besa los dedos—. Tienes que admitir que, si no fuera tu madre, digamos que es... ¿divertida? ¿Quizá una cena rápida?

—Quizá —digo mientras miro el extenso paisaje urbano al otro lado de la ventanilla.

Me centro en nuestro itinerario: un día en Disneyland; mi reunión con Allison Kidd, la productora socia de Natalie; la fiesta de Dirty Diana y una semana en la casa de Petra en Malibú. El avión pega una sacudida y me asusto, cierro los ojos. Cuando los abro, el universo me ofrece un chute de energía: una mujer que está sentada en la fila de delante al otro lado de nosotros está echando una ojeada a la página web de Dirty Diana. Reprimo el impulso de sacar una fotografía y mandársela a Alicia.

Justo antes de que recojamos el equipaje nos da la bienvenida un chófer que sostiene en alto un letrero iluminado en el que pone «Diana Wood».

—¡Eres tú! —chilla Emmy.

Ernest tiene una melena de largo pelo blanco y nos saca cuarenta años, pero no permite que cojamos una sola bolsa. Carga todo el equipaje en un carrito y nos lleva por los atajos ocultos del aeropuerto, salimos y cruzamos seis carriles de un tráfico demencial. Lo seguimos como ranas que van saltando de un nenúfar al siguiente. En el aparcamiento, Emmy sube su menudo cuerpo al SUV negro de Ernest y el asiento negro la engulle por completo. Se sienta sobre sus piernas, embelesada con la gran pantalla que ofrece trivialidades y con la cantidad de botellitas de agua y caramelos.

—¿Son gratis? —pregunta en un susurro.

—Creo que acabamos de alegrarle el viaje —comenta Oliver, que se ríe mientras Emmy coge un generoso puñado de golosinas.

De camino al hotel, no soy capaz de quitarme a mi madre de la cabeza. A pesar de las reservas que tengo, le mando un mensaje:

Puede que vayamos  
a Los Ángeles.

Lo más seguro es que tarde semanas en contestar y que para entonces me libre por no habérselo dicho. Es el error de cálculo que nunca sale bien, y aun así lo hago.

Ernest oye decir a Emmy que tiene hambre y nos lleva a comer una hamburguesa a In-N-Out. Mientras hacemos cola para pedir desde el coche pregunta:

—¿A alguien le gustan los batidos?

Emmy levanta la mano.

—Tienes que pedir el *around the world*. Está en el menú de la pantalla. Tiene todos los sabores.

Oliver le da un mordisco a su primera hamburguesa doble.

—Tienes razón. La de aquí es mucho mejor.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—Hasta los batidos saben mejor que en Texas —coincide Emmy.

—¿Alguna vez han estado en Los Ángeles? —pregunta Ernest.

—Hace algún tiempo —respondo, feliz de ser solo una turista.

—¿Les gustan las buenas vistas?

—Mucho.

—Vayan al observatorio. Está en el parque Griffith, cerca de su hotel. Desde allí las vistas de la ciudad son impresionantes. ¿Les gustan las tartas?

Emmy levanta la mano otra vez.

—A mí sí.

Justo al lado del observatorio hay un café llamado Trails. Tiene muy buenas tartas. ¿Y los peces? ¿Te gustan los peces?

Emmy arruga la nariz y Ernest aclara:

—No me refiero a comer pescado, sino a ver peces.

—Ah. —Sus pequeños hombros se relajan—. Claro.

—Asegúrate de que tus padres te llevan al acuario de Long Beach. Es muy bonito. Te gustan las olas, ¿a que sí?

—Sé hacer surf. Un poco.

—Me alegro mucho. Mi playa preferida está entre Topanga y Santa Mónica. El muelle. ¿Te gusta la comida mexicana?

—¡Sí!

—Aquí hay muchos sitios buenos. A mí me gusta El Compadre, en Sunset, pero en el centro hay un montón de sitios buenos.

Oliver se me acerca.

—¿Te gusta el oxígeno?

—Me gusta Ernest —contesto risueña.

El estudio nos ha reservado habitación en el Chateau Marmont, en Hollywood. Cuando era pequeña, pasé por delante en coche cientos de veces y fantaseé con cómo sería por dentro. Por fuera es un castillo pequeño y con carácter que se alza en la colina. Un sitio en el que los famosos se dejan ver y al mismo tiempo desaparecen. Nada más llegar vemos a nuestra primera celebridad: un rubio musculoso con gafas de sol y bastantes tatuajes que está esperando a que el aparcacoches le traiga el coche.

Cuando entramos en el emblemático hotel con sus baldosas originales y sus toques góticos, Oliver pregunta:

—¿No es aquí donde murió Belushi?

—Ernest lo habría sabido.

—¿Te gustan las tragedias?

Dejamos el equipaje en nuestra habitación e inmediatamente zigzagueamos por el laberinto de bungalós del jardín, cubiertos de buganvillas, para ir a la piscina. Todo parece tan californiano: las sombrillas de rayas, el aire seco, sin nada de humedad. Los pitidos de coches de Sunset Boulevard, a escasos metros. El olor a jazmín para compensarlos.

Veintidós grados es un día frío para los californianos, pero Emmy se mete en el agua sin pensárselo. Pide *fingers* de pollo en la piscina y Oliver y yo bebemos mojitos desde la tumbona. Aparte de nosotros, aquí solo hay una persona, al otro lado de la piscina con forma ovalada, recostada en su tumbona leyendo *Vanity Fair*.

Oliver mira hacia el sol.

—Los Ángeles tiene algo que te atrapa, ¿eh?

—Es agradable, ¿no?

—¿Por qué te fuiste?

—¡Mirad lo que hago! —Emmy se tira en bomba por cuadragésima vez y Oliver y yo aplaudimos sin meter mucho ruido, poniendo buen cuidado en no molestar a la lectora de *Vanity Fair*.

Después de cenar, arropamos a Emmy en su cama supletoria y luego salimos a sentarnos a nuestro patio privado, para que no nos oiga. Nuestra habitación se encuentra cerca del edificio principal del hotel y desde ella vemos la piscina y las tumbonas anaranjadas, las palmeras y una pequeña parte de Sunset, completamente iluminado y repleto de vallas publicitarias. Damos una calada al vapeador de cortesía.

—¿Podría ser esta nuestra vida? —inquieta Oliver, y acto seguido tose con la hierba.

Sonrío mientras observo el cielo sin nubes, veo que los hombros de Oliver ya se han relajado.

—Somos anónimos —añade maravillado—. Podríamos hacer lo que quisiéramos.

—Al final la gente nos conocería. Igual que en cualquier otra parte.

—Puede. Pero quizá con menos normas.

Ninguno de los dos se quiere ir a la cama. Una ligera brisa sopla entre las palmeras. Hasta las sombrillas de rayas se encogen de hombros ligera y románticamente con el aire. Noto las baldosas del patio frías bajo mis pies. Puede que sea la hierba, pero siento que el aire está electrizado.

Cuando vuelvo la cabeza hacia Oliver, nuestras miradas coinciden. Tiene una expresión de deseo en los ojos, y mi cuerpo responde en el acto. Me levanto de la silla y me detengo. Me coge de la mano y

me acerca más a él, hasta que acabo en su regazo, sentada a horcajadas. El océano está a kilómetros de distancia, pero juro que percibo el olor a agua salada. Lo beso y le digo lo bien que sabe. Él me aparta el pelo del cuello y me va besando desde la mandíbula hasta los pechos, mientras ambos proferimos ruiditos de placer.

—Enséñame tres cosas que te gusten —musita contra mi cuello.

—Esto. —Me quito la camiseta de los Longhorns y la dejo caer al suelo. Oliver se mete en la boca uno de mis pezones y me cubre el otro pecho con la mano. Me pego a él y aprieto las piernas alrededor de sus caderas.

Oliver pide:

—Enséñame otra cosa.

—Esto. —Le cojo una mano y la coloco entre mis piernas, le enseño la presión y la velocidad que me gustan.

—¿Así? —me pregunta cuando lo suelto.

—Más despacio.

Él reacciona, y yo quiero prolongar esto, quedarme aquí para siempre. Levanto las caderas y me pongo de pie lo suficiente para quitarme las bragas. Me vuelvo a sentar en su regazo y guío sus dedos de nuevo en mi interior, lentamente, alineándolos de forma que me rocen el punto G.

Oliver gime más ruidosamente esta vez y le tapo la boca, los dos nos reímos. Me noto la cabeza ida y todo mi cuerpo ha abrazado la sensación de estar colocada y en un lugar nuevo.

—Enséñame una cosa más que te guste —pide contra mi mano.

—Esto. —Le desabrocho el pantalón y lo quitamos entre los dos, ahora vamos más deprisa, hasta que él también se queda desnudo. Me aprieto más contra él. Siento la suave piel de su erección antes de introducirme su miembro—. Esto es lo que más me gusta —le digo al tiempo que levanto las caderas. Nos movemos al unísono

describiendo lentos círculos—. Lo que más —repito. El aliento de Oliver en mi cuello. La piel de su pecho, tersa y lisa, contra mis pechos. La sensación que más me gusta es Oliver dentro de mí. El roce que más me gusta es su mano en la parte baja de mi espalda, sosteniéndome. La reacción que más me gusta es su boca, relajada de placer.

Más abajo, dos bultos van haciendo eses hacia la piscina y se dejan caer en una única tumbona. Uno mis labios a los de Oliver para acallar el sonido de su respiración. Las dos personas están cerca, pero no se percatan de nada. A escasos metros.

Dejamos de besarnos, jadeantes. Oliver se echa hacia atrás y a continuación baja el mentón imitando a Ernest.

—¿Te gusta el sexo?

—Sí.

—Hay un tío al que deberías conocer. Se aloja en el Chateau Marmont. —Oliver se echa a reír, colocado y feliz. Le tapo la boca con la mano de nuevo para sofocar cualquier sonido. Él me muerde suavemente la palma y ahora los dos nos estamos riendo. Entierra la cara en mi pecho y lo sujeto así para que nos calmemos los dos.

—Tenemos que terminar —insisto—. Esto está muy bien.

A sus labios sigue asomando una sonrisilla, y me quiero fundir con él, estoy muy enamorada. Abre la boca ligeramente, como si fuese a decir algo más, pero no lo hace. Nos miramos a los ojos y lo único que quiero es detener el tiempo y vivir en este momento para siempre.

—Haz que me corra —musito, y su sonrisa desaparece despacio. Me acaricia el cuello con la nariz y un escalofrío de placer me recorre la espalda. Miro hacia el cielo, las palmeras se mecen sobre nosotros. Huelo el aire salado y después el cloro en la piel de Oliver. Seguimos fumados. Estamos aturdidos por el sol de Los Ángeles,

lánguidos y felices mientras follamos. Oliver entra y sale de mí, más y más deprisa, hasta que los dos nos sentimos completamente abrumados.

—Diana —gime una y otra vez. Hundo los dedos en él y esta vez es Oliver el que me tapa la boca cuando grito de éxtasis.

El sábado caminamos unas manzanas bajo el sol de California y nos ponemos a la cola para comer unas tortitas de plátano en The Griddle, todos coincidimos en que merecen la pena. Pasamos el resto del día en la piscina, donde una vez más solo hay un puñado de personas. Tomamos mojitos en la famosa terraza acristalada del hotel. Oímos que los huéspedes de la mesa contigua a la nuestra hablan de la taquilla que se ha hecho durante el fin de semana. Estamos tan enamorados del encanto hollywoodiense que tiene el hotel que no queremos marcharnos.

Cenamos temprano en la habitación y vemos *Vértigo* en la cama, con Emmy entre nosotros. Se queda dormida antes de que contraten a James Stewart para que siga a Kim Novak e informe sobre su extraño comportamiento. Oliver alarga el brazo por encima de Emmy para cogerme la mano y nos quedamos dormidos así.

El domingo Emmy está completamente despierta y vestida antes de las siete de la mañana. El *concierge* nos ha facilitado un coche de alquiler y a las siete y media ya vamos camino de Disneyland. Incluso Emmy se siente confusa con el denso tráfico dominical.

—Cuánta gente va a misa.

—Los Ángeles está empezando a perder un poco de su encanto —opina Oliver mientras cambia de carril.

Un asistente de la productora de Natalie Hutton nos ha indicado el hotel de Disney en el que tenemos que aparcar y recoger las

entradas. Pero cuando llegamos, una mujer vestida como Mary Poppins está cerca de recepción y sostiene en alto un letrero con mi nombre.

—¡Igual que en el aeropuerto! —se maravilla Emmy.

Mary Poppins nos dice que será nuestra guía privada ese día, por cortesía del equipo de Natalie. Sonreímos educadamente mientras imaginamos un día de parloteo sobre la rica historia de Disneyland hasta que nos damos cuenta de que su verdadero cometido es hacer que nos saltemos todas las colas. Eso lo cambia todo. Mientras vamos a ponernos los primeros en la cola de noventa minutos de Space Mountain, Oliver susurra:

—¿Tanto quieren los derechos sobre tu vida?

Cuando salimos de la atracción, Emmy exclama:

—¿Podemos montar otra vez?

Y volvemos a la cabecera de la cola. Cuando el día termina, Emmy camina como flotando, blande un sable de luz y tiene su libro de autógrafos de princesas lleno de grandes firmas encerradas en círculos. Se queda dormida a los dos minutos de subirse al coche para volver al hotel, y Oliver la coge en brazos hasta la habitación y la acuesta delicadamente en la cama supletoria. Le quito las zapatillas de velcro y cuando Oliver le retira su reloj de Elsa, Emmy abre los ojos y le pregunta si vamos a vivir los tres juntos otra vez.

—Eso espero. —La besa en la mejilla y antes de que le apague la luz ya está roncando con suavidad.

Saco una botella de vino rosado del minibar y Oliver y yo salimos al patio como si esta fuese nuestra rutina nocturna desde hace años. Oliver se sienta y yo me quedo de pie junto a la barandilla, los dos mirando más allá de la piscina. Hacemos un resumen del día, incluida la sospecha que ambos compartimos de que nuestra guía se acuesta con Goofy.

—Fue tan profesional hasta que apareció él —comento—. Emmy ni siquiera pidió que le sacáramos una fotografía y ella prácticamente nos arrastró hasta donde estaba él.

—Me pregunto cómo será debajo del disfraz. ¿Podría ser un joven George Clooney?

—Pero, de ser así, ¿no lo habría convertido Disney en príncipe?

Permanecemos en silencio unos minutos. Escucho el sonido de los coches que llega de Sunset Boulevard, más abajo; las risas y el entrechocar de copas que suben de la piscina. Oliver dice:

—Hay algo muy solitario en criar solo a un hijo. ¿Alguna vez te dio esa sensación?

Me vuelvo para mirarlo. Parece tan cansado como me siento yo.

—Todos los días.

—No estoy diciendo que debemos volver a estar juntos porque ocuparnos de Emmy será más fácil, pero...

—No, claro que no.

—¿Tú cómo te sientes? ¿Así es como lo digo? ¿Cómo le pregunta un buen comunicador a su chica que todavía es su mujer si es feliz?

—¿Así es como se te conoce últimamente? —bromeo—. ¿Como buen comunicador?

—Supongo que si me lo tienes que preguntar...

—Lo soy. Feliz. ¿Y tú?

—Sí. Pero... —Apoya la copa en la rodilla y clava los ojos en ella en lugar de mirarme a mí—. Como buen comunicador... La verdad es que en mi caso hay una sombra. De cómo eran las cosas antes. No quiero volver a eso.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Seguir avanzando. —Voy con él. Dejo su copa en la mesa y me subo a su regazo—. Seguir siendo sinceros el uno con el otro.

Me rodea la cintura con sus brazos y me besa el cuello.

—Seguir tocándonos.

—Sí.

—Incluso cuando estábamos separados, seguía sintiendo esta conexión contigo. La mayoría de las veces lo odiaba. Que no te me fueras de la cabeza.

—Yo quería seguir en tu cabeza. —Lo beso en la mejilla, la incipiente barba me raspa los labios.

—Yo también.

—Enséñame tres cosas que te gusten.

Sony Studios me recuerda mucho a un campus universitario muy cuidado. Jardines de un verde vivo y caminos estrechos que serpentean entre edificios de oficinas pulcramente dispuestos y fachadas *art déco*. Por todas partes veo a docenas de ejecutivos que miran el móvil y corren al trabajo. Me cuesta orientarme con el mapa, voy dejando atrás enormes estudios de sonido y me aparto cuando me pitan los carritos de golf.

El restaurante del estudio está abarrotado. Llego seis minutos tarde, cubierta de una fina capa de sudor fruto de los nervios, las prisas y el calor. Junto a la puerta, la jefa de sala, una mujer esbelta, sonríe. Tiene los dientes torcidos justo lo suficiente para que resulte encantadora. Me apena imaginar que se los pueda arreglar: en el breve tiempo que tarda en comprobar mi reserva y hacerme saber que «Tengo una mesa junto a la ventana para usted», ya la he visto consiguiendo un papel de actriz, dejando el restaurante y cogiendo cita para ponerse carillas.

—Gracias —respondo, y la sigo hasta la solitaria mesa. La mujer esbelta me da una carta y en cuestión de segundos un camarero llamado Tucker me pregunta si quiero beber algo. Su sonrisa es nerviosa y su camisa blanca está limpia, pero arrugada. Cuando Tucker me sirve mi té helado, mis ojos recorren el lugar, reparo en los jarrones con margaritas amarillas, las ventanas de suelo a techo con vistas al cuidadísimo jardín. Más allá, me fijo en la concurrida acera y en dos mujeres que se despiden. Su abrazo es rápido y

delicado y, cuando se separan, me quedo sin aliento. El espacio entre ellas se ha abierto lo suficiente para dejar a la vista a un hombre alto y de espaldas anchas, exactamente igual que Jasper. Está lo bastante lejos para no verlo con claridad, pero distingo una postura familiar en su forma de asentir mientras escucha a una mujer que lleva un vestido de verano de rayas rojas y blancas. ¿Será una actriz? ¿Una novia? ¿De verdad es Jasper? No es posible. Está en Londres. O París. O Nueva York. No en Los Ángeles.

Me pongo de pie para poder verlo mejor, pero cuando me quiero acercar lo suficiente a la ventana él está pegando su mejilla a la de la mujer y acto seguido se da la vuelta. Todo sucede muy deprisa. El hombre que tal vez sea Jasper se queda allí un momento y después la multitud lo engulle y desaparece.

Me siento de nuevo, aliviada de que Allison Kidd no haya llegado aún y vea lo rojas que tengo las mejillas o cómo me tiemblan las manos. ¿Podría ser él? Y si lo es, ¿qué? ¿Salgo corriendo detrás de él? Para decir, ¿qué? ¿«Solo quería saludarte para que podamos decirnos adiós otra vez»? Bajo la cabeza y hago como si buscase algo en el bolso para que nadie me vea cerrar los ojos mientras recupero el aliento. Los familiares e intensos deseos siguen ahí —los que me dicen que vaya tras Jasper por ningún otro motivo salvo estar cerca de él durante unos minutos—, pero también el patio del Chateau y el centelleo de los ojos de color verde azulado de Oliver. Allison entra en el restaurante y Jasper sale de mi cabeza: lo echo. Todo el mundo tiene un doble. Debo de haber descubierto esto.

Reconozco a la socia de Natalie de la búsqueda que efectué en Google —*Variety*, *The Hollywood Reporter*, *Deadline*—, siempre las dos mismas fotografías utilizadas alternativamente: un retrato profesional, anticuado, con una sonrisa forzada y los brazos cruzados y una instantánea en una alfombra roja, con Allison y Natalie

dándose un abrazo, Allison tan menuda que toda ella cabe perfectamente en el cuerpo de Natalie. Ella toda madurez e Ivy League, brazos tonificados y un vestido negro sin mangas, con la cantidad justa de joyas y seguridad en sí misma.

—¡Diana! ¡Eres real! —Me aprieta delicadamente los hombros y se sienta—. No es que dudase de que lo fueras. Pero tu voz en las entrevistas... me ha atrapado tanto, es como de otro mundo. —Entorna los ojos y de repente no sé si soy una sorpresa agradable o una inquietante decepción—. ¿Qué tal Los Ángeles? ¿Y el hotel?

—Precioso. Muchísimas gracias.

—Uf. Deberíamos haber comido allí. —Sus manos están siempre en movimiento, un Rolex de oro de hombre se mueve en su pequeña muñeca—. Me encanta el Chateau. Voy a matar a mi asistente.

—Este sitio también es genial. Nunca había estado en unos estudios de verdad. —Esto es mentira. De pequeña, pasé largas tardes acompañando a mi madre a audiciones en estudios por todo Los Ángeles, sentada en el asiento del copiloto mientras intentaba leer los mapas de la *Thomas Guide* para llegar bien a los sitios. Después pasaba horas en el coche mientras ella estaba dentro.

—Ajá, sí. ¿No es bonito Hollywood? ¿Con todos sus atascos? —No se ríe exactamente con su propia gracia, pero sonrío lo bastante para hacerme saber que yo debería hacerlo—. Y ¿qué tal Disneyland? ¿Hiciste todo el recorrido vip?

—Lo pasamos en grande, gracias.

—Es la única forma de hacerlo. No volverás.

Se ha convertido en una sensación familiar, repetida en este viaje: la sensación de saltarme la cola. Sentada frente a Allison, me preocupa haber omitido un paso. Alguien se acercará a la mesa y me recordará que no debería estar en esta comida. Se supone que

soy la asistente a la que dentro de unos cuarenta y cinco minutos gritarán por haber elegido mal el restaurante.

—En fin. Natalie, a la que todos adoramos, hizo que me interesase por Dirty Diana, a la que ahora adoro, y por ti, a quien sé que voy a adorar...

—Es muy amable por tu parte.

—¿Quieres que te diga la verdad? No creo que sea capaz de hacer otra saga de trenes bala, *fast furious*, dinosaurios o explosiones. No le cuentes a nadie que he dicho esto. Me despedirían.

Durante los siguientes minutos Allison intenta que todo cuanto dice suene sincero con el propósito deliberado de hacerme sentir cómoda. Funciona, pero resulta más efectivo su forma de mirarme entornando los ojos cuando me habla, como si necesitara gafas pero se negara a aceptarlo y, cuando un ejecutivo más se pasa a saludar, la forma en que sus ojos se vuelven inexpresivos, reflejando su agotamiento, momentáneamente. Me resulta fácil imaginarla en un bucle interminable de reuniones de presentación y su cabeza en otra parte. Cuando nos sirven la ensalada, Allison va al grano.

—Da la impresión de que eres una persona sincera.

—Intento serlo.

—Así que seré muy clara contigo, y si eso te asusta, pues te asusta y listo.

—Vale —contesto, y ya estoy asustada.

—Te vamos a ofrecer una considerable cantidad de dinero por los derechos de tu vida, que a partir de ese momento pasarán a ser nuestros derechos de tu vida. Contaremos tu historia como queramos contarla. Tú ejercerás muy poca influencia en la narración. Es probable que todas las formas con las que podríamos hacerte feliz con el guion se den de tortas con hacer una película que sea un éxito, y eso siempre será nuestra prioridad. Quiero ser

muy franca para que sepas dónde te metes. —Se detiene lo bastante para comer un poco de pollo de su ensalada—. Jamás saldrá como tú crees que saldrá. Y es posible que ni siquiera salga.

—Lo entiendo —contesto, como si fuese lo más lógico del mundo.

—¿Alguna pregunta? ¿Sobre mí? ¿Sobre el proceso?

—¿Por qué alguien diría que sí a esto?

Ella sonríe.

—Qué graciosa. Bueno, lo más probable es que tu negocio lo pete, en el buen sentido. Serás una marca.

—Y ¿cuál es la marca que vende entradas de cine?

—Buenas preguntas, y ¿quién sabe? Lo que vende hoy muy posiblemente no venda dentro de un año. Lo bueno es que el sexo siempre vende. Y Nat, evidentemente. Sus cifras son de fiar.

—Entonces ¿qué debería hacer? ¿Coger el dinero y salir corriendo?

—No. Pedir que puedas participar en la producción. Mierda. Tampoco le cuentes a nadie que he dicho esto. ¡Ja! —Alarga el brazo por encima de la mesa y me aprieta la mano—. ¿Lo ves? Haces que la gente diga cosas que no debería, incluso en esta ciudad. Vas a torear bien Hollywood.

De vuelta al hotel, me sumerjo en un universo paralelo en el que mi vida se convierte en una película apasionante y después sopeso si contarle a Oliver que he visto a Jasper. O que creo haber visto a Jasper. La gente cree ver a personas todos los días. ¿Vale la pena mencionarlo?

El tráfico en La Cienega se ralentiza hasta ir a paso de tortuga. Como si presintiese que estoy cerca, mi madre me manda un mensaje.

¿Estás aquí?

Cómo no, de alguna manera sabe que ya estoy en la ciudad. Mi cuerpo se tensa. La información siempre ha sido una fuente de poder para mi madre. Una forma segura de discutir es enterarse de algo antes que ella y no contárselo. Si un primo lejano se gradúa en el instituto y no dejas inmediatamente lo que estás haciendo para ir a decírselo es una declaración de guerra. La dicha por el nuevo hijo que ha tenido un antiguo vecino se pasa por alto en el acto si lo sé antes que ella. Lo peor que se puede ser es ser el último en enterarse.

Precisamente te iba a escribir. ¡¡Hemos  
venido!!

Doble signo de exclamación.  
Contesta rápidamente:

¿Cuánto hace que estás aquí?

Mi mentira es igual de rápida:

Acabamos de aterrizar.

¿Me lo ibas a decir?

Pues claro.

Me encantaría ver a mi nieta,  
si te parece bien.

Tengo los hombros casi en las orejas.

Genial. Estoy segura de que  
a ella le gustaría.

Estaré en un rodaje por la tarde. ¿Por qué no la  
llevas al set? Le encantará verme en mi  
elemento.

Cojo aire y añado el emoji del pulgar hacia arriba. Nada me gustaría menos.

El set de rodaje es un terreno polvoriento y llano cerca de una sucesión de pequeñas cuevas inhóspitas que en su día se utilizaron en la serie de televisión original *Batman*. En la actualidad sirve de localización para estudiantes de posgrado, barato y fácil de proteger. Oliver y Emmy se bajan del coche de alquiler después de que lo haga yo, cada uno de nosotros lamenta en el acto la pérdida del aire acondicionado.

—Bueno, pues ya hemos llegado —anuncio, fingiendo alegrarme por Emmy—. Este es el set. —Hay equipos de cámaras y sacos de arena desperdigados por el suelo en montones aleatorios y actores quemados por el sol sentados en sillas de playa que deben haberse traído de casa. El cáterin es una mesa plegable con zanahorias *baby* arrugadas y botellas agua tibia escondida detrás de una piedra grande. Todos los integrantes del equipo parecen universitarios y, al igual que los actores, languidecen bajo el sol.

Me asaltan recuerdos de rodajes en exteriores cuando era pequeña: la espera, el aburrimiento, plantearme ir a la mesa de cáterin a coger bombones *kisses* de Hershey para pasar el tiempo, volverme invisible cuando pasaba alguien que parecía importante, preocupada de que fueran a despedir a mi madre por llevarme al trabajo.

—Y aquí está tu madre. —Oliver parece entusiasmado de verdad. Pongo las manos en los hombros de Emmy y hago todo lo posible por absorber el buen humor de Oliver.

Mi madre apenas ha envejecido. Parece vivaz, aunque quizá un poco agitada. Sin duda sigue siendo la mujer más guapa del set, con

sus ojos de un castaño dorado y su pelo caoba, que le cae por los hombros en rizados naturales.

—¡Diana! Por favor, hace tanto tiempo que casi ni te reconozco. — La pulla es tan leve que casi resulta imperceptible.

Me da un abrazo rápido y se vuelve hacia Oliver.

—Tan guapo como siempre. —Lo abraza ostentosamente delante del equipo.

—¿Qué estás rodando? —le pregunta él—. Parece una gran producción.

—No, en realidad no, pero disfruto haciendo estas películas de estudiantes. Apoyando a artistas jóvenes. Y ellos agradecen trabajar con una actriz más veterana como yo. Eso es lo que decimos, Oliver, «veterana»... —Le guiña un ojo. Es una de las pocas personas que se pueden salir con la suya.

—Vaya, da la impresión de que ha sido una jornada divertida.

—El director tiene mucho que aprender. No para de hacerme una V con los dedos.

—¿Y eso qué significa?

—Eso mismo me preguntaba yo. «Vulnerable», según él. Es un director internacional. Canadiense, creo. Y estas jóvenes promesas están tan acostumbradas a los emojis y a mandar mensajes que se olvidan de dar indicaciones simples y concretas. Así que hace signos con la mano. ¿Qué se supone que debo hacer con una V? ¿No, Emmy?

Por primera vez se dirige a Emmy, que le ha estado sonriendo durante todo este tiempo.

—Hola. —Emmy le tiende la mano.

—Tienes modales. ¡Me encanta! —Le besa la mano a Emmy como si fuese de la realeza, y Emmy esboza una sonrisa radiante—. Eres

*igualita* a mí cuando era pequeña. ¿Alguna vez te lo ha dicho tu madre?

—No.

—Lo suponía —responde con una sonrisa forzada.

—Estás estupenda. —Decido ser maja—. Como si el calor no te afectara lo más mínimo.

—Tengo que dar ejemplo, ¿no? Cuando el presupuesto es ajustado, solo queda la pasión.

Uno de los estresados miembros del equipo nos hace señas.

—¿Emmy, te quieres sentar junto al monitor? ¿Y ver a la *nonna* Ava en acción?

Mientras se alejan, mi madre coge de la mano a Emmy y le susurra lo bastante alto para que yo lo oiga:

—Quiero pasar más tiempo contigo, pero tu madre casi no coge el teléfono.

Cuando se marcha, me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¿La *nonna* Ava? —inquire Oliver—. ¿Ahora es italiana?

—Cualquier cosa con tal de evitar la palabra *abuela*.

Seguimos a Ava hasta el monitor, donde dice con voz meliflua al director:

—Derek, cielo, no te importa que mi amiga Emmy se siente a tu lado para ver mi gran escena, ¿no?

—Está bien, pero nos estamos quedando sin luz, hay que moverse. —Sube la velocidad del ventilador de cuello.

—De acuerdo. ¿Alguna otra cosa que quieras de mí? ¿Algo distinto esta vez?

—Que corras más rápido.

—Eso puedo hacerlo. ¿Dónde está maquillaje? ¿La maquilladora? Últimos retoques. Eso es lo que deberías estar diciendo tú, querida

—le dice a la joven morena que lleva una riñonera llena de brochas —. La próxima vez hazte con un ayudante de dirección, Derek. Facilita mucho la vida.

La aburrida morena le aplica en la frente a mi madre unos polvos translúcidos que absorben las perlas de sudor y se marcha arrastrando los pies.

—¿Eso es todo lo que necesito? —Ava sonríe—. Debo de estar mejor de lo que pensaba.

Emmy se sienta junto al monitor cuando Derek grita para imponerse al zumbido de su ventilador:

—¡Acción!

En el momento indicado, mi madre corre por la oscura cueva con un compromiso admirable, chilla al volver la cabeza y continúa corriendo. Pero no es lo bastante rápida: un hombre enmascarado la agarra por la cintura, la vuelve hacia él y le clava un cuchillo en el pecho. Sangre de pega se extiende por su camiseta y le baja por los delgados brazos.

Emmy abre los ojos de par en par y Oliver le pone las manos en los hombros y gira su cuerpecillo hacia la mesa del cáterin:

—¿Son esos M&M? —pregunta mientras se la lleva rápidamente.

Irritada sobre todo conmigo misma, observo a mi madre mientras exprime la escena de su muerte. El villano enmascarado la apuñala de nuevo, esta vez en el cuello. Ava pugna por respirar mientras el asistente de producción se agacha detrás de una piedra para bombear más sangre en un tubo. La sangre sale disparada hacia la cara de Ava en una densa rociada. El efecto es espantoso y chapucero. A Liam le desilusionaría la mala factura.

Ava mira de reojo la cámara que está haciendo *zoom* en su expresión asustada. Sus grandes ojos se abren más y más y después se quedan quietos. Derek no parece impresionado. Hace una

pequeña V con los dedos y la sostiene por encima de la cámara. Ava responde profiriendo unos ruidos ahogados forzados antes de cerrar de una vez por todas los ojos.

—¡Corten! —grita Derek—. ¡Lo tenemos!

Nadie ayuda a mi madre a levantarse ni se ofrece a quitarle la pegajosa sangre de la piel. Cuando llego hasta donde está, ya se ha levantado, pero cojea.

—¡Chicos! Tenéis que despejar el set para que sea seguro para los actores. No quería echar a perder la toma, pero estoy descalza. Ya hemos hablado de esto. Hay piedras muy puntiagudas en el suelo. —Pero nadie la escucha. El chico de sonido se acerca a ella y le retira el micro.

Mi madre se aparta el ondulado flequillo de la frente, que tiene pegajosa de sudor y sangre de pega.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Te encuentras bien?

—Oh, sí. Solo son unos cortes y unos arañazos. He aprendido a utilizar el dolor. Sirve de ayuda. —Se sienta en una piedra, se sacude el polvo de los pies y se pone unas gastadas botas UGG—. Voy a quitarme este pringue y nos vemos en Casa Vega, como en los viejos tiempos, ¿te parece? Y conocerás a mi nuevo galán.

—Oh. —Veo cómo le tiembla la mano cuando se retira la tierra de las rodillas. También está más delgada que la última vez que la vi. Y tiene un poco más hundida la zona de debajo de los ojos—. ¿Tienes un nuevo novio?

—Es yogui. Le va muy bien. Y sé lo que estás pensando: «Pero si no te gusta hacer estiramientos. Odias el ejercicio».

Estoy pensando: «Este hombre tiene algo que quieres». Estoy pensando: «Gracias a Dios que vivo en Texas, porque te marcarás la gran cagada y de ese modo por lo menos no tendré que evitarlo,

como a todos los exnovios y caseros y jefes de los que hemos salido corriendo».

—Estoy pensando en lo genial que es. El yoga.

—¿Dónde está mi nieta?

—Era todo un poco excesivo para ella.

—Es demasiado sensible. —Me sonrío, disimulando con un cumplido el insulto que tiene en la punta de la lengua—. Como su madre.

La niñera del hotel se llama Jazz. Tiene el pelo dorado rizado y da la casualidad de que ha puesto la voz a una llama en uno de los dibujos animados preferidos de Emmy. Cuando Oliver y yo vamos a salir para cenar, Emmy habla con Jazz del último primer plano profesional que le han hecho.

—A mí me gusta la foto en la que estás sonriendo.

—Ya. También es la favorita de mi agente. ¿No crees que es demasiado «de redes»? ¿Sabes a qué me refiero?

—Puede... —Emmy finge saber de qué está hablando—. ¿Un poco?

De camino al restaurante, procuro parecer despreocupada cuando le digo a Oliver:

—Creo que hoy vi a Jasper. En los estudios Sony.

—¿Jasper, Jasper?

—Mmm. Puede —añado con desenfado.

—Oh. —Oliver sigue con los ojos en la carretera—. ¿No lo saludaste?

—No. Fue justo antes de la reunión.

—Pero quizá no fuese él, ¿no?

—Lo más probable. ¿Qué posibilidades hay?

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Hace que no hablamos desde... mmm... —Sé exactamente cuánto hace de eso. Y dónde estábamos. Fue en mi habitación. Estábamos abrazados—. Hace bastante.

—¿Querías que fuese él? —Oliver frunce el ceño, confuso.

—¿No lo sé? Lo habría saludado, claro. De haber estado segura de que era él.

—Claro.

—Ya.

—¿Sigues pensando en él?

—No. No de esa manera.

—Pero en realidad lo de Jasper no terminó. No es como si lo hubieseis dejado.

—Terminó. —Como espero que esté a punto de terminar esta conversación.

Oliver se aclara la garganta.

—Si tú y yo no nos hubiésemos reconciliado y lo vieras, ¿podría existir un universo en el que empezarais por donde lo dejasteis?

—Oliver. Se terminó. —Señalo el letrero vivamente iluminado de la derecha—. Hemos llegado.

Casa Vega es el restaurante que más frecuentábamos mi madre y yo siempre que teníamos algo que celebrar. Si era un cumpleaños, cenábamos a base de totopos con salsa; ella se tomaba un margarita y yo pedía un refresco de cola y nos decíamos: «Solo estamos aquí por el ambiente». Si le acababan de dar un papel, las dos pedíamos entrantes. Pero nunca, jamás, utilizábamos el servicio de aparcacoches, por muy rumbosa que se sintiera Ava y por mucho que tuviéramos que caminar. El servicio de aparcacoches era para perdedores que dejaban pasar la oportunidad de respirar el aire puro.

Oliver aparca justo delante del edificio, que es bajo y blanco y tiene un tejado de tejas rojas. Le da las llaves al aparcacoches sin vacilar. Durante un instante, un familiar abismo se abre entre nosotros: Oliver nunca ha caminado ocho manzanas para evitar pagar al aparcacoches ni ha vivido con una madre que te hace caminar ocho manzanas porque le da demasiada vergüenza dejar que el chico se suba a su viejo coche, con la luz de «revisar motor» siempre encendida y su misterioso traqueteo cuando uno lo pone en posición P y no se detiene, sino que tiembla y después muere. Así que noto un conocido y molesto dolor en el pecho: la parte de mí que empatiza con mi madre soltera y lo duro que debió de ser todo para ella, un ablandamiento en mi armadura que permanecerá así hasta que otro de sus pequeños cuchillos la atraviese.

Dentro, nuestros ojos se acostumbran a la tenue, romántica luz y veo inmediatamente a Ava, instalada en un reservado de piel roja bajo un retrato enmarcado de un torero victorioso. A su lado un hombre alto y delgado, de setenta y pocos años, con una extraordinaria mata de pelo gris, bebe un trago largo de su cerveza.

—Este es Stevie —lo presenta Ava con una sonrisa radiante. Están en el centro del reservado, y me alivia sentarme en uno de los dos extremos y no verme atrapada dentro. Durante la primera ronda de bebidas, Ava comenta—: Diana y yo hicimos unos cuantos retiros de yoga juntas. ¿Te acuerdas, Diana?

—¿Yo? —Es todo cuanto puedo decir.

—Sí, *tú*. Con DeeDee y Maria. Subíamos en coche por la costa hasta... cómo se llamaba ese sitio... ¡Bolinas!

—Me encanta Bolinas, sí, señor. —Stevie lanza un silbido grave y suave—. Un lugar mágico.

—Muy tranquilo. Diana odiaba ir, cómo no. Llorabas todo el tiempo. «Prueba cosas nuevas», te decía, pero eras muy hogareña.

El primero de sus pequeños cuchillos me roza la piel, pero no la atraviesa.

Oliver cambia de tema.

—¿A qué te dedicas, Steve?

—Llámame Stevie, por favor. Mi padre era Steve.

La confusión se refleja en la cara de Oliver.

—Vale. Stevie.

—¿A qué no me dedico? Principalmente dirijo unos estudios de yoga en Los Ángeles. Como trabajo adicional, cultivo marihuana.

—Oh. ¿Fue así como os conocisteis?

Ava me lanza una mirada molesta, de advertencia.

—Si te soy sincera, hago yoga en un estudio rival en Silverlake, cerca de casa, pero naturalmente ahora me estoy planteando pasarme a Stevie. Sus estudios son los mejores de Los Ángeles.

—Hacemos lo que haga falta. Y en mi propiedad cultivamos de todo, de fresas a lechugas romanas y maría.

—Tendríais que ver la propiedad. Es increíble. Me recuerda a una versión a gran escala del jardincito que teníamos. ¿Te acuerdas?

—No. —Noto que me pongo de mal humor. Nunca tuvimos patio, y menos jardín, y por algún motivo que desconozco, con este dato revisionista se ha pasado.

—Bueno, eras muy pequeña.

—¿Cómo es la vida en Texas? —pregunta Stevie.

—Tienen una casa muy bonita —contesta Ava—. Preciosa. Dos plantas y un ventanal de lo más coqueto. Uno se puede pasar las horas muertas mirando por él.

Oliver me mira: «¿Se acuerda de nuestra casa?».

«Y ¿está hablando bien de ella?» Lo advierto en silencio: «Estate atento».

—Es perfecta para una familia —continúa Ava—. Seguro que Emmy tiene un montón de amiguitos en su calle.

Me aprieta la mano con suavidad. Y ahora, una vez más, estoy en lo alto de una estación de esquí, intentando decidir por dónde hacer el descenso. Pero todas las pistas son traicioneras, demasiado pronunciadas y cubiertas de hielo. Si decido mantenerme alerta, tiesa como un palo en este reservado y no hablar mucho durante la cena, se confirmará la creencia de Ava de que soy insensible y estirada. Pero al menos me estaría preparando para su próximo movimiento. O puedo exhalar, dejar que mis hombros se relajen y recordarme que las dos somos adultas y lo estamos intentando a nuestra manera.

—Gracias, mamá. A Emmy le encanta.

Ava bebe un sorbo de su bebida, que tiene sal en el borde, y se limpia delicadamente la boca con la servilleta.

—¿Y tú, cariño? ¿Sigues devorando números? —Arruga la nariz como si Stevie acabara de tirarse un pedo.

—No —Oliver interviene, pensando que de ese modo me ayuda—. ¡Lo ha dejado!

—¿Has dejado el trabajo? —Ava se lleva una mano a la boca con dramatismo, como si también le hubiese ocultado que me estoy muriendo y he ganado un Nobel.

—Pues sí.

—Vaya. —Disimula su enfado con sorpresa. Allá vamos, ella, *la última en enterarse*—. Para ser ¿qué, cariño? ¿Profesora de matemáticas?

Solo Ava podría decir esto y conseguir que parezca un insulto.

—He vuelto a pintar. —No creo que suponga ninguna amenaza. No rivalizo con ella, y es como si ya estuviera viendo cómo le bulle la cabeza, inundada con una imagen en la que me estoy vendiendo mis

cuadros en una mesa plegable en una feria de arte para aficionados donde nadie me hace mucho caso.

—A pintar. Vaya. —Le pone una mano en el hombro a Oliver—. La verdad es que eres una auténtica joya. Manteniéndolo todo a flote.

—En realidad Diana gana más que yo. —Ojalá estuviera sentada más cerca de él para poder darle por debajo de la mesa.

—Puede —lo corto—. Pero no mucho más. Oliver está reformando casas. ¿Lo sabías?

—A nadie le importan mis reformas cuando tú estás a punto de salir en *Vogue*.

—¿En *Vogue*? —La voz de mi madre es tensa y aguda.

—He estado entrevistando a mujeres que quieren compartir sus fantasías eróticas, para una página web que he creado. Es un proyecto que empecé en Santa Fe y he retomado ahora. —Capto un atisbo imaginado de mí misma en sus ojos. Solo resulta visible la parte superior de mi cabeza, como si me estuviese engullendo el reservado de piel—. Es una especie de proyecto personal.

La expresión de Ava se vuelve pétrea. Observo para ver si parpadea.

—Hemos venido para hablar con un estudio que podría estar interesado en adquirir los derechos para hacer una película. —Si Oliver se ha percatado de algo, no dice nada.

—¡Es estupendo! —exclama Stevie—. De tal palo, tal astilla.

—¿Los derechos para hacer exactamente qué película?

—Estamos en la fase preliminar —contesto—. Viendo cómo sería la trama. Menos es más.

—Pero no son tus fantasías, ¿no? En la página web.

—No.

—Y ¿alguien quiere hacer una película sobre una página web? —Recalca lo de «página web», como si fuese un concepto

completamente extraño.

—Ya veremos. —Mi cerebro busca febrilmente un modo de cambiar de tema, pero la mirada de Ava siempre ha tenido este mismo efecto desconcertante en mí.

—Solo me sorprende, es todo. De pequeña eras tan mojigata. —Ya está. Los cuchillos se vuelven más afilados.

—¿Dónde podemos escuchar las fantasías? —quiere saber Stevie.

—En su página web —contesta Oliver. Sé que intenta ayudar, pero noto que el calor me sube a las mejillas y que las palabras *página web* parecen más absurdas cada vez que alguien las pronuncia: como si estuviésemos jugando a un juego en el que todo el mundo bebe un chupito de tequila cuando alguien dice «página web»—. Tenéis que ver sus dibujos.

—Me encantaría —afirma con entusiasmo Stevie—. Tu madre no me dijo que eras artista.

La frase da pie a que mi madre suelte:

—Bueno, eso es porque su madre no lo sabía.

—¡Sorpresa! —exclamo con suavidad.

—Mmm —responde Ava, y en la mesa se hace el silencio. Incluso Oliver se ha percatado de la tensión y no lo puede arreglar educadamente. Pasamos más de un minuto comiendo totopos con salsa hasta que mi madre por fin rompe el incómodo silencio—: Puede que no lo entienda. Visito la página web del Bank of America todos los días, pero nunca haría una película de eso.

A Stevie le cambia la cara. Ava se ha pasado, incluso para lo que es ella. Su corrector automático salta en el acto.

—Pero bueno, probablemente se me escape algo. Supongo que nunca he entendido tu arte.

Stevie y Oliver dan sus respectivos tiques al aparcacoches y fingen admirar un Ferrari rojo cereza.

Ava está callada. Espera que sea yo quien dé el primer paso.

—Bueno, pues ha estado muy bien —digo con voz inexpresiva.

—Muy agradable.

—¿Estás bien?

Ava resopla.

—Solo un poco dolida. Me dedico a esto, ¿sabes? Sacrifiqué mucho para que pudieras crecer en Los Ángeles, y me tengo que enterar de tu nuevo trabajo mientras comemos unos tacos. Fui yo quien plantó la semilla.

—Claro. Muchas gracias.

—No seas condescendiente conmigo. Podría haberte ayudado. Podrías haber acudido a mí.

—¿Para qué?

Ava pone los ojos en blanco y se arrebuja en la chaqueta.

—Conozco el mundo del espectáculo mejor que tú. Está claro que no me respetas. Si lo hicieras, me habrías llamado.

—Olvidas que no hablamos. No me llamas. Así son las cosas.

—Cierto. No necesitas nada de mí. No hace falta que nos andemos con rodeos.

Esto siempre se le dará mejor que a mí —discutir sin discutir—, no perderá la calma mientras yo intento sofocar el mal genio de mi yo de doce años.

Respiro hondo y exhalo.

—Gracias por venir, mamá. A Emmy le encantan el ballet y el dibujo, y juega al fútbol, pero no le gusta.

Ava resuella.

—Por favor, no me conviertas en la mala de la película, Diana. Siento *mucho* haber crecido en una época en la que no podíamos

ganarnos la vida hablando de nuestra vagina. Tuve que sobrevivir por mi cuenta. No tenía a nadie que me ayudara a criarte.

—Tienes razón. Pero, por suerte, estás bien. Trabajando en lo tuyo. Y Stevie parece bastante normal. Ve a hacer yoga aunque lo odies y ni siquiera llegues a tocarte los dedos de los pies. —Es un golpe bajo y absurdo, y si mi propia ira no me descentrase tanto, habría caído más bajo aún.

—Mis amigos no se pueden creer lo mal que me tratas.

—Es peligroso, ¿sabes? Cambiar siempre la persona que eres para estar con gente. Lanza un mensaje peligroso.

—¿A quién?

—¿A mí?

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe como si hubiese dicho la cosa más graciosa de la velada, solo que apenas se le escapa un «ja».

—Se llama supervivencia, querida. Y lo hacen todas las mujeres. ¿Acaso no se basa todo tu proyecto en eso? ¿Mujeres que fingen ser alguien que no son?

El reluciente Lincoln negro de Stevie llega y él le abre la puerta a Ava, que besa en la mejilla a Oliver y a continuación me mira y esboza una sonrisa demasiado luminosa.

—Gracias por la cena. —Me da un abrazo enérgico y añade—: Espero que podamos repetir pronto.

Después desaparece en el asiento del acompañante del coche de Stevie.

Mientras veo cómo se aleja, mi mandíbula se relaja. El aire vuelve a mis pulmones. Juego a un juego al que hacía treinta años que no jugaba y me digo: «Genial. Hasidounaideaestupenda. Siemprehassidotanvalienteytancreativa. ¿Comotepuedoayudar? Mesientotanorgullosadeti».

Oliver me pasa un brazo por la cintura.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz queda.

—Sí. Es el mismo guion de siempre.

—Aun así. —Nuestro coche de alquiler se detiene junto a la acera —. No cabe duda de que Los Ángeles está perdiendo parte de su encanto.

Hay un complejo de apartamentos encantado en Wilshire que fui a ver cuando me instalé en Los Ángeles. El alquiler era astronómico, pero fingí que me lo podía permitir solo para ver el apartamento en el que vivió en su día Charlie Chaplin. La nueva administradora me estaba enseñando los pisos que estaban libres y me contó que el administrador anterior, que había vivido allí unos treinta años, se colaba en el ático después de que anochebiese, se quedaba allí unas horas y cuando se marchaba estaba completamente desastrado. Por lo visto, un espíritu lo visitaba todas las noches y follaban. Se convirtió en su ritual. Ella estaba horrorizada, pero a mí me intrigaba. No sé si tendría el valor de hacerlo, pero en mi fantasía me cuelo en ese mismo ático, me tumbo en la cama con la lencería más sensual que tengo y espero a ver qué pasa.

Por la mañana hacemos las maletas, buscamos deprisa y corriendo la sandalia que le falta a Emmy y escurrimos su bañador, que aún está mojado. Emmy se sienta en mi maleta para que pueda cerrar la cremallera y acto seguido va corriendo al ascensor. Oliver y yo revisamos la habitación para no dejarnos algún cargador o algún cepillo de dientes y, mientras echa una última ojeada al lugar con expresión satisfecha, Oliver comenta:

—Echaré de menos el sexo silencioso en el patio.

De camino a casa de Petra, tratamos de adivinar por turnos cómo será su casa. Emmy decide que será una mezcla de sus dos atracciones preferidas: Splash Mountain y el Castillo de la Cenicienta. No se equivoca del todo.

Tras cruzar la verja de Malibu Colony, seguimos un largo y zigzagueante camino de acceso que nos acerca más al mar y nos lleva hasta la puerta principal de la casa de Petra.

—Es imposible que sea esta. —Los ojos de Oliver son tan grandes y brillantes como el océano.

El ama de llaves de Petra, alta y delgada, con una pulcra coleta alta rubia, nos recibe en la puerta.

—Soy Brina. —Coge tres bolsas a la vez—. Cualquier cosa que necesitéis, me lo decís.

—Yo quiero vivir aquí. —Emmy exhala un suspiro y echa a correr por el diáfano salón, va directa a la terraza y baja la escalera de madera que lleva hasta la arena.

—¡Primero ponte el bañador! ¡Y ponte protector solar! —Me vuelvo en redondo mientras intento recordar en qué maleta hay qué.

—Si queréis, me meto en el agua con ella —se ofrece Brina.

—¿Segura?

—Segura. Tomaos vuestro tiempo y poneos cómodos. Estaremos ahí delante. Antes iré a por la bolsa de Emmy y le pondré el bañador.

Después de que Brina le pida a Emmy que suba para cambiarse, Oliver y yo salimos a la terraza, que se sustenta en altos pilotes en la playa. Hoy las olas son pequeñas y tranquilas, llegan a la orilla con suavidad. Poco después vemos a Brina y Emmy persiguiendo el agua, yendo tras ella cuando retrocede y riendo cuando rompe en sus tobillos y les salpica las rodillas.

—Esta casa es increíble —me dice Oliver—, pero Brina es lo mejor de Los Ángeles.

—Emmy no querrá irse con sus abuelos.

Las olas son demasiado pequeñas para hacer *bodysurf*, pero Emmy lo intenta de todas formas, lanzando su pequeño cuerpo hacia delante y volviendo a la orilla. Cae en la arena, se levanta y sale corriendo de nuevo. Una y otra vez.

—Tardará un buen rato en entrar. Ven, tengo una cosa que enseñarte.

Sigo a Oliver dentro de la casa. Coge su bolsa, rebusca en su interior y saca unas relucientes esposas plateadas. Los ojos se le llenan de arruguitas en las comisuras, como siempre que espera que yo esté tan entusiasmada como él. Esta expresión solía sacarme de quicio, como si me presionara para que me hiciesen feliz las mismas cosas que a él, exactamente en los mismos momentos. Sin embargo, aquí, en el salón de Petra con su techo abovedado y el sol entrando a raudales, parece menos una exigencia o tan siquiera una súplica y más una... invitación.

Su sonrisa también es contagiosa.

—¿Cuándo has tenido tiempo de buscarlas?

—En Los Ángeles se puede comprar de todo. También encontré...

—¡Tienen una ducha fuera! —exclama Emmy desde la playa.

Oliver mete de prisa las esposas en la bolsa. Desde la terraza vemos jugar a Emmy en el agua hasta que otro miembro del personal, un hombre larguirucho que lleva un impecable polo blanco, me trae un zumo de apio recién hecho y un teléfono móvil.

—Petra quiere hablar contigo.

En el otro extremo de la línea, Petra me dice que quiere estar al teléfono cuando yo vea la habitación que nos tiene preparada.

—Por el pasillo a la izquierda, después de la Nan Goldin.

Sigo sus indicaciones hasta llegar a una de las suites de invitados, una habitación enorme con las paredes pintadas de verde claro y todos los muebles de madera de arce oscura.

—Es preciosa.

—Mitch la llamaba la habitación «menta con chocolate», pero en el fondo le encantaba.

Las puertas de cristal dan a la terraza y a la playa. Ahora están entreabiertas, de forma que oigo romper las olas. Y delante de las puertas de cristal correderas hay un lienzo en blanco dispuesto sobre un caballete y un montón de lienzos más contra la pared. Me invade una oleada de entusiasmo. Es como tener en las manos un libro nuevo, lleno de posibilidades y aventura.

—¿Has hecho esto para mí?

—Brina. Que básicamente es como si fuera yo.

Alicia es la siguiente en llegar, una hora después, y el lugar la deja tan pasmada como a nosotros.

—Malibú. Joder. Pero ¿qué es esto?

Por detrás de sus piernas veo que asoman los rizos de Elvis. Me arrodillo para chocar el puño con su regordeta mano. El marido de Alicia, Nico, me da un abrazo de oso y mis pies dejan de tocar el suelo. Mientras les enseño la casa, Elvis no pierde de vista a su madre. Allá donde va Alicia va Elvis, una sombra pequeña pero resuelta.

Nico intenta llevárselo dos veces, primero para que vea su habitación y después para ir a la playa, pero el niño sacude la cabeza las dos.

—Está pasando por una pequeña etapa de mamitis —me cuenta Alicia—. Y todos estamos de acuerdo en que es raro, porque Nico es mucho más divertido.

Nico suspira.

—Es verdad.

Durante la cena, Elvis empieza a cogerle cariño a Emmy, pero aun así sigue a Alicia hasta la cocina, el cuarto de baño, el sofá. Mientras comemos helado, jugamos los seis al UNO en la terraza, las olas rompen en la oscuridad más allá de nosotros. La noche es fresca, y nos arrebuja en las mantas y dejamos que Elvis gane la última partida. Emmy me guiña un ojo, más entusiasmada por formar parte del plan de los adultos que por ganar. Sigue a Alicia hasta su habitación y le lee un cuento a Elvis, la novedad de tener un hermano pequeño le corre por las venas como si fuese azúcar. Al cabo de un rato, Oliver la lleva a la cama y una hora después Alicia me encuentra en la terraza, cuando todos los demás ya están profundamente dormidos.

—Oliver cayó redondo cuando acostó a Emmy —digo.

Alicia se acomoda a mi lado en la *chaise longue* y bosteza una frase entera.

—Lo entiendo. Yo estoy tan cansada que pienso que esto no se arregla ya ni durmiendo. Es un nuevo estado, desagradable e inútil.

—¿Dónde está Nico?

—También supercansado y viendo vídeos de *monster trucks* para quedarse dormido. Dice que funciona.

Durante un rato hablamos de lo impresionante que es la casa de Petra.

—¿Crees que Petra se siente sola aquí alguna vez? —pregunto—. Es tan grande.

—Yo mataría por estar sola en esta casa. Solo pensarlo... —Deja la frase en puntos suspensivos.

—Todos necesitamos vacaciones —digo, un comentario no muy útil.

—¿Cuándo llega la etapa independiente?

—Bueno, mira a Emmy. Se pasa por distintas fases...

—Pero Elvis no es como Emmy. Elvis me mira cuando voy al cuarto de baño. Y yo tengo que mirarlo. A los ojos y todo. Si desvío la mirada un segundo, se asusta.

—Te quiere.

—Y quiere lo mismo a su padre, pero por algún motivo a Nico le da cancha. Puede ir y venir, sin lágrimas, sin preguntas, se alegra de verlo cuando llega a casa y ya.

—Mejorará.

—Esa es la cuestión. Que ya es genial, pero no ha mejorado. Así que puede que sea yo la que no es capaz de seguir el ritmo. ¿Quieres que te cuente cuál es mi fantasía?

—¿La puedo grabar? —bromeo.

—Claro. Lo digo en serio. Dame tu teléfono.

Alicia se pone el móvil en la barriga y le da a grabar. Las olas rompen y un coche pita en la Pacific Coast Highway. Sonríe al

recordar que así es como lo hacíamos antes de que Petra invirtiera en Dirty Diana y tuviésemos un estudio insonorizado.

—Estoy cansada todo el tiempo. Y no sé por qué, porque tengo la sensación de no hacer nada. Así que la semana pasada confeccioné una lista de todo lo que hacía en un día. Desde que me levantaba y le daba a la perra el medicamento para la artritis hasta que el día terminaba y caía derrengada después de meter a Elvis en la cama. Y la lista era deprimente. Estaba llena de cosas como hacer la compra en Trader Joe's y llamar al ayuntamiento para pedir cubos de la basura nuevos, porque los nuestros tienen grietas en el fondo y se derrama leche podrida en las aceras. Leí quince guiones mediocres de mis alumnos y quedé con dos universitarios para hablar de sus ideas sin madurar y uno de ellos se echó a llorar, y eso que a mí me preocupaba estar siendo demasiado blanda con él. Cociné, llevé a lavar el coche y puse tres lavadoras. ¿Sabes cuántas pequeñas prendas de la ropa de Elvis entran en una lavadora? Quinientas. Lo juro. Pasé siglos doblando pantalones minúsculos y emparejando calcetinitos del tamaño de un chupachups. Le di col rizada troceada a nuestro dragón barbudo, que, la verdad sea dicha, come mejor que yo y espero en secreto que se muera mientras estoy aquí porque su rutina de cuidados es demencial, y cambié el seguro para que cubriese la medicación que toma Nico para el TDAH, lo cual me llevó casi dos horas y dije «mediador» por teléfono tantas veces que acabé convirtiéndome en un robot. Saqué a pasear a los perros, recogí sus cacas del jardín trasero y encontré comida china pasada que estaba haciendo que la nevera apestase. De eso me sentí orgullosa. Fue repugnante. Y después miré la lista y pensé: ¿qué coño he hecho hoy?

—Te ocupas de un montón de gente.

—Como todo el mundo. Pero algunos días estoy reventada por la noche y cuando me meto en la cama Nico me lanza esa mirada... la mirada que antes me encantaba y que ahora cuando la veo me entran ganas de abofetearlo. Y lo del dragón barbudo no lo digo de verdad, de hecho le tengo mucho cariño. —Se vuelve hacia mí con una pequeña sonrisa en los labios—. Y si tuviera que confesarte mi fantasía ahora mismo, sería volar a Alaska. A una parte muy remota en la que no vive nadie. Ni siquiera la loca esa.

—¿Sarah Palin?

—Lejos de ella. Yo sola en una pequeña cabaña. Con ropa de abrigo, claro, y una pequeña chimenea. Y nadie en kilómetros a la redonda. Nadie que me pida nada. Solo silencio. Por la mañana abro la puerta y hace sol, el día es luminoso y la nieve lo cubre todo. Y el aire es muy frío y la única señal de vida humana es mi respiración. Inhalo y exhalo. El único sonido es el crujido de la nieve bajo mis botas. Pero cuando dejo de moverme, el sonido cesa. Y reina otra vez el silencio. Días y días de silencio puro y duro.

Por la mañana nos levantamos con el sonido de motores diésel deteniéndose ante la puerta principal de la casa de Petra. Cuatro camiones de caja cerrada llenos de suministros de cáterin, sillas y mesas que se descargan deprisa para el evento de mañana. El corazón se me acelera en el acto de los nervios y la emoción.

Oliver mira desde la ventana.

—¿Cómo de grande es la fiesta?

—Petra no hace nada pequeño. Hasta Mitch era enorme. La broma es suya, no mía.

Antes de que pueda argüir que quizá estorbemos, Oliver sale para ayudar a meterlo todo dentro. Me pongo las zapatillas de deporte y

cuando voy a salir me encuentro a Liam y Kirby.

—Hostia puta. —Liam deja caer al suelo su deshilachada bolsa de viaje y me alegro de que L'Wren no haya llegado aún y lo vea hacer eso—. ¿Estamos en *Love Island*?

—Liam, por favor. —Kirby coge la bolsa y se la da. Parecen pegar menos que nunca: un juego de reluciente plata en una bandeja de papel.

—Tienes razón. Algo con más clase. Puede que *Bachelor in Paradise*.

—¿Podemos hablar de trabajo? —me pregunta Kirby, esperanzada.

—¿Ahora? Claro...

—Genial. Tengo el diseño de sonido para las entrevistas de Effie, Megan y Vic. Están en tu bandeja de entrada. Cuando quieras...

—Puede que no debamos hablar de trabajo —digo mientras contemplo las pintorescas vistas del océano.

Kirby asiente mientras Liam sonrío.

—¿No es la mejor?

Pasamos parte de la tarde en la playa. Ya echo de menos a Emmy; Oliver se acaba de ir con ella para llevarla a la casa que tienen sus padres en Montecito. Liam y Kirby ayudan a Elvis a construir un castillo de arena mientras Alicia, Nico y yo nos hacemos amigos de los vecinos, una pareja bohemia que trabajó envejeciendo y tiñendo vestuario para el cine y vive en Malibú desde los años setenta. Todas las cazadoras de *Easy Rider* las envejecieron ellos, utilizando alcohol sanitario, tierra y aceite. Nos llevan a dar un paseo por la playa y nos señalan la casa en la que vivía Johnny Carson y las que el océano se llevó y después se reconstruyeron. Miro los pilotes que las sustentan y pienso en las noches en las que la marea sube hasta

ellos, en cómo será estar en la cama cuando hay temporal y si se sentirá el agua al romper contra esos pilotes que son como las piernas larguiruchas de la bruja de un cuento.

Elvis y Nico se persiguen playa arriba y abajo hasta que Elvis se queda frito en brazos de su madre y los tapo a los dos con una toalla debajo de una sombrilla. Kirby y Liam meten los pies en el agua y los dos deciden que prefieren el golfo de México. Vuelven dentro inmediatamente y se encierran en su habitación.

En casa veo a Petra, que acaba de bajarse del avión. De pronto me siento bien estando allí, como si la pieza que faltaba por fin se hubiese encajado. Cuando la abrazo, está más delgada de lo que recordaba, delicada bajo el largo vestido de verano.

—¿Qué te parece? —sonríe.

—Es una pasada. —Recorremos la casa juntas. Si ya es impresionante, cada centímetro se ha pulido, abillantado y engalanado para la fiesta de mañana. Las barras de bar, dentro y fuera, están bien abastecidas y en ellas hay una hilera de cartas con cócteles cuyo nombre es el de nuestras entrevistadas. Las bolsas con regalos de Dirty Diana se han dispuesto en una mesa cerca de la puerta; nuestra marca de pronto está en todas partes, preparada para una lista de invitados repleta de nombres que solo he visto en tabloides.

Empiezo a decirle a Petra lo nerviosa que estoy por impresionar a Vibezz, pero me corta.

—No estés nerviosa. Estate ilusionada.

Cuando está satisfecha con todo, le pregunto si le gustaría dar un paseo por la playa. Dice que sí y después duda. Bosteza y estira los brazos por encima de la cabeza llamativamente.

—Creo que necesito echarme una siestecita.

En la habitación de invitados me acurruco con mi bloc de dibujo y mis lápices. Intento plasmar lo que veo por la ventana, luego las tumbonas a rayas de la piscina del hotel y, por último, me sorprende bosquejando distraídamente una cazadora de cuero de los años setenta.

Me ducho con agua caliente y cuando salgo Oliver está ahí, quitándose el pantalón corto para ponerse uno vaquero, su cuerpo todavía caliente del sol. Lo abrazo por detrás y le susurro:

—¿Dónde están las esposas?

Se da la vuelta y sonrío. Me quita el albornoz y me besa la piel desnuda.

—¿No tenemos que ir a cenar?

Esa noche Petra reserva una mesa en el patio de Nobu para que podamos disfrutar de la puesta de sol mientras cenamos. Petra se sienta enfrente de mí, parece descansada, pero está más callada que de costumbre. Como si se percatase de que está triste, Oliver se sienta a su lado y la entretiene con nuestras aventuras en Los Ángeles. Cuando llega a Ernest, oigo la risa cálida y suave de Petra y mis hombros se relajan. El camarero me sirve generosamente una segunda copa de vino y me noto un poco achispada e ida.

Alicia está enfrascada en una conversación con Liam después de que Nico la convenciese de que viniera ella sola con nosotros y los dejara a Elvis y a él en casa. Cuando lleva tres copas de vino, Kirby, que ha estado callada toda la noche, me dice al oído:

—Me gustaría contar una fantasía.

—¿En serio?

—Me siento un poco hipócrita, ¿no? Grabar a otras mujeres cuando se muestran vulnerables pero no compartir nada de mí

misma.

Recuerdo el cuestionario de *Vogue*, aún lo tengo imprimido, sin terminar y arrugado en el fondo del bolso. «¿Cuál es tu fantasía?»

—No necesariamente.

—Liam y yo lo hemos hablado y quiero probar.

Nada más decirlo, se levanta de la mesa y se pone a sacar fotografías del océano desde el extremo del patio.

Liam la observa y sonríe.

—¿Qué tal os va? —pregunto, aunque su forma de sonreír hace que la respuesta sea evidente.

—No indagues, D. Este viaje es perfecto.

—No estoy indagando. Podemos hablar de lo que quieras.

—Genial. Probemos a añadir vídeos. Tenemos los dibujos y ahora necesitamos lo siguiente.

—¿Continúan en pie los planes de boda?

Pone los ojos en blanco, pero las arruguitas de sus ojos me dicen que no está enfadado.

—Sé que parece precipitado, pero siento que es el paso que hemos de dar, de verdad. Igual que siento que el vídeo es el paso que ha de dar la empresa.

—Al principio la sensación siempre es esa —adviento.

—No bebas más.

—Me caéis muy bien los dos...

—Pues deja de obsesionarte con nuestro matrimonio. —Se mira el regazo y se coloca bien la servilleta—. No es que seas precisamente una experta.

En ese mismo instante alguien pasa por detrás de Liam. Continúa andando, se detiene y vuelve a entrar en escena. Se materializa: un hombre alto, de pelo oscuro y con unos hoyuelos familiares.

—Diana. —Los ojos castaños de Jasper casi parecen ambarinos con esta luz.

—¿Jasper? —El corazón me late con fuerza—. Hola.

—Estás en Los Ángeles.

Sostengo su mirada demasiado tiempo. Bajo la mesa, Liam pega su pie al mío.

—Sí, durante un par de semanas. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Un cartel promocional para una película de un tornado. Es una peli increíble.

—¿Sí?

—No. Es infumable, pero el trabajo es divertido. —Se ríe, exhibiendo su deslumbrante sonrisa de siempre. A estas alturas ya ha acaparado la atención de la mesa entera. Noto todos los ojos puestos en él, pasan a mí y de nuevo a él. La cara me arde y desearía que el sol se hubiese puesto por completo para poder esconderme. Y que tuviera la cabeza menos embotada por el vino. Todo el mundo lo mira, pero él me sigue mirando solo a mí—. Resulta agradable poner el piloto automático y no tener que pensar durante un minuto.

Esta vez Liam no me roza suavemente el pie, sino que me da en el tobillo.

—Jasper, este es Liam. Y Oliver. Y mis amigas Petra y Kirby. A Alicia ya la conoces.

Jasper se vuelve hacia Oliver, en su cara una sonrisa casi imperceptible:

—Oliver. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. —Oliver lo observa y ambos se miran como rivales amistosos que se estrechan la mano antes de jugar un partido. Da la impresión de que comparten un secreto: yo, y estoy sentada ahí mismo. Estoy a punto de intervenir cuando Jasper

rompe el encantamiento y va dando la vuelta a la mesa, estrechando manos, dando dos besos a Alicia.

Y luego vuelve conmigo. Ahora está detrás de mi silla. La retiro y araña estridentemente el suelo de madera. Me levanto y me quedo de espaldas a la mesa, los ojos de todo el mundo se clavan en mi vestido de verano rosa. Alicia hace todo lo posible por atraer la atención de la mesa comentando con excesiva euforia:

—Menudas olas. ¿Suele subir tanto la marea? Uy, si parezco Blondie.

—No quiero interrumpir tu cena... y estoy con una amiga en la barra. Me alegro de haberte visto —dice Jasper. Me da un abrazo rápido.

—Y a vosotros también, claro.

Petra, que se niega a fingir que no estaba escuchando, pregunta:

—¿Vas a estar mucho tiempo en la ciudad?

—La semana que viene entera.

Acto seguido es Oliver el que mete baza:

—Deberías venir mañana a nuestra fiesta del Cuatro de Julio. Dedicada a Dirty Diana.

—¿Sí? —Jasper parece igual de sorprendido que yo.

—¿Por qué no? —Oliver se vuelve hacia Petra, que sonríe mientras dice:

—¿Por qué no?

—Vale, quizá vaya.

Cuando Jasper se marcha, la mesa se sume en el silencio. Alicia me mira:

—Tengo que ir a hacer pis. ¿Tú?

—También.

—¿Qué ha sido eso? —silba cuando estamos en el servicio—. ¿En serio? No sabía si Oliver y él se iban a pelear o a besar.

—Ha estado bien.

—¿Y luego Oliver lo invita a la fiesta? O sea, *¿qué?*

—Esa parte no ha estado tan bien.

—¿Estás cagada? Debes de estarlo.

—Estoy bien. —Me lavo las manos por tercera vez.

—¿Confundida? ¿Te arrepientes de algo? ¿Cómo te sientes?

Solo siento opresión en la garganta, como si pudiese quedarme sin oxígeno en el aseo de Nobu.

—Sorprendida, eso es todo. Y como sigamos aquí mucho más, Oliver se preocupará.

Mientras volvemos a la mesa, me susurra:

—La verdad es que Jasper no estaba muy guapo. No me gusta moreno.

—Claro. Todo el mundo está peor moreno.

—¿Qué crees que estará pensando Oliver?

\* \* \*

En la mesa me pareció que Oliver estaba impertérrito, pero de vuelta en casa de Petra, cuando estamos ante el lavabo, cepillándonos los dientes antes de irnos a la cama, comenta:

—No era consciente de que fuese tan atractivo.

Profiero el sonido más neutro que puedo.

—Mmm.

—Es muy guapo.

—Ya. —Lo miro a los ojos en el espejo y me encojo de hombros—. Supongo que lo que pasa es que lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Lo puedes admitir tranquilamente, Diana. Tiene una belleza universal. —Voy a cogerle el hombro, pero se vuelve hacia el otro

lado para llenar su vaso de agua—. Entiendo la atracción.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿Qué quieres decir? —inquire.

—Quiero decir que no te obsesiones con el físico de Jasper.

—No estoy obsesionado. ¿Tú?

—Oliver. No. No lo estoy.

—¿Estás segura?

La mandíbula se me tensa. Como si hubiera traído a Jasper a propósito a Los Ángeles y, en cierto modo, esto fuese culpa mía.

—De todas formas, el físico nunca lo fue todo.

—Claro. Naturalmente tiene una gran personalidad. Ya me has dicho que era bueno en la cama.

—¿De qué estamos hablando ahora mismo? ¿Nos estamos peleando por esto?

—No. —Nunca ha parecido menos convincente—. Es solo que Katherine también es guapa, pero también alguien con quien podrías imaginarte coincidiendo en el supermercado.

—Me imagino coincidiendo con Jasper en el supermercado. Ha pasado. No es para tanto.

—Ya, pero ¿cómo te sentirías si te toparas conmigo y llevara del brazo a Cindy Crawford?

—Esta noche no iba cogido de mi brazo. Yo estaba sentada contigo. Ni siquiera sabía que Jasper estaba en Los Ángeles.

Me meto en la cama y me sigue.

—¿Habéis estado hablando?

—Estás sacando esto de quicio.

—No es verdad. Sé que quieres que sea este hombre nuevo, completamente seguro, pero todavía puedo desestabilizarme.

—Eso no es lo que quiero.

—He cambiado. Los dos hemos cambiado. Y no quieres al hombre que era antes.

—*Tú* no quieres al hombre que eras antes. No eras feliz. Y no estoy aquí porque ahora te sientas más seguro.

—La cara se te iluminó al verlo.

—Me sorprendió. A mí también pueden desestabilizarme las cosas.

—No le mentiré—. Tienes razón. Es esa clase de tío. Lo es. Punto. Estoy segura de que la mesa entera se lo quería follar.

—Entonces, ¿lo admites?

—Joder, Oliver. ¿Por qué lo has invitado a la fiesta?

Oliver se sienta en la cama y se pasa las manos por el pelo.

—Esto es demasiado. Hay demasiada presión.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Necesito sentir que puedo tener espacio para ser feo.

—Pues has empezado con buen pie.

—¿En serio? —contesta, pero resuena en la habitación más bien como «Que te den».

Quiero largarme de aquí, pero la casa está llena de gente y no sé adónde ir. Me levanto y salgo a nuestra terraza, respiro el aire fresco y salino. Pelearse es bueno. Estamos hablando de nuestros sentimientos. «No te vayas. Esto es sano.» Normal que esté nervioso. Nos tomaremos unos momentos, nos disculparemos y pasaremos página. Me relajo al oír que Oliver se levanta... pero no viene conmigo. La puerta del cuarto de baño se cierra de un portazo. ¿Más fuerte que de costumbre? ¿Más airado? «Volverá. Saldrá aquí dentro de un segundo. Nos diremos que ha sido algo pasajero. Los dos nos preocupamos. Eso es todo, nada más.» Pero cuando la puerta del cuarto de baño se abre, Oliver no viene donde estoy yo. Apaga la luz de la habitación y oigo que se mete en la cama. Vuelvo de golpe al asfixiante espacio en el que vivíamos antes

cuando discutíamos. Ninguno iba al encuentro del otro. Los dos buscábamos a tientas más espacio entre nosotros, no menos.

De nuevo en la habitación, incluso a oscuras, noto la agitación de Oliver.

—Me voy a dar una ducha —anuncio a su espalda.

Bajo el agua templada, cierro los ojos y respiro. El agua ahora sale caliente, me pone la piel rosa, y las puertas de la cabina se empañan.

Lo oigo antes de que lo pueda ver a través del vapor. Doy un paso atrás, invitándolo a unirse a mí bajo el agua. Accede en silencio y me pega a él, de forma que el agua nos moja a los dos. Me levanta los brazos por encima de la cabeza y sus dedos me suben por el torso con suavidad.

Me inmoviliza contra los azulejos y me abre las piernas con la rodilla. Intento cerrarlas, resistiéndome para provocarlo, pero no hay preliminares. Nada de besos tiernos bajando y subiendo por el muslo. Sabe lo que quiere. Se arrodilla en la ducha delante de mí. Cuando levanta la vista, en sus ojos hay arrepentimiento, las pestañas perladas de agua.

—Siento lo de antes. Lo de toda la noche —se disculpa.

No contesto. Sus manos pasan a mis nalgas. Me las aprieta con fuerza y entierra la cabeza entre mis piernas. Su boca está en mi sexo, sus labios son húmedos y suaves. Su lengua se introduce en mi cuerpo. Cada sensación se ve intensificada, todavía noto en el cuerpo la tensión de la pelea. Lo agarro para intentar tirar de él y levantarlo, pero se zafa de mí.

—No —me dice—. Solo tú. —Oliver me lame larga y lentamente, y cuando tirito, me coge por las caderas y me acerca al agua caliente. Entierro las manos en su pelo. Estoy tan cerca del clímax que quiero

pisar el freno, vivir un poco más en este momento en el que Oliver me devora.

Oliver levanta la cabeza y me besa los muslos, las caderas, el vientre. No podré aguantar mucho más. Le agarro los hombros.

—Por favor. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Se levanta, sus ojos a la altura de los míos. Me besa, el agua cayendo en nuestra boca. Me apoyo en la pared y casi resbalo, pero Oliver me coge. Presiona su cuerpo contra el mío. Mi respiración es entrecortada, me noto mareada y como si flotase.

—Yo también lo siento —le digo.

Después de la ducha, nos metemos en la cama. Todavía me tiemblan las piernas de placer. Oliver se queda dormido deprisa, profundamente.

Yo, en cambio, estoy completamente despierta. Cuando soy consciente de que ya no podré quedarme dormida, voy en silencio a la terraza. Cierro las puertas al salir y contemplo la luz que precede al alba. El cielo es de un azul melancólico, está empezando a iluminarse. Abajo, en la playa, veo a Petra, sentada de espaldas a mí en una toalla de rayas cerca de la orilla.

—Es muy temprano.

—El *jet lag*.

Me siento junto a Petra y me tapa las piernas con la toalla.

—Hueles a sexo.

—¡Si me he duchado!

—Es una sensación —bromea.

—Sería un buen momento para que me sacaran la foto: «Sentada en la playa, recién follada...».

Petra se ríe, pero es una risa más superficial que de costumbre, tiene los ojos fijos en el horizonte.

—¿Estás bien?

—No había vuelto a la casa de Malibú desde que Mitch murió.

—Ay, Petra. —Me giro para mirarla. Contempla el océano y se muerde el labio inferior, intentando evitar que sus ojos se llenen de lágrimas, sin conseguirlo.

—Pensé que sería más fácil si había más gente, si la casa estaba llena. Mitch y yo vivimos muchos momentos felices aquí. Pensé que quizá pudiera recuperar parte de esa sensación. Como si aquí hubiese un depósito de felicidad y pudiera beber de ella. —Se ríe y se presiona los ojos con la palma de las manos—. Como una estúpida fuente. —Respira hondo, pero el aire se le queda en la garganta, trémulo y desmañado—. Hasta me he traído parte de sus cenizas, por si quería esparcirlas en el océano... No te preocupes, yo también lo estoy pensando. Un puto tópico, lo sé. —Ahora la veo, una bolsa de plástico en la arena cerca de sus pies.

—No lo es. No estaba pensando eso. —Me bajo la manga de la sudadera sobre la mano y le seco las lágrimas de las mejillas.

—Tengo la sensación de que va a entrar por la puerta en cualquier momento. De hecho, esta tarde me quedé helada cuando oí una camioneta que entraba en el camino de acceso.

—No será siempre así. Tan reciente.

—Eso también es triste. —Petra apoya la cabeza en mi hombro—. Dime algo bueno.

El cerebro me va a mil y mis pensamientos son insustanciales. Clarea, el cielo es cada vez más luminoso. Todo apunta a que va a hacer un buen día.

—Algo bueno. Tengo la suerte de estar aquí contigo.

—Mmm.

Es como si dijera: «Prueba *otra vez*».

—Estoy ilusionada con la fiesta. Ya no estoy nerviosa.

—Algo que sea verdad, Diana.

—Aunque resulte extraño, esta mañana me caes incluso mejor que ayer.

—Porque he llorado.

—Porque eres la persona más rica que conozco y, sin embargo, las cenizas de tu marido están en una bolsita con cierre zip y no en una urna de oro y rubíes, y eso es algo que me resulta extrañamente reconfortante.

Se ríe.

—Vale, esa es buena. Naturalmente, en honor a la verdad te diré que Brina salió y compró seis urnas distintas. Están dentro y las odio, aunque objetivamente son muy bonitas.

—Y ¿son de rubíes y oro macizo?

—Sí, también. —Se vuelve a apoyar en mí. Ahora el cielo es de un azul claro teñido de naranja. Pronto el resto de la casa estará despierto—. Echo de menos sus brazos. Eran enormes y muy fuertes, y cuando me abrazaba, tenía la sensación de que nada podría hacerme daño. Era como si estuviese hecho de un material distinto al resto de nosotros, de algo más robusto. Piedra, pero no fría, sino cálida e impredecible, como el resto de nosotros. Pero no lo podías derribar. Nada lo sacudía ni lo asustaba. —Se ríe, un tanto abochornada—. Ni siquiera yo. —Se abraza las rodillas contra el pecho—. No me gusta estar aquí sin él. Se me quitan las ganas de todo. A veces no soporto el ritmo de un día. Cuando hay demasiado silencio me asusta estar sola, y cuando hay demasiado ruido me enfada que Mitch no forme parte de él. Y no tengo a nadie a quien decirle lo mal que me siento cuando termina el día. Me paso el día entero fingiendo. Pero al menos con Mitch tenía a alguien a quien

contarle que tenía la sensación de ser una impostora o que me sentía fea o nerviosa. O asustada.

—Me lo puedes decir a mí.

—Vale. —Petra me mira, con los ojos brillantes y expresión preocupada—. Me asusta no ser capaz de superar esto. Que el dolor que siento sea insondable y siga cayendo.

La estrecho contra mí y sus hombros se estremecen cuando llora contra mi pecho. Al cabo de unos minutos se separa y se seca los ojos con la toalla.

—Podríamos esparcir las cenizas esta tarde —sugiero—. En la fiesta.

—No. La fiesta será caótica. Esperaremos.

—¿Y si lo hacemos ahora?

—¿No es demasiado deprimente? ¿Tú y yo solas?

—No lo creo. También podrías hacerlo tú sola. Yo no conocía a Mitch.

Parece sopesar la idea mientras contempla el agua, que cada vez está más cerca.

—Puede que más tarde. —Se coloca la bolsa en el regazo—. Le habrías caído bien.

—¿Sí?

—Te habría vacilado un poco, desde luego. «¡Tírate a la piscina, Diana! ¡Tírate a la puta piscina!» Es lo que solía decir todo el tiempo. De pie. Tírate a la piscina. Para todo.

Petra se sacude la arena de las manos y después de la toalla, se pone a hacer cosas para no volver a llorar. Cuando se siente satisfecha de que todo está bien, se tumba de nuevo en la toalla con un brazo por detrás de la cabeza y el otro sobre los ojos. Así es como la dibujaría.

—¿Te quedas un rato conmigo? —me pregunta.

Permanecemos así hasta que el cielo es de un vivo azul celeste y los primeros surfistas de la mañana se adentran en el mar remando sobre sus tablas. En la casa todo el mundo sigue durmiendo. Cuando Petra se dirige hacia su habitación, me entran ganas de llamarla para invitarla a meterse en la cama con nosotros y que no tenga que estar sola.

Veo cómo se aleja y aguzo el oído: cierra con suavidad la puerta de su dormitorio. Oigo que abre los grifos de la bañera. En mi habitación, me quito la ropa, que está llena de arena, y me acurruco contra el cuerpo caliente de Oliver, que siento cada vez más como mi hogar.

—Nunca pensé que me fuera a atraer alguien. —Kirby sonríe cuando nos sentamos en un banco, lejos de todo el mundo en el jardín de Petra.

Antes de las ocho, Oliver ya estaba despierto y me invitó a salir a correr por la playa.

—No soy una persona *tan* nueva —bromeé, y le di un beso cuando se fue.

Deambulé por la casa, la cocina ya estaba llena de proveedores y un equipo de floristas trabajaba en la terraza. Fui a por mi cuaderno de dibujo y después en busca de Kirby, y le pregunté si todavía quería posar para mí.

—Nunca me han dibujado. —Se coloca bien la camiseta, se la mete por dentro del pantalón corto, y después cruza las piernas en los tobillos—. ¿Se lo puedo dar a Liam?

—Solo si me quieres chafar mi regalo de boda.

Kirby se ríe nerviosamente y se tira del bajo del pantalón.

—¿Estás bien?

—Puede que nerviosa. Tú me motivas. Sé cómo suena, pero es verdad. Mi madre me enseñó cómo debía comportarme en las distintas situaciones y qué colores me favorecen con mi tono de piel, pero nunca me habló de sexo. No, quita eso. De sexo sí que hablamos, pero de placer nunca. —Me observa mientras dibujo, comienzo por la perfecta inclinación de su nariz—. Es solo que no quiero empezar con el pie izquierdo.

—Es inteligente —afirmo, aunque no sé muy bien a qué se refiere.

—La otra noche le conté a Liam una de mis fantasías. En realidad era un sueño. Estoy en un programa concurso y el premio más importante es follar en el escenario, delante del público. Y Liam sale del *backstage* y yo hago girar la ruleta. Suena... en fin, se supone que lo hacemos por diversión, y en la fantasía aparece él, así que pensé que se sentiría halagado. Pero se puso raro y se quedó callado y fingió que se dormía. ¿A qué viene eso? Hemos escuchado todas las fantasías de la página web y le encantaron todas.

Escudriño su cara. La forma en que se muerde el labio para intentar disimular su decepción. La forma en que su expresión cambia tan deprisa para ocultar sus emociones.

—¿Y si grabamos tu fantasía?

Kirby sonríe.

—¿Mi fantasía? —Arruga la nariz—. Pero tendría que editar mi propia voz. Odio cómo suena mi voz.

—¿Alguna vez has conocido a alguien a quien le pase lo contrario? ¿Que le guste cómo suena su propia voz?

Se ríe.

—Alguien habrá. Tienes razón. Puede que le regale a Liam el dibujo y la grabación.

A mediodía, el equipo de peluquería y maquillaje de Petra ya está listo. Después de que me maquillen para que parezca tan despierta como hace mucho que no estoy, y cuando empiezan con Kirby y Alicia, me escabullo para ir en busca de Liam.

Lo encuentro arriba, escondido en la sauna de infrarrojos, completamente vestido.

—No te preocupes, no está encendida —me asegura.

—¿Qué pasa? Pensé que serías el primero en hacer cola delante de la máquina de algodón de azúcar. —Me siento a su lado en el banco de cedro de la sauna.

—¿Hay una máquina de algodón de azúcar? —inquire, levantando su cabeza de rizos—. Da lo mismo. No tiene importancia.

—¿Estás disgustado?

—No. Porque si lo estuviera, quizá lo utilizarías para soltarme el rollo por casarme tan precipitadamente.

—Ja, ja.

Al ver que no dice más, le doy un golpecito en la pierna con la mía.

—Obviamente —se rinde—, estoy listo para casarme. Pero sí, puede que durante un momento me planteara por qué está Kirby conmigo. Y sí, también me acojonara nuestra vida sexual, ¿vale? Soy un cliché. O un hipócrita. ¿Las dos cosas? —Con voz más queda añade—: Solo me preocupa que ella quiera más.

—Más ¿de qué?

—De todo... más... a otra persona.

—Ya. —Permanecemos un instante en silencio—. Liam. Todos estamos asustados la mayor parte del tiempo. Y si no lo estás, es que eres un robot raro. Probablemente con problemas mucho mayores. —Estudio su perfil, los suaves ángulos de su cara—. Eres suficiente para todas las personas a las que conoces. A veces, incluso eres demasiado.

Liam gruñe, pero con una sonrisa ancha.

Le doy nuevamente en la pierna.

—¿Estás seguro de que este chisme no está encendido? Tengo la sensación de que estoy sudando por dentro.

—Puede que lo esté —confiesa.

Le cojo una mano y la sostengo en mi regazo.

—Pues sí que te suda la mano —se queja—. ¿Qué? Es verdad.

—Como si la tuya estuviera seca. Cierra el pico. Tres cosas, ¿vale?

Pone los ojos en blanco, pero su sonrisa es tierna y dulce.

—Soy todo oídos.

—Una: te quiero.

Suspira.

—Yo también te quiero, pero a veces eres muy plasta.

—Lo sé. Dos: me alegro mucho por ti y por Kirby y me encantaría participar en la boda. Si a Kirby le parece bien. Quiero ayudaros con la celebración.

—Claro.

—Pero no me hagas leer algo raro sobre que el viento sople siempre a tu favor durante la ceremonia.

—¿Tú me conoces?

—Tres: Kirby es genial. Y también tiene mucha mucha suerte. Y también mi maquillaje se está derritiendo y tenemos que salir de este sitio para que puedas arreglar las cosas.

Los invitados comienzan a llegar abajo. Han venido por mí y por Dirty Diana, pero no solo por eso. Han venido para asistir a una de las famosas fiestas que Petra da en la playa. Han venido para que les saquen fotos. Han venido para divertirse en la playa.

—¿Nerviosa? —me pregunta Oliver al tiempo que me rodea con un brazo para tranquilizarme.

—Ilusionada.

—Yo también. Mira lo que has creado. A partir del germen de una idea. Y ahora todo el mundo sabrá lo increíble que eres. Salvo mis padres, claro.

—Claro. —Me río.

Oliver se escabulle para ir a por algo de beber y yo me quedo atrás para espiar la puerta, ante la que ahora hay una cola de personas que esperan para entrar. Todos los meses que he pasado escondiendo a Dirty Diana, preocupada por quién averiguará cuándo que estoy implicada en el proyecto o quién reaccionará de qué manera, y ahora, con la llegada de cada invitado, otra capa de inquietud desaparece y deja sitio a la celebración.

La primera de la cola es una mujer con el pelo largo de color fresa, un poco mayor que yo, que cambia el peso de un pie al otro.

Parece perdida, así que voy a darle la bienvenida y le pregunto si quiere tomar algo.

—Ah, no me voy a quedar. Gracias.

—¿Estás segura? Creo que será divertido.

—Ni siquiera debería haber venido. Estoy hasta arriba de trabajo. El ordenador me reclama.

—Ya. Pero has venido hasta aquí desde...

—Studio City. Supongo que no me iría mal un poco de aire fresco.

—Duda, ya que al parecer no ve a ningún conocido, así que la acompaño fuera para sentarnos en la playa. Se planta en la arena y cierra los ojos, respira una bocanada de aire del océano—. ¿Te cuento una cosa? —pregunta—. Me he comido un trocito de una chocolatina con setas que me han dado. Se supone que era una microdosis. Para que me ayudase a vencer mi fobia social. Me subió hace diez minutos y no sé si esto es normal, pero tengo la sensación de estar nadando en lava y de que tu nariz se te está resbalando poco a poco de la cara.

—Oh —digo. Eso explica que pareciese tan insegura.

—Pero el aire me está sentando estupendamente.

—Pues nos quedaremos aquí un minuto.

—¿No es esta tu fiesta? No deberías estar ejerciendo de niñera. A menos que quieras un poco de chocolatina.

—No, gracias. A mí también me viene bien que me dé el aire.

—En realidad me gusta observar a la gente. Prefiero sentarme en un rinconcito a mirar. Pero ahora mismo no me veo capaz de llegar hasta ese rincón. Me encantaría subirme a ese delfín. ¿No sería una pasada?

—Si quieres, te ayudo a encontrar un buen rincón.

Se pone de pie, tambaleándose un poco.

—Si no estuviera tan colocada, me daría vergüenza.

—Nos ha pasado a todos —aseguro mientras le paso un brazo por la cintura para sostenerla.

Mientras nos abrimos paso entre la fiesta y vamos arriba me pregunta:

—¿Crees que necesito una trenza francesa? Me veo con una trenza francesa.

—Te la puedo hacer.

Sonríe.

—Me gusta tu compañía.

—Gracias.

—Eres como dices ser. Haces que la gente se sienta normal incluso cuando quiere entrar a tu fiesta subida a un delfín.

Siguen llegando invitados, y mientras avanzo por el corazón de la fiesta en busca de Oliver, alguien me llama:

—¡Diana!

Me vuelvo e intento ubicar a una morena con pecas a la que no conozco.

—Me encanta tu página —me dice—. Escuchamos religiosamente las fantasías.

—Gracias —sonríó. La primera vez que me reconocen. Noto que me pongo roja—. Me alegra mucho oír eso.

—¡Tu voz! No me puedo creer que seas tú —su amiga se suma a ella. Me piden que les firme algo (cualquier cosa) y me ofrecen un bolígrafo y una servilleta de cóctel de Dirty Diana entre risas. La firmo encantada, y cuando voy a la terraza, la animación y el entusiasmo de la fiesta resuenan en mí.

Fuera encuentro a L'Wren y a Arthur.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta L'Wren, y acto seguido me da un abrazo—. ¿Te has convertido en Barbie y ahora vives en la mansión Dreamhouse de Barbie? ¿Dónde está Ken?

—Confiaba en que tú lo supieras. Arthur, me alegro mucho de que hayas venido.

Los llevo hacia la playa. L'Wren coge un bocadito de atún picante sobre arroz crujiente de la bandeja de cada camarero que nos encontramos.

—No me he llevado nada al estómago desde que pisamos el aeropuerto de Dallas.

Cuando ha comido lo suficiente para sentirse saciada, me lleva aparte.

—Vale, empezaré por lo más importante. El azul. Es lo más. Por favor, es *lo más*.

—¿Has probado el vibrador?

—Lo hemos dejado seco. O sea, puede que no admita una sola carga más. Arthur ni siquiera se sintió amenazado. Ese chisme hizo que todo fuera más divertido aún. Somos una triega con un vibrador.

—Me alegro mucho por los tres.

—¿Dónde está Liam? ¿Lleva la ropa adecuada? Le mandé un traje de lino de Saks y le indiqué la camisa que debía ponerse.

—Creo que lo he visto arriba.

Me vuelvo hacia la fiesta, en la que cada vez hay más gente, y casi me choco con Petra, la radiante anfitriona, rebotante de energía.

—¿Has pasado por el *photocall*?

—Todavía no.

—Oh, Diana.

L'Wren va en busca de Liam y Petra me lleva por la casa hacia el jardín, donde un nutrido grupo de personas hace cola para que lo fotografíen delante del *photocall* de Dirty Diana. Petra se salta la cola y nos coloca a ambas ante los *flashes* de las cámaras.

—¡Sonríe!

La miro con el rabillo del ojo e intento imitar su naturalidad. Es fácil contagiarse de la energía de Petra. Como siempre, me siento más viva cuando estoy cerca de ella, y sobre todo esta noche, en la que celebramos algo que hemos construido.

Después de unas cuantas fotos, nos abrimos paso alegremente por la fiesta. Saluda a todo el mundo mientras avanzamos, sin enredarse demasiado en una única conversación.

Alzando la voz para hacerse oír por encima de la música, Petra me dice:

—Vibezz está aquí. O al menos su directora ejecutiva. Margot. Su asistente me mandó un mensaje para hacerme saber que se ha comido una chocolatina con setas. —Petra se ríe—. Te va a encantar.

—Uy. —La mujer a la que le gusta observar a la gente—. Sé dónde está. —Llevo a Petra hasta un rincón desde el que se ve el salón. Margot está allí, rodeada de *snacks* y charlando con Liam.

—¿Margot? —La llama Petra, gritando un poco de más—. ¿Te puedes incorporar?

Margot esboza una sonrisa radiante al verme.

—Gracias por venir a ver cómo estoy.

—Me alegro mucho de que os hayáis conocido.

—Sí, Diana, es una gran fiesta.

—¿Quieres seguir aquí? ¿En este rincón? —pregunta Petra, de nuevo chillando demasiado.

—Ha tomado setas, no está sorda —apunta Liam.

—Aquí me lo estoy pasando estupendamente, mirando. Liam me está hablando del divorcio de sus padres. Es maravilloso. —Margot parece feliz.

—¿Alguna pregunta a la que quieras que respondamos? —inquire Petra—. ¿Sobre la página?

—No. Diana me dijo todo lo que necesitaba saber cuando me buscó este sitio.

—Oh. Estupendo. ¿Quieres que te traigamos algo? —se ofrece Petra.

—¿Es posible que haya oído mencionar a alguien algodón de azúcar?

—Yo te traigo uno —dice Liam.

Me inclino para estrecharle la mano a Margot.

—Espero que podamos colaborar juntas —afirmo.

Petra y yo bajamos la escalera riendo tontamente.

—¿Crees que se acordará de lo bien que le caes? ¿No deberíamos hacer que firmara el contrato ahora?

Abajo, Petra echa un vistazo a la fiesta y profiere un suspiro.

—Y ahora pasemos a mi canto del cisne.

—¿Tu canto del cisne? —Me detengo cuando voy a dar un paso y en ese preciso instante una mujer con un vestido rosa chicle me agarra el brazo.

—Me encanta tu página. Pienso ser la siguiente, lo juro. Tengo que serlo. —Me aprieta el hombro y sigue andando, directa al centro de la pista de baile. Su cumplido hace que sienta vértigo. O puede que sea el hecho de que me hayan reconocido otra vez. O que la música empiece a sonar más alta. O lo que me acaba de decir Petra.

—¿Te marchas? —le pregunto.

—Diana, esto es todo tuyo. —Sonríe—. Estaré siempre que necesites ayuda, pero ahora puedes asumir el control.

—No puedo asumir el control. No sé cómo hacer nada de esto.

—Pues claro que sabes. Nada de esto habría pasado sin ti. Yo solo he sido un buen empleado.

Una mujer que juraría que es una de las Housewives se choca conmigo y me derrama la copa por el brazo, pero casi ni lo noto.

La música sube de volumen y Petra grita para imponerse a ella.

—Yo te puse en el mapa, pero sabes cómo estar aquí.

—No sé. Si apenas soy capaz de encontrar a Oliver en esta fiesta.

—Lo cierto es que ya va siendo hora de que piense seriamente en el legado de Mitch. Eran muchas las cosas que quería hacer. Todas esas comunidades a las que quería servir con el dinero que ganó. Por fin estoy lista para ayudar.

—¿Estamos rompiendo en nuestra fiesta?

—No, estamos celebrando lo lejos que hemos llegado.

—Petra...

—No vuelvas la cabeza. Solo sonrío.

La vuelvo inmediatamente.

Jasper está junto a dos mujeres más altas que él. Una tiene una coleta alta brillante y con mucho volumen. Ambas parecen

veinteañeras. Me ve justo cuando a Petra la reclama otro invitado.

—Hola —lo saludo—. Conque has venido. —Intento disimular mi estupor.

—No pasa nada, ¿no?

—No, claro. Es solo que no estaba segura. —De nuevo busco a Oliver en la habitación.

—Estas son Libby y Maria. —Pero Maria ya se ha aburrido y se ha ido a la pista de baile.

—Hola, Libby.

Me estrecha la mano con mucha fuerza.

—Sus compañeras de equipo han alquilado un piso playa abajo durante el verano.

—¿Sus compañeras de equipo?

—Vóley-playa —contesta Libby. Admira la casa con desenfado—. Muy bonita.

—No es mía, pero gracias. Si quieres, podrías organizar un partido de vóley en la parte de atrás.

—Podría. —Me mira como si acabara de sugerirle que limpie todas las tazas usadas—. ¿Esa es Natalie Hutton?

—Ah, sí. Es amiga de... bueno, más o menos mía.

Jasper sonrío.

—Conocí a Diana antes de que diera fiestas para estrellas del cine. Cuando vivía en un pequeño y coqueto estudio con un fregadero estropeado y sin platos de verdad.

¿Está flirteando conmigo? Lo único que hicimos en ese estudio fue follar. Libby ha visto a alguien y tira de Jasper.

—Te veo luego —promete este.

Sintiéndome excluida, voy a buscar a Oliver y me topo con Natalie Hutton.

—He oído que la reunión con Allison fue genial —exclama, y me da un abrazo.

—Bueno, no te sabría decir.

—Me encanta el misterio.

—Y a mí.

—Y a mí —repite.

—¿Perdona?

—¿Perdona? —me imita—. Intento dar con tu entonación. Tienes unos gestos muy interesantes. Y un ligerísimo seseo.

—¿Seseo?

—Casi no se nota. Pero me dedico a eso. «¿Ceceo?» ¿Te das cuenta de que lo has dicho así?

—¿En serio?

—Me gustaría conocer a Oliver, si está aquí.

—Está en alguna parte... —«¿Dónde está?»

—Y te muerdes las cutículas. Genial. Todos estos detallitos dotarán de vida al personaje cuando haga de ti. ¿Es esa Libby Hoffman?

—¿Quién?

—La jugadora de vóley. —Sigo su mirada hasta Libby, que está cerca de Jasper junto a la pista de baile.

—Ah, ya. Eso creo.

—Bueno, pues si te sientes observada, solo soy yo haciendo mis deberes actorales.

—Vale —es todo cuanto puedo decir mientras ella se dirige hacia Libby.

De pronto el gentío que hay delante de mí se abre y Alicia, que viene de la playa, me coge por la cintura.

—Esta fiesta es demasiada locura. El sitio. La gente que mira. Oliver y Jasper. Mis mundos están colisionando.

—¿Tus mundos?

—Me refería a los tuyos. ¿Crees que Jasper ha traído a las olímpicas para ponerte celosa?

—¿Fueron a las olimpiadas?

—Medalla de plata.

—No. Creo que ha traído a esa porque es espectacular. Y muy fuerte. Y tiene talento.

—Y para ponerte un poquito celosa. ¿Ha funcionado?

—Puede. Natalie Hutton dice que seseo.

Alicia se para a pensar.

—No ceceo, ¿no? —pregunto.

—A ver, repite conmigo: la princesa pasea por el paseo con su cesta de cerezas...

—Cierra el pico.

—Entonces ¿se va a hacer la película?

—Quién sabe. Pero creo que Petra me va a dejar.

—¿Te va a dejar a ti o a Dirty D?

—A Dirty Diana.

—Es lista. Ya iba siendo hora.

—¿Cómo que ya iba siendo hora? ¡Pero si acabamos de empezar!

—Mira a tu alrededor, Diana. Las cosas están en movimiento.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—¿Con ese adorable ceceo? Lo que quieras.

—¿Tú dirigirías las fantasías? Si las convertimos en vídeos para la página web.

—¿Yo?

—Me he dado cuenta de que cada vez que Liam saca el tema veo a este donjuán con bigote dirigiéndolas y creo que ese es el motivo de que siga diciendo que no. Pero si las dirigieras tú, estaría entusiasmada.

—Me ganaste en cuanto dijiste «tú».

—¿Sí?

—Míranos, en una fiesta en Malibú, cerrando nuestros propios tratos al estilo de Hollywood.

\* \* \*

Por fin veo a Oliver al otro lado de la pista de baile, y cuando nuestras miradas coinciden, se disculpa y viene directo hacia mí.

—¿Puedo hablar contigo un segundo?

—¿Va todo bien? —pregunto.

Frunce el ceño.

—Sí. Es solo que tengo una cosa para ti.

—¿Dónde te has metido? Te he estado buscando.

—¿Sí? —Parece entusiasmado.

—¿Dónde estabas?

—Ya lo verás.

Cuando llegamos a la habitación, Oliver entra y cierra la puerta. El ruido de la fiesta se ve amortiguado en el acto.

—Ven aquí —pide. Tiene la mandíbula tensa, pero los ojos iluminados con una expresión traviesa.

Avanzo hacia él hasta que nos separan escasos centímetros. Sus brazos están a los costados, pero oigo que su respiración se vuelve entrecortada. Me levanta el mentón, pero en lugar de besarme, me recorre con los dedos desde el cuello hasta el hombro. Me baja los tirantes del vestido y dejo que caiga al suelo. Se mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón corto y saca las esposas. Me rodea la muñeca izquierda con una de ellas y la cierra.

—¿Oliver? —De pie en bragas y sujetador, oigo a los invitados al otro lado de la puerta. Me siento electrizada. El ruido sordo de la música, las risas y las voces estridentes.

Cuento con que ahora me esposará la otra mano, lo imagino explorando mi cuerpo mientras yo no lo puedo tocar, su cara entre mis muslos, su lengua dentro de mí. Quiero agarrarlo y que esté encima de mí, dentro de mí ya.

Sin embargo, no me esposa las dos manos ni me tumba en la cama.

Sin dejar de mirarme, me lleva al cuarto de baño, las esposas colgando de mi muñeca izquierda. Mira el frío suelo de mármol.

—Siéntate ahí.

Estoy demasiado excitada para cuestionarlo, es como si seguir sus instrucciones me acercara un poco más a que me toque. Me arrodillo en el duro suelo, mi cara a la altura de sus caderas. La mano que no está esposada va al botón de su pantalón, pero Oliver me detiene. Se arrodilla delante de mí, se inclina y me besa en la boca. Sus labios son suaves y saben a sal, su beso es duro y urgente. Exploto de deseo, volcándome en ese beso. Pero él se aparta deprisa.

—Todavía no —musita, y cierra el otro grillete en una tubería, esposándome al lavabo.

—¿Qué haces?

Oliver se levanta.

—Ahora vuelvo.

Oliver me deja sola. Esposada al lavabo. Oigo la fiesta fuera. Distingo los ruidos. Las risas. Oigo a Natalie Hutton. Y a L'Wren.

Durante los primeros minutos me quedo sentada en el suelo, apoyada en la pared y normalizando mi respiración. Empieza a preocuparme perderme la fiesta de Petra: después de todo, la ha dado por Dirty Diana, ¿no debería estar ahí fuera Diana? Entonces

me doy cuenta de que mi trabajo aquí ha terminado. Margot está atendida y todo el mundo se lo está pasando bien.

Decido probar una cucharada de mi propia medicina: que Oliver me haya esposado a un lavabo, sentirme tan deseada por él y desearlo tan vorazmente a mi vez, esto era lo que quería. Me relajo y disfruto de la sensación, apago el cerebro y me centro por completo en mi cuerpo. El tiempo se ralentiza mientras espero a que Oliver vuelva. Me muevo en el duro suelo, y cuanto más incómoda me siento, más excitada estoy; la sangre me bombea con más fuerza ante la perspectiva de que Oliver aparezca en el umbral. Sin embargo, pasan varios largos minutos y no da señales. Sobre el lavabo hay un espejo circular, enmarcado por una ventana cuadrada de mayor tamaño. La esposa se puede deslizar por la tubería, de forma que me resulta sencillo levantarme y mirar fuera. Miro primero al espejo —estudio mi cara, mis labios hinchados del rudo beso— y después por la ventana. No veo el patio ni a ninguno de los invitados desde donde estoy, pero sí perfectamente la playa. Veo a invitados en el océano, la mayoría a lo largo de la playa, metidos hasta la rodilla en el agua. Y entonces distingo a Oliver, su pantalón corto azul marino. Para mi sorpresa, está jugando al fútbol.

Con Jasper.

Como dos atractivos primos que se han reunido en su jardín de Kennebunkport, libres de toda preocupación.

Oliver se mete ligeramente en el agua para coger una espiral. Debe de saber que estoy mirando. Pues claro. Se quita la camiseta y la tira a la arena, después lanza el balón lejos. Y en lugar de dejar que caiga al agua, Jasper sale corriendo tras él. Lo coge y sale, riendo y empapado, y también se quita la camiseta.

Alguien a quien no reconozco se suma a ellos, y después una cuarta persona, y al final Oliver y Jasper dejan de jugar y suben

hacia la fiesta, Jasper le pasa un brazo por el hombro con naturalidad a Oliver. Cuando se acercan a la casa los dejo de ver.

Vuelvo a sentir el hormigueo en el cuerpo. Oliver viene hacia aquí.

Me siento en el suelo y espero, lo imagino cuando me encuentra: todavía mojado del océano, salado y con el calor del sol en la piel.

Pasan minutos y no llega. En el embaldosado cuarto de baño hace frío, y cambio el peso del cuerpo para intentar ponerme cómoda. Cierro los ojos e imagino a Oliver de camino hacia mí. Me muero de ganas. Me meto los dedos por debajo de las bragas. Los muevo despacio, el calor se va acumulando en mi entrepierna, cuando oigo que se abre la puerta de la habitación. Oliver. Me pongo recta.

—Por fin —digo cuando se abre la puerta del cuarto de baño. Pero quien está en el umbral no es Oliver.

Jasper frunce el entrecejo y ve lo que tiene delante: a mí, casi desnuda, esposada al lavabo. Abre la boca, pero de ella no sale ningún sonido. Por más que quiero desaparecer, cuando clava sus ojos en mí no soy capaz de rehuir su mirada. Se muerde el labio inferior, a sus ojos asoma el deseo. Siento lo mismo en los míos. Pero esto no está bien. Ha habido un error de *casting* y estos ya no son nuestros papeles.

Tengo la boca seca y las mejillas ardiendo.

—¿Te veo en la fiesta? —pregunto, como si acabara de pillarme retocándome los labios.

Sonríe y asiente.

—Ahí nos vemos.

Cuando la puerta de la habitación se cierra, consigo llegar con el pie a la del cuarto de baño y la cierro con fuerza.

Unos minutos después aparece Oliver. Está sudoroso, o puede que sea agua del océano.

—Quítame las esposas. Ahora.

Oliver se detiene, la expresión de sus ojos me dice que me quiere devorar entera.

—¿De verdad quieres que te las quite?

Mi propio deseo de sentir sus manos sobre mí se me pasa por la cabeza, y la sacudo. Oliver se agacha y me coge la tira del sujetador, a su boca aflora una sonrisilla. El deseo me atraviesa. Tan poderoso que lo quiero embotellar y guardarlo para un día oscuro y lluvioso en Dallas después de que el polvo se haya asentado. Cuando no esté medio desnuda y temblando de necesidad en el cuarto de baño de una mansión a orillas del mar.

El sexo es rápido y explosivo. A Oliver se le puso dura en cuanto entró en la habitación, y cuando nuestros cuerpos por fin se unen, después de haber estado esperando lo que me han parecido horas, el placer es abrumador.

—Necesito esto —le digo. Abro las piernas para que pueda penetrarme más dentro, una y otra vez. Intento aguantar, pero la sensación es demasiado intensa.

—Yo también necesito esto —contesta Oliver, y se corre conmigo.

Pasamos el resto de la fiesta como si estuviéramos flotando. Separándonos y mezclándonos con los invitados y después reencontrándonos, rozándonos.

En un momento dado veo que Oliver está absorto en una conversación con Jasper, los dos cerca de la chimenea exterior. Me detengo donde puedo oírlos y descubro que están manteniendo una conversación extrañamente animada sobre zapatillas de deporte.

Cuando la fiesta empieza a perder fuelle, me escabullo para llamar por FaceTime a Emmy. Expresa una breve queja sobre el conjunto rojo, blanco y azul que Vivian la ha obligado a ponerse, pero

después lleva el teléfono a la cocina para presumir de las *cupcakes* rojas, blancas y azules que han hecho. De fondo oigo la propia fiesta de Vivian y Allen y Emmy me dice que se tiene que ir. El abuelo y unas bengalas la están esperando.

Voy a ver cómo está Margot justo cuando sale de su rincón como un oso que hubiera estado hibernando, observa alegremente la fiesta que se ha perdido.

—¡Margot! —la llamo. Levanto un pulgar—. ¿Todo bien?

—Me lo he pasado genial. Y Liam es un tesoro. ¿Nos llamamos para hablar de los detalles la semana que viene?

—Me encantaría.

—Vamos a hacer cosas grandes en este espacio, Diana. Se lo diré a Petra.

Otro pulgar hacia arriba, esta vez con lágrimas en mis ojos.

Voy a la terraza para ver la espectacular fiesta. La playa todavía está llena de invitados felices, y al otro lado de las puertas de cristal una mezcla surrealista de personas bien vestidas bebe cócteles a pequeños sorbos y se limpia la boca con servilletas estampadas con el logotipo de Dirty Diana. Quiero recordar este momento exacto, sola en medio de una multitud, onírico y fugaz. Tras echar una ojeada para comprobar que nadie está mirando, saco el móvil y me hago un selfi.

—Te puedo sacar una foto mejor, si quieres.

—La tengo. Gracias. —Me pongo como un tomate de la vergüenza.

—No te juzgo. Tengo exactamente la misma foto a la puerta de todas las galerías en las que he participado. Es impresionante. Todo esto.

A Jasper se le ha secado la ropa, el oscuro y abundante pelo está en su sitio. Se mece sobre los talones y su boca se curva en una pequeña sonrisa.

—Antes estuve a punto de llamar al 911. Que lo sepas.

Me río, y el rubor me sube hasta la punta de las orejas.

—Gracias. Por velar por mí.

—Diana... —Se detiene, en sus ojos hay una expresión de ternura pura—. Me cae bien Oliver.

—A mí también.

—Ya lo veo. —Después, irguiéndose más, añade—: Pasaos a verme mañana. Estoy un poco más abajo. Puede que saque el barco de mi vecino y vaya a la isla de Santa Catalina. ¿Has estado alguna vez?

—No.

—Podría ser un día divertido. —Y acto seguido dice—: Una cita doble.

—Quizá.

—Venga, ¿dónde está tu sentido de la aventura? —me pincha Jasper—. Oliver diría que sí.

—¿Tú crees?

—Mira —responde con confianza.

Salimos a la terraza y nos asomamos por donde Oliver se ríe con Alicia en la arena.

—¡Eh, Oliver! ¿Quieres ir a Santa Catalina mañana? ¿En el barco de mi vecino?

Oliver bebe un sorbo de cerveza y sonríe.

—Claro, colega.

Jasper se vuelve hacia mí con una sonrisa radiante.

—¿Lo ves? Somos colegas.

Mi fantasía es el cambio. Quiero que todo sea distinto. Quiero que mi novia me toque de otra manera. Quiero sentirme de otra manera cuando me toque. Quiero saber que todavía podemos evolucionar y llegar a ser mejores amantes. Quiero que la muerda una araña radiactiva y se convierta en una superheroína intuitiva del sexo. Quizá así intente hacer algo distinto cuando su cara esté entre mis piernas. Quizá algún día se disfrace de Harley Quinn y me inmovilice desnuda contra la cama.

Tercera parte  
Santa Catalina, California

A la mañana siguiente Oliver está en pie a las 5.30, afirmando que sigue con la hora de Texas. Intuyo que ya lleva un tiempo despierto, rumiando la propuesta de Jasper. Notaba que le estaba dando vueltas cuando estaba acostado a mi lado. Ahora dice como si tal cosa desde el pequeño cuarto de baño:

—Deberíamos ir. Siempre he querido ver Santa Catalina. —Como si la isla fuese Maui o Mónaco.

Petra se entera del plan y prácticamente reserva el hotel y nos hace la maleta para pasar la noche.

—La fiesta fue todo cuanto esperábamos. Brindamos por Dirty Diana, nos divertimos y Margot y sus montones de dinero quieren trabajar con nosotros. ¡Idos!

Jasper nos dice que su cita ya está en la isla, así que en el barco solo iremos nosotros tres. Pese a todo lo que presiento que está mal, y son muchas cosas, curiosamente la sensación también es buena. Estos dos hombres, juntos aquí: uno atrevido e impredecible; el otro sensible y bondadoso. Han hecho un esfuerzo por llevarse bien. Por mí. No estoy segura de entenderlo del todo, pero intento apreciar el gesto. Nunca he oído mencionar a ninguno de los dos que les interese la vela y, sin embargo, ayer, en la fiesta —después de que agotaran el tema de jugadores de fútbol preferidos— se pasaron una hora fantaseando con vivir en un barco. Oliver pasó un verano en un campamento de vela cuando era adolescente. Jasper aprendió a navegar durante un viaje de dieciocho días desde México

hasta la Polinesia Francesa. De pequeños los dos soñaban con navegar solos hasta una isla remota. Como Robert Redford en *Cuando todo está perdido*.

Mientras Jasper controla el timón, Oliver está de pie junto al mástil, admirando la vastedad del océano Pacífico. El viento nos alborota el pelo, y a nuestro alrededor el agua refulge. Si ello hace que alguien más se sienta electrizado, no lo comparto conmigo. Somos como tres amigos felices sin pasado, que se han hecho a la mar para vivir un día de aventura. A medida que nos acercamos a Santa Catalina, en cierto modo esta nueva historia que tenemos empieza a encajar. Hemos izado las velas y tenemos buen viento, y en cuanto empieza a haber más oleaje, Oliver se vuelve hacia mí, de pronto está pálido.

—Las olas.

Jasper va hacia él.

—¿Te encuentras bien, colega?

Me debato entre reconfortar a mi marido y tomar el timón. Jasper decide por mí.

—Mantén el rumbo. —Cuando voy a objetar, añade—: Es igual que un coche.

Oliver se vuelve hacia Jasper, ligeramente avergonzado.

—No suelo marearme en el mar —asegura.

—Le pasa a los mejores —le asegura Jasper—. Sigue respirando hondo.

Oliver se agarra a la baranda y Jasper le pone una mano en los riñones.

—Se te pasará —afirma Jasper. Está siendo atento, como solía serlo conmigo. Al cabo de unos minutos, Jasper toma de nuevo el timón. Me siento al lado de Oliver y este descansa la cabeza sobre mi regazo. Cierra los ojos y toma bocanadas de aire fresco. Ya tiene

la cara rosa del sol, lo que resalta sus ojos verdes azulados. Le acaricio el pelo, en el que el sol ha arrancado reflejos cobrizos. Al mirar a Jasper, veo que nos está observando a los dos.

Cuando nos aproximamos a la isla, el práctico, un hombre joven, navega a nuestro lado. Pide el número de reserva y nos dirige hacia los amarres con una sonrisa afable. Desembarcamos en una población costera pintoresca, de piedra. Oliver encuentra un banco en el que sentarse y Jasper y yo vamos a por café. Cuando volvemos, Oliver ha revivido y se está comiendo una bolsa de caramelos masticables.

Enfilamos una acera abarrotada, voy cogida del brazo de Oliver, y luego, cuando casi nos perdemos entre el tráfico peatonal, me cojo con el otro a Jasper. Todavía tengo en el cuerpo la agradable sensación del constante balanceo del barco. Noto que el pavimento se ondula bajo mis pies al caminar. Pasamos por delante de varias heladerías y echamos un vistazo a un arte marino que no se puede enmarcar. Jasper sostiene en alto un trozo de madera envejecida en la que han grabado EL AMOR CRECE AQUÍ. No sé si me gusta. El encanto del día me resulta inquietante.

El aire huele a fritura y a mar. Paramos a comer unos tacos de pescado y cerveza fría en un restaurante con un gran patio abierto. Al ver cómo empiezan a conocerse Jasper y él, caigo en la cuenta de que ha pasado algún tiempo desde la última vez que Oliver hizo un nuevo amigo. Siguen descubriendo nuevos temas, nuevas cosas que tienen en común. Y justo cuando empiezo a tener la sensación de estar de sujetavelas en la cita de otro, me percató de que uno de los dos me mira, con un fugaz destello de deseo.

—¿Cuándo conoceremos a Kendra? —le pregunto a Jasper.

—Esta noche. Si tenéis ganas de fiesta.

—¿Kendra es tu novia? —inquiérese Oliver.

—Sí. —Jasper llama a un camarero y pide una botella de vino blanco—. Más o menos. También es mi agente. Es una larga historia.

Nuestro camarero sirve un poco de vino a Jasper para que lo pruebe.

—Mmm. Me gusta. ¿Tú qué dices?

Jasper le pasa su copa a Oliver, que bebe un sorbo, colocando los labios exactamente en el mismo sitio. Recuerdo una época en la que a Oliver ni siquiera le gustaba compartir el vaso con Emmy, receloso de sus gérmenes de preescolar.

—Muy bueno —afirma Oliver, que me da la copa. Bebo un sorbito. Está sorprendentemente rico, frío y con un toque cítrico. Puede que sea el lugar. Puede que todos nos hayamos relajado y disfrutemos de una dicha inspirada por California.

Bebemos vino y nos reímos como si fuésemos viejos amigos. Oliver cuenta anécdotas de cuando jugaba al fútbol americano en el instituto. Jasper se inclina hacia delante.

—¿Te eligieron rey y fuiste al baile de graduación con la reina del baile?

—Íbamos muy emperifollados. —Oliver suelta una risita.

—Y ¿qué está haciendo ahora? ¿La reina del baile?

—Pues se puso en contacto conmigo hace unos años. Quería quedar para tomar algo. Se acababa de divorciar.

Me siento derecha y miro a Oliver.

—Eso no me lo contaste. ¿Te llamó?

—Lo sé. Lo siento. —Oliver parece avergonzado.

—¿Quedaste con ella?

—Lo siento mucho. La verdad es que sí. —Su tono es tan alegre, como un niño al que hubieran pillado haciendo algo bueno, que todos nos reímos como si fuera lo más divertido que hemos oído

nunca—. Tomamos algo en el Mansion, en Turtle Creek. Sentía curiosidad.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Supongo que... por saber si me miraría como antes.

—Y ¿te miró así?

Oliver asiente.

No lo puedo evitar: me pongo celosa.

—Y ¿no pasó nada?

—No, claro que no. —Me aprieta la mano y suspira—. Solo quería recordar lo que se sentía.

Oliver cambia de tema y se centra en la vida de Jasper. Quiere saber si a Jasper le preocupa que pueda echar a perder la relación con su agente al salir con ella, pero Jasper se ríe.

—Oliver, no estoy intentando triunfar en Hollywood. La verdad es que solo firmé con Kendra con la esperanza de salir con ella. No he sacado de ello ni una sola reunión, pero conoce las mejores fiestas. Ahora mismo está persiguiendo a Ricky Mazar. —Acto seguido añade, por mí—: La estrella del fútbol. Me ha pedido que la ayude a conseguir que fiche con ella, ¿sabes? Le gusta que esté a su lado para que quede bien. Es divertida. Os va a encantar.

Nuestro hotel es un edificio achaparrado cuyo telón de fondo son las colinas cubiertas de maleza. Tiene una especie de suavidad angelical bajo la luz de la tarde. El cielo está teñido de rosa. Vamos a nuestras respectivas habitaciones a darnos una ducha y cambiarnos de ropa. Kendra nos ha invitado a todos a una fiesta en una casa en la colina. Promete que estará llena de jugadores de fútbol, incluido Ricky Mazar, por supuesto, y quizá alguno de sus compañeros de equipo.

Oliver está absolutamente entusiasmado, y algo chispado de la comida, cuando sacamos la ropa y la ponemos en la cama.

—Me cae bien Jasper —afirma Oliver.

—Ya lo veo.

—¿Sí?

—Es majo.

—¿No es raro?

—No.

—Lo entendería. Si siguieras sintiendo algo por él. —No lo dice con tono de acusación, ni de celos. Tan solo de intriga.

—Me gusta estar con él —admito—. Pero no siento la misma necesidad.

Oliver sonríe.

Paso más tiempo en la ducha que de costumbre. Me rasuro y me exfolio cuidadosamente la piel hasta que la noto sedosa al tacto. Me seco el pelo y me tomo mi tiempo para ahumarme los ojos.

Podemos ir andando a la fiesta, que se celebra en una casa grande, con numerosos niveles excavados en la ladera de la isla. Cuando entramos, la iluminación es tenue, y da la impresión de que la fiesta lleva días celebrándose. Se ven prendas de ropa y cócteles abandonados en todas las superficies. Todas las camas están deshechas, las sábanas de satén resbalan por ellas, y hay toallas mojadas en los taburetes del bar, los brazos de los sofás y las tumbonas de fuera. Por el gran jardín han tirado colchonetas de banco alargadas de rayas.

Varios camareros con pajarita caminan con soltura alrededor de la piscina; bandejas de plata y copas de champán sugieren cierta formalidad, pero el *dress code* es caótico: hay personas trajeadas,

vestidos de cóctel o bikinis y pantalón corto y chanclas. A estas alturas cada cual ha hecho suya la fiesta.

Una mujer corre a nuestro encuentro y le pide un favor a Jasper. Lleva el pelo castaño claro recogido en alto con una cinta de terciopelo. Su blusa verde oscura resalta sus ojos. Jasper se ríe.

—Esta es Kendra —dice justo cuando ella alarga el brazo para estrecharle la mano a Oliver. Este sonríe, y su cara se tensa. Apenas resulta perceptible, pero veo que le cae mal en el acto.

—Encantada de conoceros —dice, y acto seguido se vuelve hacia mí—. Perdonad el caos. —Suelta una risita—. Esta gente es bastante revoltosa.

Un hombre alto, con una cara atractiva como de halcón, aparece a su lado y ella se ríe nerviosamente de nuevo.

—Justo la persona a la que me refería. —Nos presenta al jugador de fútbol del que tanto hemos oído hablar—. Este es Ricky —dice, y parece muy orgullosa de él.

Poco después de las presentaciones, Oliver se lanza a hacerle una compleja sarta de cumplidos. Por lo visto, recuerda los partidos recientes de Ricky con un grado de precisión alarmante. Incluso Jasper se acuerda perfectamente de varias jugadas. Kendra ríe con estridencia cuando se dan el gusto de recrear con gran entusiasmo uno de los peores momentos del partido y acto seguido cambia de tema hábilmente.

—Mañana hay cambio de planes —informa a Jasper—. Ricky ha conocido al capitán de un velero que perteneció a Spencer Tracy. Se ha ofrecido a llevarnos alrededor de la isla.

—¿Un velero? —inquieta Jasper.

—No es muy lujoso, pero sí antiguo y bonito —responde Kendra.

—Saldremos después de comer —anuncia Ricky mientras se sirve lo que queda de una botella de champán—. Comemos en la mejor

hamburguesería de la isla y hacemos una excursión en un velero.

Kendra mira a Jasper con gran intensidad. Le pone una mano suavemente en el pecho.

—Espero que vengas con nosotros. —Después se vuelve hacia Ricky y se coge de su brazo—. Tengo que presentarte a unas cuantas personas más y se acabó, te lo prometo. —Rick la sigue obedientemente. Jasper, Oliver y yo encontramos un sitio para sentarnos junto a la piscina. Jasper se acomoda en una tumbona junto a la mía y a continuación se levanta y va en busca de Kendra. A través de las cristaleras de la casa veo que la sigue dando la vuelta al enorme salón mientras ella presenta a Ricky a un grupo de invitados tras otro.

Me estiro en la tumbona y escucho a un grupito de mujeres. Intento establecer la relación que las une mientras compensan la efusividad con la que se expresan hablando en susurros. Me doy cuenta de que, por lo visto, no se conocen. Solo están completamente pedo.

Oliver me agarra el brazo. Tiene cara de haber visto a un fantasma y me aprieta los dedos. Un camarero con una americana negra corta le da otra copa de champán. Oliver pega su boca a mi oído y me dice:

—Es Harrison Ford... o da lo mismo. No. Creí que era él.

El vino que tomamos antes no ha surtido ningún efecto en mí, como si, de alguna manera, estar con Oliver y Jasper a la vez me hiciese estar alerta. Decidida a emborracharme, me preparo una gran copa de vodka con tónica y después voy a la casa para echar un vistazo. Hay un cuadro impresionante encima de una de las chimeneas; pequeño y abstracto, de vivos colores, pero en las plantas de abajo solo veo una colección de grandes carteles de películas de cine enmarcados, nada especial. Vuelvo al vivo lienzo

que vi en el salón. Tengo la sensación de que debería saber de quién es, pero no caigo.

—Es un Helen Fread —me dice Jasper, que de repente está a mi lado—. Tenía ochenta y tantos años cuando lo pintó. —Lo contemplamos juntos unos instantes y después me pasa un brazo por la cintura y me lleva a la habitación contigua. Por los enormes altavoces del rincón sale una música alta y alegre y hay varias parejas bailando. La mujer del fular azul a la que vi antes ahora lleva el pañuelo con dos vueltas alrededor del cuello mientras zigzaguea y se choca, borracha y sin el menor rubor, con Jasper. Él sonríe y me aparta con delicadeza de su camino, estrechándome contra él alegremente y con seguridad—. Me encantan las fiestas —asegura. Volver a estar cerca de él es una sensación agradable. Como recordar lo mejor de unas vacaciones. Nos sentimos cómodos en brazos del otro. Y soy perfectamente consciente de las miradas de envidia que nos lanzan otras mujeres. Siempre será admirado.

—Me cae bien tu marido —comenta Jasper.

—Él me ha dicho lo mismo de ti.

—Es raro que nos llevemos tan bien.

Sonrío, pero no digo nada, me muevo con él al ritmo de la música.

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita? —pregunta Jasper—. ¿Estás urdiendo un plan peligroso?

—Quizá el del plan seas tú.

—Quizá el del plan sea Oliver.

Ahora Oliver también está bailando con los demás invitados. Se ríe, tiene la cabeza echada hacia atrás, hacia el estrellado cielo, como si lo estuviera pasando bien de verdad.

Jasper busca a Kendra detrás de mí. Tiene un pequeño moratón en el lado izquierdo de la barbilla.

Vuelvo la cabeza y la veo, mostrándose encantadora con un nutrido grupo de gente. «Ay, Jasper», pienso. Veo que empieza a hacerlo sufrir el abandono de Kendra.

—Esta canción es lo puto más —afirma Jasper. Me apoyo en él, permitiéndome imaginar otro momento, otro lugar, en el que podría levantar el mentón y buscar sus labios, besarlos con suavidad. Jasper lo presiente y busca inmediatamente a Oliver—. ¿Dónde está nuestro amigo? —inquire, y le hace una señal a Oliver para que se una a nosotros—. Bailad, tortolitos —invita Jasper, y le da unas palmaditas en la espalda a Oliver—. Vuelvo ahora mismo.

Por lo general, Oliver cuando bebe se pone mustio. Susceptible y sentimental. Pero esta vez tiene los hombros echados hacia atrás, no caídos. Me estrecha contra él. Los ojos le brillan. Se siente vivo. Como si en cuanto nos besemos vayamos a combustionar y rompernos en mil pedazos.

—Me ha gustado veros bailar —observa Oliver.

—¿Sí? —Ladeo la cara y la apoyo en su pecho, respiro hondo.

Tras bailar dulce y descoordinadamente una canción lenta, Oliver y yo salimos fuera para tomar otra copa y relajarnos junto a la piscina. Oliver se pone a hablar con una mujer que lleva un vestido de flores azul. Yo me siento y cierro un instante los ojos. Me asalta una imagen de Jasper del pasado, de la primera noche que lo conocí de verdad: estaba trabajando en el cuarto oscuro de la casita de Santa Fe. Sé que esto está pasando porque hace un momento estaba bailando con él, porque ahora me vuelvo a sentir cerca de él o recuerdo esa sensación. Es fugaz, pero agradable.

—Me gusta Los Ángeles —oigo que le dice Oliver a la mujer—. No hay una idea preconcebida de nadie. En las vallas publicitarias hay imágenes de personas que se han transformado, no abogados medio calvos especializados en accidentes como en Texas. —Oliver se

vuelve para mirarme—. Tengo una idea. Deberíamos venir a vivir aquí —propone. El tono sobrio me hace reír—. Lo digo en serio —insiste.

—Es la tercera vez que me dices eso esta noche. A ver cómo nos sentimos por la mañana.

—¿Ya te lo he dicho? —Oliver vuelve a centrar su atención en la otra mujer—. Todavía no la he convencido —asevera.

—¿Vais a ir a ver los bisontes mientras estéis aquí? —nos pregunta—. Se mueven libremente. Todo empezó cuando trajeron aquí catorce bisontes de un rancho texano en los años veinte para hacer de extras en una película de Hollywood, y aquí se quedaron. Atrapados en la isla.

La fiesta continúa ruidosamente. A eso de la una de la madrugada uno de los camareros va pasando una bandeja de minisándwiches.

—¿Son los sándwiches que se sirven con el té? —le pregunta una mujer alta con un vestido de tela de rizo y chanclas.

—Cuadraditos de *focaccia* —le contesta el camarero.

—Vaya, ojalá fuera pizza —comenta alguien.

Otra persona se tira a la piscina completamente vestida y cerca un camarero se quita la ropa y está a punto de imitarla. Es lo bastante tarde como para que solo queden los que están muy borrachos, la mayoría enrollándose entre sí.

Paso por delante de un rincón oscuro y veo que la mujer de las chanclas se ha pegado contra alguien y le acaricia el cuello con la nariz. En otro rincón oscuro me sorprende solo ligeramente ver a Kendra con los brazos alrededor del cuello de Ricky, besándolo apasionadamente.

En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo al sitio en el que vi a Jasper por última vez, lo que hace que recorra la mayor parte de la casa. No hay ni rastro de él. Solo cuando casi he llegado a la puerta principal lo veo en el pasillo.

—Creo que lo suyo es que me vaya a la francesa —dice cuando me uno a él. Se ha enrollado en el cuello un largo fular verde y está pálido.

Vamos a por Oliver y hacia la puerta. Una vez fuera, bajamos corriendo el camino de acceso como si alguien nos persiguiese. Recorremos calles residenciales de regreso al centro de la ciudad. La noche es cálida. La luna llena brilla con fuerza. Me quito los zapatos de tacón para no quedarme atrás. Todavía nos desmelenamos, me digo. En una etapa de la vida posterior a lo que habría imaginado cuando era joven. Cuando por fin me detengo para recuperar el aliento, me doy cuenta de que estamos en la arena. Solos. En una pequeña cala, oculta al resto de la isla.

Oliver sonríe, sigue eufórico por la fiesta y me abraza para darme un beso. Noto el champán en sus labios.

Jasper está sentado en una piedra, observándonos, la luz de la luna permite ver su marcada mandíbula.

—Ojalá tuviera mi cámara —dice.

—¿Alguien quiere? —Oliver nos ofrece una botella de champán.

—¿La has mangado? —pregunto, sorprendida.

—Eh, que Jasper se ha llevado un fular.

—Lo devolveré —promete mientras se echa hacia atrás y sonríe al cielo—. Lo juro.

Bebo un largo sorbo de champán y noto las burbujas en la garganta. Después le paso la botella a Oliver, que se la pasa a Jasper. Voy hasta la orilla del agua.

—Quiero nadar —afirmo.

—Ten cuidado —advierte Jasper, pero está sonriendo—. Hay tiburones.

—¿En serio?

—Grandes blancos.

No sé si es verdad, pero el champán me dice que de todas formas no pasa nada.

—No me alejaré mucho.

Me quito el vestido por la cabeza y lo dejo en la arena. Me siento joven y fuerte. Como si pudiera volver a nadar hasta Malibú si quisiera. Y cuando veo cómo me miran Jasper y Oliver, me entran ganas de quitarme más ropa. Juego con la fina tira del sujetador, provocando. Oliver exhala con suavidad. Me desabrocho el sujetador y lo dejo caer en la arena. Mis pechos están a la vista, el aire frío hace que los pezones se me pongan duros. De pronto echo de menos Texas. Las noches de pleno verano en las que el aire es como un abrazo cálido. Me inclino y me quito las bragas, de manera que estoy completamente desnuda a la luz de la luna.

—¿Venís? —les pregunto.

Sin vacilar, Oliver se desabrocha la camisa, se libra del pantalón vaquero y me sigue al agua como si no quisiera perderse la diversión. La impresión del agua fría es como darse un baño helado. Me sumerjo y cuando subo a la superficie veo que Oliver está a mi lado. Sus fuertes brazos me estrechan. Noto lo excitado que está.

—¿Cómo es posible que seas tan sexy? —pregunta.

Le rodeo la cintura con las piernas y pego mi pecho al suyo.

—Dame calor. —«Nadie se dará cuenta», pienso, «si bajo la pelvis para recibirlo. Nadie se dará cuenta».

—¿Cómo está el agua? —inquire Jasper.

—Ven a averiguarlo —contesto.

Jasper sacude la cabeza, bañado por la luz de la luna, y empieza a desvestirse. Sus hombros son anchos y perfectamente definidos. Mientras viene hacia nosotros dando zancadas, moviendo los poderosos brazos, Oliver se vuelve hacia mí y musita:

—¿Qué está pasando?

—¿Es que importa?

—No.

Jasper se mete bajo el agua y viene hacia nosotros. Se detiene cerca. Tiene las pestañas y el pelo negros y mojados. Nadie habla, pero oigo la respiración de los tres. El deseo me arrolla. Una sensación de plenitud entre las piernas. Cojo la mano de Jasper y lo atraigo hacia mí y hacia Oliver, el calor que desprende su cuerpo nos calienta como si fuese el sol. Después beso a Oliver. Sus manos todavía me sujetan las caderas. Nuestro beso es intenso inmediatamente, el beso urgente de dos personas que se están despojando de las que eran antes.

Me vuelvo hacia Jasper, con aire vacilante... Uno de ellos me parará los pies si he ido demasiado lejos. Sin embargo, recibe mi beso con tal pasión que veo colores. Vivas explosiones rojas y anaranjadas aparecen ante mis ojos cerrados.

Luego beso a Oliver. De nuevo a Jasper. Hay tan poco espacio entre nuestros labios que los besos se funden, se convierten en un beso prolongado, y solo los distingo por la incipiente barba y el ligero sabor a whisky en los labios de Jasper. La sensación es de vértigo y mareo, caminamos por una línea que antes era recta y ahora se curva. El agua salada moja nuestros labios.

Empujo a Jasper y a Oliver hacia el otro. Su nariz se roza. Sus labios están tan cerca que respiran el mismo aire. Entonces Jasper ladea con suavidad la barbilla de Oliver hacia su boca y lo besa. El beso empieza con delicadeza y se torna poco a poco algo más

urgente, su lengua se entrelaza con deseo. Nunca he estado más excitada. Después de un largo minuto se separan; en sus ojos, una expresión desenfundada, a la espera de la siguiente orden.

—Vamos al hotel —propongo.

Nos vestimos en silencio en la playa, la ropa se pega a nuestro cuerpo mojado. Hacemos el camino de vuelta al hotel sin hablar. Dejamos atrás a parejas jóvenes que salen de los bares y recogevasos que cuentan las propinas. Cuando llegamos a nuestra habitación, Oliver abre y entro. La acaban de limpiar y la cama está hecha perfecta.

Jasper se detiene en el umbral. El corazón me late con fuerza de la expectación, y pensar en el rumbo que podría tomar esta noche hace que me sienta aturdida. Entonces Oliver abre más la puerta despacio, a modo de invitación. Jasper va directo al minibar.

—¿Qué queréis tomar? Tengo Crown o vodka.

Brindamos con las botellitas de alcohol y nos las bebemos. El whisky me abrasa la garganta. Me imagino flotando sobre nosotros tres como un fantasma. Oliver y Jasper se miran, expectantes, pero todavía no se mueven.

Me subo el vestido despacio, dejando a la vista mis bragas de encaje, aún mojadas tras bañarnos en el mar. Me siento en el borde de la cama y abro las piernas, desafiando a que uno de los dos me toque. Oliver se mueve primero, los ojos rebosantes de deseo.

—Me estás matando.

Me quita el vestido por la cabeza, me baja las bragas de encaje y las lanza a la maleta abierta. Se arrodilla delante de mí y mis piernas abiertas comienzan a temblar. Oliver tiene el control absoluto. Me atrae tanto su seguridad que casi se me olvida que Jasper está en la habitación. Pero entonces noto un aliento cálido en la nuca. Jasper

me está besando tiernamente el lóbulo de la oreja, luego lo succiona de ese modo que sabe que me vuelve loca.

—Estás tan mojada... —dice Oliver.

Lanzo un suspiro de placer cuando Jasper ocupa la posición de Oliver entre mis piernas y me las abre más todavía. Me tiendo en la cama, con Jasper entre mis piernas y Oliver mirando. Cuando noto el aliento tibio de Jasper en la cara interior del muslo, cierro las piernas instintivamente. Las pequeñas dudas vuelven. Hemos ido demasiado lejos. Después no habrá vuelta atrás. «Sucia.»

Pero cuando miro a Oliver, la expresión de sus ojos no es dura. Me pasa una mano por el pecho, me baja el sujetador, me estruja el pecho al descubierto y después masajea entre sus dedos el pezón. Siento una oleada de excitación: mi marido da permiso a mi amante para que me satisfaga. Las dudas se desvanecen y mi cuerpo se abre como una flor. Jasper me mete la caliente lengua y yo gimo de placer. Me da lo mismo si despierto a los otros huéspedes.

—¿Te gusta eso? —me pregunta Oliver, sin apartar ni un segundo la vista de la boca de Jasper.

—Sí —contesto, desesperada por sentir más la lengua de Jasper dentro de mí, el suave raspar de su incipiente barba entre mis piernas.

Oliver se inclina hacia delante, la boca relajada, y mira mientras Jasper me lame de arriba abajo con toda la lengua. Con una mano, toco la erección de Oliver a través del pantalón vaquero; con la otra le paso los dedos por el pelo mojado a Jasper, sonriendo mientras él me devora.

—Díselo. Dile que te gusta —pide Oliver con voz bronca.

—Me gusta —admito. Jasper mira a Oliver, tiene los labios mojados. Oliver alarga un brazo por encima de mi cuerpo y me separa más las piernas para que Jasper me pueda tomar entera en

su boca. Cuando lo hace, es Oliver quien gime. Mis ojos escudriñan su cara. Tiene las mejillas rojas, el sudor le perla la frente—. ¿Quieres que me corra? —le pregunto, sin aliento.

—Mucho... —afirma.

Oliver se inclina sobre mí y me besa mientras Jasper me masajea, metiendo y sacando los dedos de mi sexo rítmicamente. Siempre ha sabido cómo tocarme. Es su superpoder desde que nos conocimos. Un conocimiento innato de cómo funcionaba mi cuerpo. Mi espalda empieza a arquearse y ponerse rígida mientras mi orgasmo va tomando forma poco a poco, más intenso que nunca, pero no puedo permitir que la noche termine. Necesito más.

—Quiero follar a mi marido, ahora —les digo, y me arrodillo en la cama. Oliver se quita los vaqueros, ocupa mi lugar en la cama y se tumba—. Y quiero que tú también te quites la ropa —le digo a Jasper.

Jasper obedece, se quita la sudadera y tira el pantalón encima de la ropa que se ha quitado Oliver. Sonríe al ver el montón de prendas, enmarañadas en el suelo de la habitación de hotel.

—Joder, eres tan sexy. —Oliver se acaricia y vuelve a tener la polla dura en cuestión de segundos. Cada parte de mi cuerpo necesita ser llenada, así que me siento a horcajadas sobre él y la guío hacia mi sexo. Mis manos descansan en su pecho desnudo. Mi respiración se vuelve entrecortada. Lo monto con fuerza cuando sus manos agarran las sábanas. Y al levantar la vista, veo a Jasper. Nos miramos a los ojos cuando presiono las caderas contra Oliver, jugando con ritmos y velocidades distintas. Jasper sonríe, sus ojos se iluminan cada vez que gimo. Se inclina para poder besarme. Mis labios se unen a los suyos, dejando que Oliver se salga de mi cuerpo, mi deseo goteando en su estómago, mis piernas a ambos lados de él.

Desesperado, con ganas de más, Oliver baja el cuerpo hasta que su cara queda entre mis piernas mientras Jasper me acerca a él y nos fundimos en un largo beso.

Me siento idolatrada. Siento que soy el centro de su atención.

Vuelvo a bajar sobre Oliver y saboreo la sensación de volver a tenerlo dentro de mí, lo monto lenta y metódicamente, tratando de hacer que la euforia dure toda la noche.

—Diana —gime Oliver.

Subo la pelvis hasta rozar su parte más sensible y desciendo despacio otra vez. Jasper se sienta justo detrás de Oliver, se acaricia mientras nos mira. Oliver hace una mueca de placer y ladea la cabeza, una planta que gira hacia el sol, y la erección de Jasper le roza la mejilla.

Nos pone a los tres a mil.

Oliver me agarra por las caderas, hunde la punta de los dedos en mi culo para clavarme a él. Relajo mi cuerpo más todavía para que entre más en mí. Si pudiera follarlos a los dos a la vez, lo haría. Soy el centro de su mundo. Jasper y Oliver volcados en mi placer.

—Eres preciosa. —Jasper está a punto de correrse.

Pero es Oliver quien empieza a palpar dentro de mí. Está mirando al espejo que hay sobre la cómoda, el reflejo de los tres cuerpos desnudos. Para que no termine, freno en seco la noche, dejando que Oliver se salga de mí, para que podamos empezar de nuevo y volver a este mismo sitio. Rebobinar la cinta hasta el momento en que nos abandonamos a los otros por primera vez y ponerlo una y otra vez hasta que explotamos. De vuelta a la pista de baile, al océano, al instante en el que Oliver abre la puerta unos centímetros más.

Necesito estar con los dos. Se acabaron los turnos. Esperar pacientemente al otro. La fuerza que nos atrae es demasiado

poderosa. Me tumbo junto a Oliver en la cama y acto seguido Jasper se tiende a mi derecha. Oliver está a mi izquierda. Y en cuestión de segundos la organización de nuestro encuentro amoroso se desvanece y nuestras extremidades se enredan. No distingo el cuerpo de Oliver del de Jasper mientras el calor de ambos se me mete en la piel. Estoy entre sus cuerpos firmes y el mundo desaparece como por arte de magia. Allá donde miro hay músculo y carne, dándome placer, entrando y saliendo de mí, besándome en sitios que estaban cerrados y ahora están abiertos. Sus gemidos se funden y resuenan en mi cabeza. Mis propios sonidos son irreconocibles, guturales y carnales. Manos y labios mojados deambulan por mi cuerpo, explorando cada centímetro, cada una de mis curvas. Explosiones de placer repentinas e intensas vuelven resbaladizos nuestros cuerpos y nos unen.

Nos corremos en oleadas, caemos en un éxtasis profundo, subimos a la superficie y necesitamos más todavía. Nuestro calor. Nuestra humedad. Nuestra dureza y nuestra suavidad. Esta noche me tienen los dos. Y yo los tengo a ellos.

A la mañana siguiente me despierto antes que Oliver. Tengo el cuerpo entero soñoliento y saciado, con la sensación de haber pasado un largo día al sol. Los detalles de esa noche me arrollan en vivos *flashazos*. Me acurruco contra el pecho de Oliver y él me atrae aún más hacia sí, me besa en la coronilla.

—Buenos días —digo.

—Buenos días —contesta.

Estamos bien. Somos inquebrantables. La sensación es magnífica.

—Ayer... —empiezo, pero no termino la frase.

Oliver sonríe.

—Ayer... —repite.

—¿Te lo pasaste bien?

—Sí. ¿Tú?

—Sí.

—¿Hace falta hablar de lo que significa? —pregunta.

—Puede que signifique que nos gusta pasarlo bien.

Unos golpecitos en la ventana de la habitación interrumpen nuestra charla. Es Jasper. Recién duchado y todo sonrisas.

—Hola, amigos —saluda.

—Buenos días.

—¿Qué tal estamos esta mañana?

—Bien —contesto—. ¿Y tú?

—Una noche de sueño muy reparador —afirma Jasper.

Oliver sonríe con indolencia y se restriega los ojos.

—Nosotros también, colega. —Se levanta y abre la puerta para que Jasper pueda asomar la cabeza.

—Ha venido mi amiga Gina. Llegó esta mañana. Vamos a llevar el barco a Palos Verdes y pasar allí unos días. ¿Os apetece?

Miro por la ventana y veo a una rubia esbelta que desliza un dedo por el teléfono. Levanta la cabeza y sonríe. Oliver me mira y enarca las cejas.

—Suenan estupendo, pero tenemos que volver a Texas —responde.

Jasper nos guiña un ojo, se acerca a Gina y le pasa un brazo por la cintura.

—*Arrivederci!* ¡Siempre nos quedará Santa Catalina! —exclama mientras se dirigen hacia la escalera que baja hasta el mar.

Oliver se tumba de nuevo en la cama y me coge la mano.

—¿Cuándo la conoció?

—¿Estás celoso? —bromeo.

—Creo que no —contesta, aunque da la impresión de pararse a pensarlo—. ¿De dónde saca la energía?

—Así es como se enfrenta a todo —respondo.

Cuarta parte

En casa

De camino al aeropuerto, Oliver y yo pasamos a ver a mi madre. Su apartamento está en un típico edificio californiano bajo y rectangular, rosa, de los años cincuenta y con las plazas de aparcamiento debajo. Le llevamos su café de Starbucks y *muffins* de arándano y ella nos enseña el lugar en un momento. La decoración es tan variada que allí podría vivir prácticamente cualquiera. Un teclado musical de segunda mano coge polvo en el rincón, sobre el sofá cuelga una lámina enmarcada de una película francesa de la *nouvelle vague* y en la encimera de la cocina hay una batidora americana cara.

No hay ninguna fotografía de Oliver, de Emmy o mía. Mi madre decidió hace mucho tiempo que ese papel no era para ella, y no pasa nada. No supo sobrevivir de otra manera. «Así es como se enfrenta a todo.» Empieza a ser un ritual decirme esto. Mira la bolsa de *muffins* y suspira.

—Son demasiadas. Las congelaré y las desayunaré toda la semana.

Sonríó al oír la pulla que lanza en el último minuto. Quiere que sepamos que hemos comprado una cantidad exorbitada, un derroche de *muffins*. Y por lo visto a nosotros no nos importa. Muy bonito, quiere decir. Sin embargo, ella y yo nos abrazamos para despedirnos sin excesiva tensión y después nosotros reanudamos nuestro camino al aeropuerto.

Los padres de Oliver y Emmy llegaron a Dallas ayer por la noche y ya han llamado para advertirnos de que hace un tiempo espantoso; según la previsión meteorológica hará viento y granizará. Conseguimos despegar a la hora prevista, pero el vuelo es más movido de lo que me gustaría. Oliver me recuerda que respire cuando atravesamos turbulencias.

—No pasará nada. Estos aviones pueden prácticamente con todo.

El servicio de a bordo se cancela durante el resto del vuelo, así que estudio la cara de los auxiliares de vuelo para ver si hay algún motivo para entrar en pánico. Si parecen preocupados, yo también me permitiré preocuparme. Pero ni siquiera pestañean durante las turbulencias. Una de las chicas casi ni levanta la vista del libro que está leyendo.

Al aterrizar nos enteramos de que han emitido un aviso meteorológico en Dallas, además de una alerta por tornado. Potentes ráfagas de viento sacuden nuestro taxi por la autopista cuando nos dirigimos a casa. Las vallas publicitarias que anuncian casas de empeños y la lotería del estado de Texas hacen que eche de menos Los Ángeles. Lo mejor de volver a casa es Emmy, que nos está esperando a la puerta. Corre a mis brazos, el viento le sube tanto el vestido que le tapa la cara.

—Las flores se han quemado —anuncia. Tiene razón. Las flores que Oliver plantó para mí antes de irnos no han podido sobrevivir al calor de julio y ahora solo son tallos secos, carbonizados.

Damos las gracias a los padres de Oliver por hacer tan buen trabajo y los metemos deprisa en su coche antes de que el tiempo empeore. Justo cuando se van, el viento arrecia un poco más. Unas contraventanas de madera se sueltan y salen dando botes por nuestra calle sin salida.

—No será barato —comenta Oliver.

—¿Esperamos a que pase en el sótano? —le pregunto.

—No creo que sea para tanto.

Sin embargo, sendas alertas en nuestros teléfonos nos dicen lo contrario. Llamamos a los padres de Oliver para asegurarnos de que han llegado a casa sanos y salvos y esperamos a que la tormenta amaine en nuestro oscuro sótano, sonriendo alegremente por Emmy. Después de jugar cinco partidas al UNO y tres confusas rondas de Exploding Kittens, salimos. En la casa reina una calma inquietante. Oliver y yo nos ponemos a deshacer las maletas, encender televisores y llenar la casa de ruidos que sirvan de distracción.

Metemos a Emmy en la cama y yo me pongo el pijama y me lavo los dientes. Cuando vuelvo a nuestro dormitorio, Oliver está tumbado en la cama viendo Netflix y a mí me sacude la familiaridad de la escena. ¿A qué vida estoy volviendo? Estábamos tan cerca de sentir algo distinto, de sentir que en cierto modo éramos unas personas nuevas... y ahora tengo la sensación de que hemos cogido la carta mala en Candyland y hemos vuelto a las Montañas Gominola.

Le aprieto el hombro a Oliver.

—De vuelta en tu cama. ¿Qué se siente?

—Quizá debamos cambiar el colchón.

—¿Quieres dormir en el sofá?

—¿Cuando acabo de volver? No. Sería raro.

Ninguno de los dos duerme. Oliver se mueve y da vueltas, se mete distintas almohadas entre las piernas, y yo empiezo a sentirme abrumada. ¿Es por haber vuelto a Texas? ¿Ya hemos retomado las viejas costumbres? Durante nuestra breve estancia en Los Ángeles, casi todas las personas a las que conocimos cuestionaron por qué vivíamos aquí. Yo insistí en que no podría irme de Texas: echaría de

menos muchas cosas. El lupino de Texas. Los bares de mala muerte. A la gente. A nuestros amigos. Los tacos del desayuno.

En nuestro primer fin de semana en casa, los padres de Oliver vienen a cenar. Compro un pollo asado en Central Market y preparo una sencilla ensalada mediterránea. Haga lo que haga, a Vivian no le gustará, así que me limito a lo mínimo indispensable.

Oliver supo por amigos de la familia y unos primos de Houston que Allen y Vivian se habían enterado de lo de Dirty Diana y estaban los dos abochornados. Incluso nos llamó el abogado de la familia para pedir que nos viésemos en persona, y Oliver estaba convencido de que lo iban a desheredar. Tal vez nosotros estuviésemos avanzando, pero sus padres seguían llorando la pérdida de las personas que éramos antes. Confiábamos en que invitándolos a cenar —tal vez, en último término, invitándolos a que nos contasen cómo se sentían, en lugar de chismorrear con los amigos— pudiéramos ayudarlos a pasar página.

Sin embargo, la pelea para la que nos hemos preparado no llega. Vivian se muestra cordial y habla de los estragos que ha sufrido su jardín durante el verano y de que en Montecito nadie juega a las cartas. Allen quiere saber más cosas de Los Ángeles y después se lanza a contar varias anécdotas seguidas, todas ellas del campo de golf. Es un alivio cuando Vivian pasa a hablar de Emmy. Oliver y yo estamos tan sorprendidos con el buen comportamiento de sus padres que ninguno de los dos intenta sacar el tema. Pero ¿por qué nos sorprende? Así es como educaron a Oliver. Mejor guardar silencio que hablar de cualquier cosa real o que pueda resultar molesta. Guardarlo todo bien dentro y seguir adelante con una

sonrisa en la cara. Dejar que se encone o que años más tarde aflore en forma de úlcera, derrame cerebral o divorcio.

—No me lo esperaba. Pero ¿cómo podía no esperarlo? —me pregunta más tarde Oliver.

—Así es como se enfrentan a todo —contesto, esperando no parecer frívola.

—Nosotros no lo haremos así.

—Tuvo que ser duro. Crecer en esa casa.

Oliver traga saliva.

—No fue tan malo.

Esa noche a Oliver no se le pone dura. Es la primera vez que nos pasa. Le digo que no se preocupe, que es el estrés que supone volver a Rockgate. Oliver se gira hacia mí, en la cara una expresión de profunda preocupación.

—¿Y si es algo más?

—¿Qué es lo más alarmante que podría ser? —le pregunto, temiendo oír la respuesta.

—Que fuimos demasiado deprisa. O puede que Santa Catalina...

Santa Catalina. Cuando salimos de la isla nos sentíamos invencibles. Más fuertes que nunca. Pero Rockgate ha sofocado nuestro tenue brillo de California con cruda luz fluorescente.

—¿Deberíamos volver a terapia con Miriam? —planteo.

—¿Te arrepientes de lo que hicimos?

—Para nada. ¿Tú?

—No —contesta Oliver, y los ojos se le iluminan. Me coge la mano y se la lleva a los labios—. Superaremos esto. No podemos ir a terapia el resto de nuestra vida.

—No hay nada malo en ir a terapia.

—Lo sé. La terapia nos ha unido. Pero no podrá mantenernos unidos.

Dormimos en la habitación de invitados, decididos a por lo menos estar en la misma cama. Oliver no me suelta la mano cuando nos quedamos dormidos, pero en algún momento de la noche se levanta.

—Tengo que ir al sofá. Lo siento mucho. No sé qué pasa.

—¿Soy yo?

—No. Es mi espalda.

Las semanas que siguen se suceden en un desconcertante caos de opciones para dormir. Probamos a quedarnos en el piso de Oliver, pero Emmy se queja de que no tiene las cosas que quiere. Lo intentamos de nuevo en nuestro dormitorio, en la habitación de invitados, Oliver vuelve al sofá.

En septiembre, después de una noche especialmente dura sin pegar ojo, llevo a Emmy a su primer día de colegio. L'Wren me contó que la petición para echarnos de St. Mary's solo recabó tres firmas más, consiguiendo un total de siete. No fue la victoria aplastante que Lorraine confiaba en que fuese, pero sí lo suficiente para ponerme nerviosa.

Decido aparcar y acompañar a Emmy hasta su nueva clase. Me siento como si estuviese en una comedia de adolescentes: una desgarbada chica de primero que se ha acostado con el chico mayor que no debía y camina por un pasillo donde todo el mundo susurra y la mira. Otras madres que por lo general se pararían para preguntarme qué tal me ha ido en el verano ahora me dedican sonrisas forzadas.

Cuando llegamos a la puerta abierta del aula, Emmy entra corriendo, agradeciendo no tener que seguir cogida de mi sudorosa mano.

L'Wren me encuentra parada a la puerta.

—Sigue sonriendo. No es para tanto.

—¿Lo sabe todo el mundo?

—Pues sí. Pero se ha producido un giro.

—¿En mi favor?

—Sí. —L'Wren hace una pausa teatral—. Resulta que el que estaba dando el curso de mamadas era el propio hijo de Lorraine, que tiene doce años, no una chica de quinto.

—Estás de coña.

—Tal como lo oyes.

—Vaya tela.

—La gente te quiere aquí, Diana. La madre de Penelope le dijo a Lorraine que se largara. O al menos dijo que es lo que *quería* decirle.

—Aun así, tengo la sensación de que todo el mundo me mira.

—Pues claro que te miran. Pero no durará.

Tengo la mandíbula tensa mientras vuelvo al aparcamiento. Entonces veo a Lorraine, que va hacia su Range Rover.

—¡Eh! —la llamo—. ¡Lorraine!

Se cuadra y me mira.

—Vas a necesitar más de siete firmas para meterme miedo —afirmo.

Su expresión se agria.

—Por favor, no creas que es algo personal, Diana. No querría que ninguna familia cuya madre crea material pornográfico viniese a nuestro colegio.

—Mi trabajo no tiene absolutamente nada que ver contigo. No te afecta en lo más mínimo.

—Pero afecta a mis hijos, que es mucho peor. Tu página web es indecente. Los niños de St. Mary's necesitan modelos. ¿Cómo explico

cómo te ganas la vida cuando mi hija vuelva a casa después de haber estado jugando con la tuya?

—Cuanto más hablemos de sexo de un modo sano, menos vergüenza sentirán tus hijos. —Me doy cuenta de que parezco un folleto, pero quizá sea la única manera de que Lorraine lo entienda.

—Las mujeres de tu página web son...

—Enfréntate a tu trauma tomándola con otra persona. No conmigo. Ni con mi hija.

Dejo a Lorraine haciéndose la escandalizada en el aparcamiento. Estoy segura de que esto traerá cola, pero me invade una ira tan sorda que ni tengo fuerzas para que me preocupe.

Cuando llego al coche, el alma se me cae a los pies solo de pensar que debo ir a la reunión del lunes en el despacho de Allen hasta que recuerdo que no tengo que hacerlo. Es como despertar de una pesadilla, encontrarse a gusto en la propia cama y darse cuenta de que se está a salvo. Mi cuerpo se relaja en el acto al pensar en las oficinas abiertas y espaciosas de Dirty Diana. Y en las personas que trabajan allí.

Cuando entro, Petra, Liam y Kirby están apiñados alrededor del ordenador más grande de la oficina. Petra llama por FaceTime a Alicia para que podamos estar todos y ver en directo la primera fantasía que ha creado Alicia.

—Se te olvidó, ¿a que sí? —me pregunta Liam.

—No. Es solo que tenía algo de lío en el colegio. La otra madre y yo seguimos en... desacuerdo.

—¿Por qué pierdes el tiempo intentando convencer de algo a una mujer odiosa? —inquieta Petra.

—He dejado de hacerlo.

—Sé que no estabas segura de esto —me dice Liam con nerviosismo—. En un primer momento.

—He cambiado de opinión.

—Sin ánimo de ofender.

Kirby le da en las costillas.

—Di gracias.

—Gracias. Por confiar en mí. Y en los oyentes. Y en los pronósticos. Y en las reglas básicas, esenciales, de obtener beneficios. Mierda: ¿soy mi padre?

—¡Ya está publicado! —Petra aplaude—. La gente ya lo puede ver.

El vídeo empieza con un primer plano muy cerrado de nuestra actriz protagonista, Maya, que habla directamente a la cámara: «Mi fantasía es...».

El vídeo que ha hecho Alicia es al mismo tiempo juguetón y sexy. Una serie de retratos bellamente iluminados de Maya en distintos escenarios, inmóvil al principio, como un cuadro, y después haciendo sencillas cosas cotidianas, narrando su fantasía a medida que se vuelve cada vez más erótica.

Llegan los primeros comentarios:

Sexy se queda corto. Por fin algo para mí. ¿La fantasía de Trina es la siguiente? ¡Por favor! ¿Cuándo se podrá ver la próxima?

—Alicia, ¡lo has conseguido!

Está radiante.

—Se van a engendrar muchos niños gracias a mí.

\* \* \*

De vuelta a casa, recuerdo el pronóstico de Liam de que nuestras cifras se van a duplicar y la luminosa sonrisa de Petra: «¿Lo ves?».

No quiero quedarme lo suficiente para que me diga que es su último día en la oficina. Prefiero irme a la francesa como Jasper, y un

día entraré y no oleré su perfume ni oiré su voz llamándome nerviosamente desde su despacho: «¡Diana!».

Así que me escabullí a mi despacho y luego me fui a casa.

Cuando llego, el entusiasmo que me ha producido el lanzamiento se desvanece: Emmy todavía está en el colegio y Oliver tirado en nuestro hundido sofá. Le tiendo la mano y tiro de él hacia mí.

—No somos nosotros, Oliver —le digo, con absoluta claridad—. Es la casa.

Es la sonrisa luminosa de Liam la que hace que a todos los invitados a la boda se les llenen los ojos de lágrimas. Y la mirada dulce y triste de Kirby. Está despampanante. Su vestido es más grande que ella, pero no permite que la engulla. Se desliza por la pista de baile como una princesa con el toque justo de villanía, de esa que uno anima. Con un micrófono de pértiga al lado.

—Más adelante me darás las gracias —me dice cuando se lo quito de las manos—. Puede que algún día tengamos una fantasía con una boda y necesitemos material.

Veo a L'Wren en la barra de bar del jardín trasero.

—Es muy bonito... —No termina la frase.

—L'Wren.

—Yo solo digo que si hubiesen trabajado con mi planificadora, jamás habría permitido que ese violinista fuese en vaqueros. Aunque sean oscuros. No habría sido negociable.

Liam y Kirby pagaron orgullosamente cada centavo de la ceremonia, en su mayor parte gracias al incremento de suscripciones del que hemos disfrutado al subir también vídeos. Y el regalo de boda más grande de la mesa es de Petra. Lo ha enviado desde Marruecos, junto con una postal para todos nosotros:

Por favor, decidles a los recién casados que alarguen la luna de miel y me vengan a ver aquí. Decidle a L'Wren que hay gatos callejeros por todas partes y que ya he adoptado a dos. Ahora soy

la loca de los gatos. Por favor, decidle a Alicia que en Marrakech no existe el «silencio», pero que de todas formas se enamorará de la ciudad. Y Diana... la bolsa con cierre zip por fin está vacía, pero mi corazón está muy muy lleno. Os quiero, P.

P. D.: ¿Y si sacamos un lubricante Dirty Diana? En mi jardín crece el más fragante de los granados... Debería oler así. Que uno de vosotros se ponga a ello. Besos y abrazos.

Arthur nos roba a L'Wren para bailar con ella. Oliver me coge de la mano y vamos detrás, y la tarde de finales de octubre cobra dinamismo a partir de ese momento. Tarta y brindis con champán y las sonrisas radiantes de Liam y Kirby. Después de despedirnos de los recién casados, Oliver y yo nos subimos a nuestro coche y empezamos mi parte preferida de la noche: la vuelta a casa. Hace exactamente dos meses saqué a Oliver del sofá y lo llevé a la casa que estaba reformando, la que tiene un árbol que crece dentro y los abedules aletargados delante.

—No sé cómo lo vamos a hacer, pero esta es nuestra casa.

—¿Quieres vivir aquí? —me preguntó.

—Donde estamos ahora hay demasiados recuerdos tristes. Nos están asfixiando.

—Está más lejos del colegio de Emmy... y la vía de servicio es espantosa cuando llueve, pero... —Oliver rodeó despacio la casa vacía, que aún estaba en obras—. ¿Te cuento algo curioso? Hay una gran parte de mí que siempre ha estado reformando esta casa para nosotros. Incluso cuando no había un «nosotros». Incluso entonces tenía esperanzas de que fuera así.

Nos mudamos antes de que tuviera una cocina y cuando faltaba parte del suelo. Los tres compartimos un cuarto de baño que se caía a pedazos y nos duchamos con agua fría hasta que pudimos cambiar la caldera. Cuando estaba de mal humor, Emmy se quejaba; cuando

su humor era bueno nos decía que le encantaba acampar y nos convencía para que comiéramos sándwiches de galletas con malvaviscos recubiertos de chocolate.

Llamé a Allison Kidd y dije que no a la película y al dinero. La idea de filmar una versión distinta de mí misma ahora que Dirty Diana por fin era una realidad me parecía igual de atractiva que volver a mi antiguo empleo en la empresa de Allen. Natalie lo entendió. Me dijo que ahí fuera hay tantas versiones tuyas que se ha visto obligada a aceptarlo, pero que nunca le ha gustado.

Oliver y yo hacemos el amor en distintas habitaciones. Y a veces no lo hacemos. Ya no hay presión, salvo en lo que respecta a contarnos hasta lo más insignificante de nuestro día, para no perder la costumbre.

Y para cuando se publicó el artículo en *Vogue*, ya casi me había olvidado de él. Cuando por fin salió a la luz, omitieron el cuestionario y, para mi sorpresa, solo publicaron mi fantasía.

Camino por la acera de una ciudad, bajo la sombra de un rascacielos. Tú estás a mi lado. Creo que eres tú. Tu perfil me resulta familiar, con tu nariz perfectamente recta y tus labios carnosos y sonrosados. Solo que por más que mire, no te vuelves hacia mí para que te pueda ver toda la cara. Pero tienes que ser tú por fuerza.

No reconozco tu ropa. Llevas un traje, impecable y a medida. Su lino gris hace juego con el rascacielos, elegante y moderno, todo cristal y acero. ¿Lo planeaste así? ¿Por qué harías tal cosa? Siento el repentino deseo de meterte la mano por dentro de la americana, por debajo de la camisa, y pasarte los dedos por la piel. Pero ¿y si no eres tú?

No entramos en el edificio inmediatamente. A nuestro alrededor, hordas de personas entran y salen con prisas. Un hombre de espalda ancha con un fedora sale por la puerta giratoria y se choca conmigo, con fuerza. Vuelvo la cabeza para protestar, pero sus hoyuelos me desarmen y sus ojos castaños son afectuosos y piden disculpas bajo sus oscuras pestañas, así que sonrío para decir que no pasa nada y el hombre desaparece entre el gentío.

«Vamos», dices. Tu voz es bronca, pero amable. Tienes que ser tú por fuerza. Cuando miro de reojo de nuevo, vuelves la cara.

Entramos en el vestíbulo y el lugar cambia. El mostrador de seguridad se desvanece. Al igual que toda la gente que se mueve a nuestro alrededor. La larga batería de ascensores con sus eternos pitidos tampoco está ya. Las paredes se acercan y el vestíbulo se reduce y allí solo estamos tú y yo.

Nos encontramos en la planta baja de un edificio de apartamentos. Un vestíbulo entrado en años con una hilera de buzones y un sofá de terciopelo ajado para esperar. Hay un ascensor tan antiguo que, cuando sus puertas se abren, cuento con ver dentro a su propio ascensorista anciano.

«¿Aquí es donde vives?», pregunto, y un escalofrío me recorre la espalda. Quiero que me lleves a tu casa para que podamos estar solos. Voy a cogerte la mano, pero me dices: «Todavía no».

Las pequeñas puertas del ascensor se abren. El interior es reducido, pero hay espejos en todas las paredes para dar la impresión de que hay más espacio.

Por fin veo tu cara en el reflejo. Eres tú. Pero me resulta desconcertante. Eres distinto en cada espejo. Tu cara unas veces está sin afeitarse, otras sin barba. Llevas una camiseta; una camisa Oxford; vas sin camiseta.

Te vuelves hacia mí y sonríes, tus ojos verdes azulados rebosan picardía. «Se supone que son una distracción. Todos los espejos.» Como la instalación de espejos infinitos de Kusama. Años luz. Estamos aquí, pero absorbidos.

Das un paso hacia mí. El pulso se me acelera. Jugueteas con los tirantes de mi vestido. Me miro por primera vez: es el mismo vestido que llevaba cuando nos conocimos. Cuando me enseñaste aquel apartamento espantoso y no podíamos dejar de mirarnos. El vestido es sencillo y está arrugado y no podría ser más distinto del traje que tú llevas.

Como si me leyeras el pensamiento, dices: «Es perfecto», y señalas con la cabeza los espejos. Llevo un vestido de seda verde; una sudadera azul; un vestido negro.

Me besas el hombro y me bajas un tirante, y después el otro. El vestido resbala por mi pecho y se detiene en las caderas. Salvas la distancia que nos separa y el calor que desprende tu cuerpo calienta el mío.

Levanto el mentón para besarte. Tus labios son suaves, pero el beso es urgente. El ascensor empieza a moverse. La expectación me arrolla. Estamos un paso más cerca de tu casa.

No te paras en el beso. Me pones contra la pared y pegas tu cuerpo al mío, pero yo sigo teniendo la sensación de estar cayendo. Aunque eres firme y fuerte y noto que cada vez estás más excitado.

El ascensor va más despacio cuando se acerca al tercero.

Me levantas el vestido, pero te agarro la cintura. «¿Y si sube alguien?»

«¿Qué más da?» Noto tu aliento tibio en mi cuello. Me echo hacia atrás para que puedas besar cada centímetro de él.

Las puertas se abren y me quedo quieta. Pero allí no hay nadie. Me relajo de nuevo. Dejo que tus manos me recorran entera. Me bajan por el vientre, me

suben por los muslos. Miro en los espejos para vernos: durante un instante todos los reflejos son el mismo: tú moviéndote contra mí, mis piernas rodeando tu torso, mis manos en tu pelo. Te quito la americana. Te desabrocho la camisa. Quiero ver más de ti en el espejo y sé que tenemos que darnos prisa. Levanto la vista al techo y el espejo infinito se descompone en un centenar de imágenes distintas.

Eres tú, plantando zinnias en el jardín delantero.

Somos nosotros, solos en una escalera, yo subida a tu regazo.

Nosotros invitándolo a nuestra habitación de hotel.

Escabulléndonos de una fiesta.

Un millón de versiones distintas de quiénes somos y quiénes podemos ser aún.

El ascensor se acerca al último piso. «Hemos llegado», dices, y me dejas en el suelo.

Me agacho para coger nuestra ropa.

«Déjala. Cuando entremos —me estrechas contra ti— me gustaría esposarte al lavabo del cuarto de baño.» Sonrío. Me esposas al lavabo por la noche y compartimos coche por la mañana. ¿Por qué no? Mi fantasía es decir sí. A ti, a mí, al placer.

El ascensor se detiene con una sacudida. Mis ojos se abren de golpe.

Estoy sola en nuestra cama, pero te oigo en el pasillo, los familiares sonidos que haces cuando te mueves por nuestra casa.

Por suerte, ahora estoy despierta.

## Agradecimientos

Gracias a nuestros lectores por emprender este viaje con nosotras.  
Estamos sumamente agradecidas.

## Biografía

Amigas de toda la vida, Shana Feste y Jen Besser se conocieron a los once años en California y han estado colaborando desde entonces. *Dirty Diana*, que se lanzó primero como un pódcast protagonizado por Demi Moore, debutó en el n.º 1 en Apple, fue nominado para Pódcast del Año y ganó el Ambie a Mejor Ficción y Guion. Shana es guionista y directora galardonada por varias películas, incluidas *Country Strong* y *Run Sweetheart Run*. Jen es editora de ficción. Ahora viven a miles de kilómetros de distancia y hablan todos los días. La serie Dirty Diana es su debut como autoras.

*Dirty Diana. La respuesta*  
Shana Feste y Jen Besser

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Diana Says Yes*

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Rocío Montoya

© Jennifer Besser and Quiet Girl Productions, 2025

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32367-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# Table of Contents

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte. Dallas, Texas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Segunda parte. Los Ángeles, California

11

12

13

14

Tercera parte. Santa Catalina, California

15

Cuarta parte. En casa

16

17

Agradecimientos

Biografía

Créditos